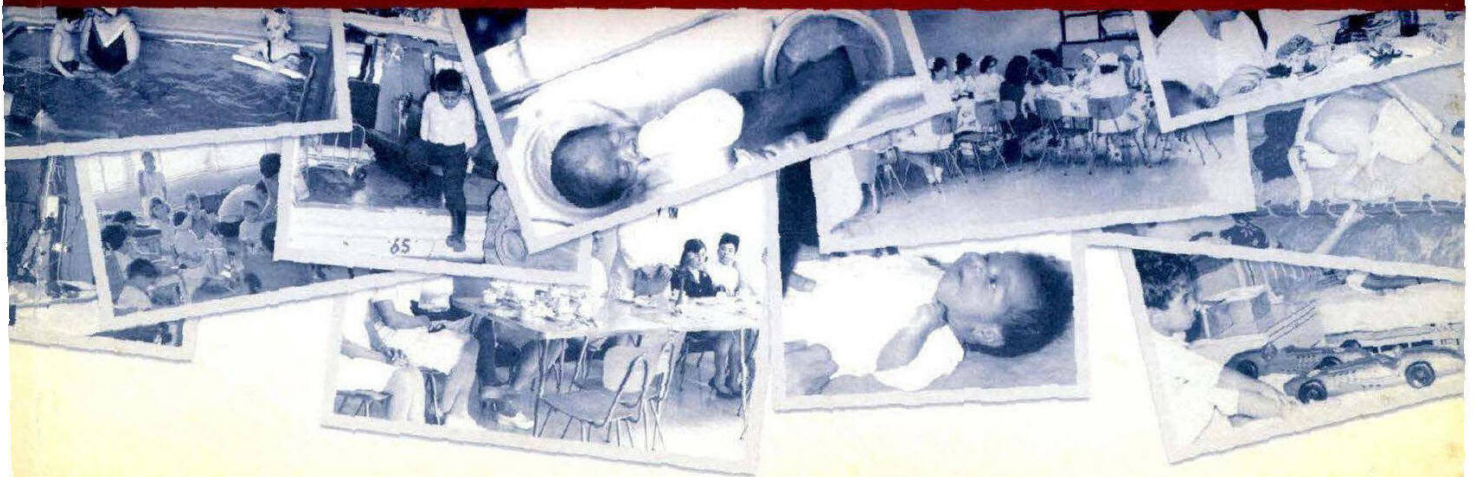




Homenaje a los Pioneros del Hospital Nacional de Niños

Dr. Carlos Sáenz Herrera
Centro de Ciencias Médicas C.C.S.S.

4 5 A N I V E R S A R I O



HOSPITAL NACIONAL DE NIÑOS
Doctor Carlos Sáenz Herrera

Centro de Ciencias Médicas CCSS

Homenaje a los Pioneros del
Hospital Nacional de Niños

Dr. Carlos Sáenz Herrera

Centro de Ciencias Médicas C.C.S.S.

4 5 A N I V E R S A R I O



Homenaje a los Pioneros del
Hospital Nacional de Niños

Dr. Carlos Sáenz Herrera

Centro de Ciencias Médicas C.C.S.S.

4 5 A N I V E R S A R I O

Créditos

Gestor del proyecto:

Rodolfo Hernández Gómez. Director Hospital Nacional de Niños

Coordinación general:

Rodolfo Hernández Gómez. Director Hospital Nacional de Niños

Yesenia Salazar Brenes. Kerigma Comunicación

Conceptualización editorial:

Yesenia Salazar Brenes. Kerigma Comunicación

Jenny Ortiz Paniagua. Kerigma Comunicación

Comité editorial:

Rodolfo Hernández Gómez. Director Hospital Nacional de Niños

Abdón Castro Bermúdez. Hospital Nacional de Niños

Hilda Espinach Leitón. Hospital Nacional de Niños

Lectores:

Cecilia Lizano Madrigal

Carlos Arrea Baixench

Investigación y redacción:

Samantha Coto Arias. Kerigma Comunicación

Edición de texto:

Jenny Ortiz Paniagua. Kerigma Comunicación

Diseño de portada y concepto gráfico:

Fabrizio Méndez Umaña. Kerigma Comunicación

Diagramación:

Elizabeth Meza Prado. Kerigma Comunicación

Impresión:

Conlith S.A.

Esta publicación se realizó gracias al respaldo financiero de la Fundación para el Desarrollo del Hospital Nacional de Niños, a quien extendemos nuestro profundo agradecimiento.

Las fotografías de este documento son publicadas con la autorización de los personajes, sus familias y autoridades del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.



Fotografía: Carlos Villalobos

Índice

Prólogo	6		
Semblanzas	9		
Carlos Sáenz Herrera	9	Maria de los Ángeles Porras Zúñiga	58
Alba Rosa Loría Chaverri	12	Maria del Carmen Moya Solano	60
Alberto Brenes Sáenz	14	Maria del Socorro Guzmán Herrera	62
Alfonso Rodríguez Esquivel	16	Maria Elena Salas Medina	64
Ali Rodríguez Acuña	18	Mario Saborío Ruiz	66
Áurea Vargas Bonilla	20	Marta Eugenia Ureña Mora	68
Carlos Arrea Baixench	22	Miguel Yamuni Tabush	70
Carlos Cordero Chaverri	24	Norma L. Quirós Solís	72
Carlos Saborío Alvarado	26	Norma Wright Rose	74
Carlos Salazar Esquivel	28	Óscar Fernando Tristán Castro	76
Cecilia Lizano Madrigal	30	Roberto Ortiz Brenes	78
David Henchoz Leandro	32	Rodrigo Loría Cortés	80
Édgar Cordero Carvajal	34	Rodrigo Núñez Blanco	82
Eduardo Soto Leitón	36	Rodrigo Sauma Barquero	84
Elena Ulloa Collado	38	Teresa Quirós Conejo	86
Flor María Saborío Hernández	40	Virginia Solórzano Saborío	88
Florence Williams Hall	42	Agradecimientos especiales	90
Grace Castro Muñoz	44	Carlos Villalobos Gómez	90
Grace Chacón Rivera	46	Marta Montis de Martínez	91
Guillermo Robles Arias	48	Miguel Blanco Quirós	92
Iris Milano Zúñiga	50	Orlando Fernández Rothe	93
Jorge Arguedas Soto	52	Otto Holst Van Patten	94
Luisa María Sotela Aguirre	54	Rodolfo Mora Chaves	95
Manuel Enrique Calvo Badía	56	Lista de primeros colaboradores	96

Prólogo

Durante la celebración del Cuadragésimo Aniversario del Hospital Nacional de Niños, el 24 de mayo de 2004, sentí una enorme satisfacción al hacer un recuento de la labor realizada por las decenas de héroes —anónimos en su mayoría— quienes habían impactado en la salud de los menores costarricenses.

Me conmueve recordar que en 1964 murieron en Costa Rica 5000 niños y niñas como consecuencia de la enfermedad diarreica y que la primera sesión clínica de este Centro Pediátrico versó sobre los problemas frecuentes y de alta mortalidad por causa del sarampión, la tosferina y la difteria.

La mortalidad infantil en 1963 fue de 77.6 casos por 1000 nacidos vivos en el primer año de vida, lo que contrasta con la mortalidad infantil en el 2008, correspondiente a 8.9 casos por 1000 nacidos vivos. Indiscutiblemente, el peso específico del Hospital Nacional de Niños dio frutos inmediatos en el campo de la salud, la enseñanza y la investigación; aunado a las mejoras de saneamiento ambiental, agua potable, letrización y mejor educación dentro de un sistema de salud que se consolidaba. Todo ello, sin lugar a dudas, impactó en la disminución de la mortalidad infantil.

**MORTALIDAD POR ALGUNAS ENFERMEDADES INFECCIOSAS
CONTROLLAS EN EL HOSPITAL NACIONAL DE NIÑOS
AGOSTO 1963-AGOSTO 1965**

CODIGO	ENFERMEDAD		TOTAL CASOS	DEFUNCIÓNES	%
	NOMBRE				
050	ESCARLATINA		13	2	15.38
055	DIFTERIA		83	5	6.02
056	TOSFERINA		136	5	3.68
061	TÉTANO		25	11	44.00
085	SARAMPIÓN		944	28	2.97
086	RUJECOLA		15	-	-
087	VARICELA		105	-	-
089	PAROTIDITIS		3	-	-

Pensé en ese momento que, siendo yo parte de la generación que conoció la historia de la creación del Hospital y que tuve la suerte de participar en su desarrollo, cargaba sobre mis hombros la obligación de transmitir en un libro las semblanzas de aquellos pioneros quienes se atrevieron a soñar al lado del Dr. Carlos Sáenz Herrera, su fundador y primer Director.

Nuestra antesala fue el Hospital San Juan de Dios, desde su fundación en 1845.

Por esa época se hospitalizaban a los menores en salones para adultos, hasta que en 1932 inició su atención en un edificio de madera frente a la antigua sede la Municipalidad de San José.

El Dr. Sáenz Herrera regresó al país en 1935 y, después de una lucha de 10 años, se inauguró en 1945 la Sección de Pediatría del Hospital San Juan de Dios, con una capacidad de 140 camas.

En 1954 Costa Rica fue azotada por la epidemia de poliomielitis que afectó, principalmente, a la población infantil y dejó secuelas en 1085 menores.

Esta situación inspiró en el Dr. Sáenz Herrera la idea de construir un hospital, el cual contara con instalaciones adecuadas para la atención de los menores. Este proyecto arrancó con la ayuda de la Junta de Protección Social de San José.

El 28 de mayo de 1956 se suscribió el contrato correspondiente con la firma de ingenieros y arquitectos White, Noaskes y Neubauer de Washington para el desarrollo de los planos, gracias a la financiación conjunta de la Junta de Protección Social y del Servicio Cooperativo de Salud Pública. Así, el 24 de mayo de 1964 se inauguró el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera, con una ceremonia solemne que contó con la presencia del Presidente de la República Francisco J. Orlich. De esta manera, se iniciaron las labores dentro de un edificio que contaba con 16 000 m² de área de construcción, 500 camas de internamiento, 400 empleados y 6 especialidades en consulta médica y no médica, todos dispuestos a cultivar con devoción el comportamiento ético laboral y asumiendo la responsabilidad otorgada en ese momento al Hospital.

Merece destacar que desde los albores del “proyecto Hospital” se estableció una forma novedosa de convertir los sueños en realidad de la mano con los ciudadanos. Se buscó el dinero complementario mediante la campaña denominada “La Marcha del Colón”; aún hoy, quienes en aquel entonces éramos niños, recordamos vívidamente el termómetro que indicaba el dinero recaudado. A lo anterior, se sumó la iniciativa de la Feria de las Flores, donde las embajadas brindaban sus productos con exoneración de impuestos.

El dinero recaudado se depositaba en la Asociación Pro Construcción del Hospital Nacional de Niños, la cual fue establecida en 1954. Posteriormente, el 6 de febrero de 1964 cambió su nombre a Asociación Pro Hospital Nacional de Niños.

Le he llamado a esta obra “Homenaje a los Pioneros”, utilizando como definición de pionero a aquellas personas quienes dieron los primeros pasos al lado del Dr. Carlos Sáenz Herrera y quienes estuvieron ligados al desarrollo del proyecto, su implementación y puesta en marcha en los primeros dos años a partir de su inauguración. Este documento presenta las semblanzas de aquellos maestros en los diferentes campos, encargados de sentar las bases de lo que hoy disfrutamos.

El Dr. Carlos Sáenz Herrera fue el “Papá”, quien tuvo la sabiduría de rodearse de personas quienes integraron de inmediato el sueño en sus corazones y crearon juntos una Institución que se regiría por los más altos principios y valores humanos.

Los médicos costarricenses recordamos al Dr. Roberto Ortiz Brenes, primer Jefe del Departamento de Cirugía, conocido como el “Gallo”, hombre decidido, exigente, dinamo en la recaudación de dineros. Asimismo, rememoramos al Dr. Rodrigo Loría Cortés, primer Jefe del Departamento de Medicina, a quien con cariño sus alumnos

le llamaban el "Coronel", de estrictas normas académicas, revisor permanente del expediente clínico y quien marcó con su ejemplo la actividad docente y científica de este Centro Pediátrico. En ellos encarno a los 400 héroes que estuvieron presentes en el nacimiento de nuestro Hospital.

No debemos permitir que sus recuerdos se esfumen en el tiempo... yo, por mi parte, no lo haré.

A handwritten signature in black ink, reading "Rodolfo Hernández Gómez". The signature is written in a cursive style with a long horizontal stroke at the end.

Dr. Rodolfo Hernández Gómez
Director Hospital Nacional de Niños

Carlos Sáenz Herrera

Retrato de un maestro



Un hombre del siglo pasado pero con mentalidad del venidero quien, con su perspectiva visionaria, encontró la forma de edificar sus sueños y heredar una institución de gran trascendencia para beneficio de todo el país. La historia de Carlos Sáenz Herrera inaugura este homenaje a los pioneros del Hospital Nacional de Niños, a sabiendas de que el título de precursor le queda corto debido a su destacada trayectoria como fundador y director de dicho centro médico.

Sin lugar a duda, se podrían llenar las páginas de un extenso libro al plasmar la obra de este afamado médico. Sus numerosas contribuciones a la salud costarricense se encuentran documentadas en diversos escritos de la época y, aún hoy, muchísimas personas lo recuerdan con cariño por su labor como pediatra, sus aportes en la esfera política nacional o su trabajo como lechero, entre otros campos donde se desempeñó.

Lo que resulta fácil es percibir la mística, entrega y talento de este líder en la creación del Hospital gracias a las referencias de colegas, subalternos, compañeros de trabajo, amigos o pacientes. No es casualidad que todos los personajes entrevistados para reseñar esta memoria lo mencionen en sus relatos y conserven

gratisimos recuerdos y más de una hermosa anécdota sobre la vida del galeno.

Evocado por algunos como el padre de la medicina pediátrica en Costa Rica, el señor Carlos Sáenz Herrera fue un hombre inteligente, quien supo potenciar al máximo sus capacidades pero también las de quienes le rodeaban. Para concretar sus ambiciosas metas, se hizo acompañar de personas talentosas, quienes se convirtieron en su mano derecha y en asiduos discípulos.

Carlitos, como le decían sus allegados debido —quizá— a su pequeña estatura, llevó a la realidad uno de sus más grandes ideales: la construcción de un hospital especializado en atención infantil, el cual respondiera a estándares de calidad comparables a los que sólo podrían ostentar países del primer mundo.

Él nació en Bruselas, Bélgica, el 1.º de setiembre de 1910. Su madre se desplazó hacia este país europeo por temor a las réplicas del terremoto ocurrido en Cartago el 13 de abril de ese mismo año.

Sin embargo, un parto complicado causó la muerte de su progenitora cuando don Carlos tenía sólo cuatro meses de nacido. Volvió a Costa Rica, en donde fue criado por sus tías y otros familiares pero al cumplir los 7 años sufrió, nuevamente,

la pérdida de un ser querido: esta vez su padre.

Dicho escenario marcó su niñez y perfiló a un ser humano lleno de sensibilidad y acostumbrado a realizar su mayor esfuerzo en cada acción. Efectuó sus estudios primarios y secundarios en tierras ticas, pero regresó a su país natal a formarse como médico. Allí siguió una carrera brillante y sobresaliente; luego se trasladó a Estrasburgo, Francia, para especializarse en Pediatría.

De esta manera, se consagró como el primer pediatra académico costarricense en ejercicio y se desempeñó bajo la consigna de que, a nivel de atención médica, el niño no debía ser tratado como un adulto pequeño sino como un ser con fisonomía particular y compleja.

El Dr. Sáenz inició su carrera desde la Sección de Pediatría del Hospital San Juan de Dios y por varios años fungió como su Jefe. Desde este puesto, don Carlos afrontó una San José plagada de enfermedades que afectaban, particularmente, a la población infantil. "Él se encontró con un país de niños descalzos y desnutridos quienes sufrían malaria, parásitos intestinales y enfermedades infectocontagiosas. Esta era una de las ciudades más insalubres de todo el continente americano, con

El Dr. Sáenz Herrera es considerado el iniciador de la pediatría en Costa Rica y líder inspirador en la creación del Hospital Nacional de Niños, el cual lleva su nombre a modo de reconocimiento por su visión y mística inigualables

una mortalidad infantil altísima. Papá liberó una lucha enorme contra todo ello”, reseñó el Dr. Alberto Sáenz Pacheco, hijo de este pionero.

Así, el galeno fue estableciendo una Sección cada vez más fuerte y estable pero que resultó insuficiente para atender a toda la población infantil costarricense durante la epidemia de poliomielitis en el año 1954. En ese momento, nació la idea de fundar un hospital de niños que brindara mejores condiciones y tratamientos para subsanar las secuelas de la peste.

El pueblo costarricense fue el protagonista en la construcción de esta magna obra arquitectónica, pero Carlos Sáenz Herrera se lleva el merecido crédito de ser la persona quien despertó en nuestra sociedad un intenso espíritu de colaboración hacia los más pequeños.

En mayo de 1964 abrió sus puertas el Hospital Nacional de Niños, edificado sobre los jardines del Hospital Psiquiátrico en un terreno perteneciente a la Junta de Protección Social de San José. Se trataba de un inmueble de cinco pisos, 500 camas, incubadoras, laboratorios, balcones, pasillos con diseños precolombinos, personal médico y administrativo de alto nivel y, sobre todo, una mística y un amor sin igual hacía los niños. La edificación, monumental e imponente, sobresalía en el Paseo Colón.

“La mayor parte del dinero recaudado para la construcción del Hospital fue proveniente de los bolsillos de los costarricenses, mediante la celebración de actividades como la Marcha del Colón y la Feria de las Flores. La primera Feria se celebró en San Isidro de Coronado, el

pueblito de crianza de mi padre y contó con la visita del entonces presidente Pepe Figueres, su gran amigo”, detalló el Dr. Sáenz Pacheco.

Una de las más arraigadas pasiones de este doctor fue la crianza y exposición de ganado lechero. La finca Los Jaúles, ubicada en Patio de Agua de Coronado, se convirtió en el sitio de retiro durante sus escasos ratos de ocio. Pronto, don Carlos Sáenz fue bien conocido entre los vecinos de la zona, quienes acudían a él para compartir sus problemas y escuchar un sabio consejo. “Los recuerdos más lindos de mi infancia son de Coronado, él nos heredó ese amor por lo rural, por la lechería, por la tierra...”, destacó don Alberto.

Esta actividad también la desarrolló con excelencia. El Dr. Sáenz Herrera llegó a ser el mejor criador y expositor de Costa Rica y Centroamérica en su época. Además, participó activamente en la fundación de la Cooperativa Dos Pinos, cuando se determinó que la leche era un importante transmisor de enfermedades. El objetivo claro de su intervención fue purificar este líquido y aumentar su calidad.

Entre sus muchos quehaceres, este pionero formó parte del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, junto a pensadores destacados de la época como José Figueres Ferrer y Francisco Orlich Bolmarcich. El médico Sáenz Herrera se caracterizó por ser un hombre de grandes ideas, fino sentido del humor y creatividad para solucionar problemas. Nunca improvisó en su labor profesional; fue un investigador insaciable, educador y pacifista extremo.

Una de sus plegarias predilectas era la denominada “Oración simple”, atribuida a San Francisco de Asís, la cual reza: “Señor, hazme instrumento de tu paz. Que donde haya odio, siembre yo amor; que donde haya ofensa, ponga yo perdón. Pues dando es como recibimos, perdonando es como tú nos perdonas y muriendo en ti es como nacemos a la Vida Eterna”.

Esta fue, posiblemente, la consigna más fuerte que marcó la vida de Carlos Sáenz Herrera. Los primeros años de funcionamiento del Hospital no fueron fáciles; entonces, las preocupaciones por sacar adelante dicho centro médico minaron su salud. El Dr. Sáenz fungió como Director hasta 1971 y en su lugar quedó el Dr. Édgar Mohs Villalta, una persona de su absoluta confianza y gran apoyo en el proceso de transición.

El ilustre líder falleció el 7 de noviembre de 1980, al cumplir los 70 años. Para ese entonces, ya sumaba una década en condiciones de salud deterioradas como consecuencia de dos accidentes vasculares ocurridos a finales de los sesenta e inicios de los setenta.

**“Mi padre me enseñó a siempre posponer las necesidades propias y anteponer las de los demás”,
Alberto Sáenz Pacheco**

“El Dr. Sáenz fue ejemplo para todos en este Hospital, como un padre con gran sentido humanista”, Jorge Arguedas Soto

“La mística del Dr. Sáenz Herrera lo caracterizó toda su vida. Él llegaba a las doce de la noche a ver si uno estaba bien”, Alba Rosa Loría

"Para mí el Dr. Carlos Sáenz Herrera está entre las 10 personas más grandes que nacieron en este país, no sólo en la labor profesional sino por la calidad humana. Siempre afirmó que en el Hospital todos éramos iguales", Eduardo Soto Leitón

"Él era como un papá para todos, pero lleno de bondad... El Doctor confiaba en la amistad y la honradez de la mujer, no por sumisa sino porque podía enfrentar cualquier situación", Cecilia Lizano Madrigal

"Considero al distinguido Carlos Sáenz Herrera como el mejor costarricense del siglo XX. Un hombre extraordinario, de sensibilidad e inteligencia asombrosas", Carlos Saborío Alvarado

"El Dr. Sáenz fue enormemente cristalino, con una visión extraordinaria y una personalidad que impactaba a la gente. Era el ángel protector de los niños, dueño de una nobleza excepcional", Carlos Arrea Baixench

"Él nunca se marchó de aquí, sigue vivo en todo lo que es honesto. Fue el Maestro de maestros, humilde y sencillo de corazón", Normita Quirós Solís

"Inspirado en la dulce expresión del niño que inicia en esta noche del último de marzo de 1954 su apacible sueño, iniciamos también —sereno el espíritu y emocionado el corazón— una campaña nacional destinada a buscar mayor protección para aquellos niños

que, perdida la salud, requieren urgentemente de asistencia médico social", extracto del discurso radial de Carlos Sáenz Herrera cuando inició la recaudación de fondos para el Hospital Nacional de Niños

Agradecimiento especial:
Dr. Alberto Sáenz Pacheco, hijo de este pionero y jefe de la Sección de Neonatología del Hospital Nacional de Niños.

Primera fotografía: Archivo del Hospital
Segunda fotografía: Carlos Villalobos



Vida y aportes de este líder fundador

El Dr. Carlos Sáenz Herrera ha sido marcado por la historia como un líder nato y sensible, quien convencía por sus ideas y por sus acciones, no sólo por sus palabras.

Viajó a Bélgica (1928), donde se graduó de Doctor en Medicina en la Universidad Libre de Bruselas (1934). Luego, se especializó en pediatría en la Universidad de Estrasburgo, Francia. Contrajo matrimonio por primera vez con Virginia Pacheco Gutiérrez y concibió cuatro hijos. Posteriormente, se unió a Ángela Carbonell Massenet, con quien tuvo tres hijos más. Fue abuelo de 21 nietos.

Su figura de autoridad y su capacidad sobresaliente lo llevaron a ocupar importantes posiciones en salud y política. Algunas de las más destacadas son:

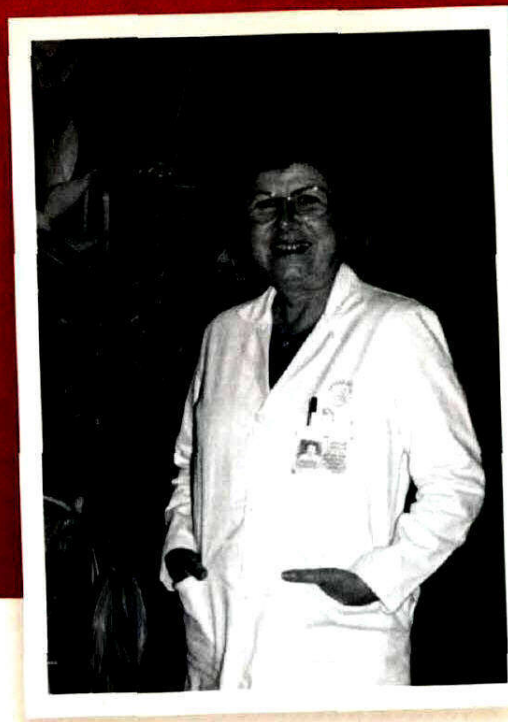
- Ministro de Salud de 1949 a 1951.

- Vicepresidente de la República de 1962 a 1966.
- Presidente interino en 1963 y 1965, en sustitución del Presidente Francisco Orlich Bolmarcich.
- Presidente de la Caja Costarricense de Seguro Social.
- Profesor y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Costa Rica.
- Presidente del Colegio de Médicos y Cirujanos.
- Fundador de la Junta de la Asociación Costarricense de Pediatría.
- Fundador de la Cátedra de Pediatría de la Universidad de Costa Rica.
- Declarado Benemérito de la Patria por la Asamblea Legislativa de Costa Rica en 1980.
- Condecorado con la Orden de la Corona por parte del gobierno de Bélgica en 1963.

Fuente: Entrevista al Dr. Alberto Sáenz Pacheco

Alba Rosa Loría Chaverri

“Construir el Hospital fue una odisea de gigantes”



Cuando Alba Rosa Loría Chaverri visitó el Hospital de Heredia a sus 15 años de edad, nació en ella una pasión precoz e intensa por la microbiología. Se especializó en esta carrera y años después ingresó como funcionaria del Laboratorio de Química Clínica en un nuevo centro médico dedicado a la atención de niños.

Así fue como dio inicio a lo que ella llama “la lucha preciosa del investigador”, haciendo referencia a las múltiples ocasiones en que indagó acerca de nuevos padecimientos, extraños síntomas, resultados sospechosos de exámenes médicos e instalación de equipos modernos para el análisis clínico.

En esta versátil profesión, la Dra. Loría ha cosechado sus más entrañables logros, muchos de ellos desde su puesto en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Para formar parte del equipo de colaboradores de este hospital, Alba Rosa recibió formación práctica más profunda durante los dos años previos a la apertura. En el Ministerio de Salud repasó bacteriología y micología; en el Hospital Calderón Guardia se preparó en el manejo de bancos de sangre y química clínica; y, además, participó en pasantías

y capacitaciones mientras se construía el nuevo edificio.

Una vez concluido este largo proceso académico, le correspondió preparar el laboratorio. “Todo estaba en los corredores, guardado en enormes cajas de pino. Allí había equipos, materiales, reactivos y suministros. Empezamos por abrirlas para sacar todo, lavarlo, colocar, armar, calibrar... Nos tomó casi dos meses esta tarea, incluso se inauguró el Hospital y aún había equipos en cajas”, detalló doña Alba.

En una oportunidad, le correspondió a la Dra. Loría Chaverri echar a andar tres nuevos aparatos para el Servicio de Análisis Clínico. Según relató, estuvo encerrada en un pequeño cuarto durante una semana completa para calibrar los equipos, contando solamente con los instructivos en inglés. De esta forma, se empezó a usar el clorinómetro, el microgasómetro y la balanza analítica, tres sofisticadas máquinas que no se habían utilizado anteriormente en el país.

“Yo siempre estuve muy feliz y muy agradecida porque me tocó luchar por levantar este Hospital... Dios me dio el premio de trabajar para la niñez costarricense”

La joven Alba Rosa salía de Heredia a las seis de la mañana y regresaba a las diez

de la noche en el último bus. A pesar de que nunca recibió el pago de horas extra, la pasión y la mística que inspiraba el Dr. Carlos Sáenz la contagiaron para trabajar con gran entrega y realizar todos esos sacrificios. “Tuvieron que pasar diez años desde su apertura para que este hospital caminara completamente bien y sentir que era una institución de peso... esa primera década fue difícil”, afirmó.

“El apego a esas cuatro paredes hizo que yo me desprendiera de todo: de la familia, de la ciudad, de las amistades... yo no volví a saber nada de Heredia”

Esta pasión por la microbiología hizo que Alba Rosa dejara a un lado las demás facetas de su vida. En el Laboratorio le correspondió resolver todo tipo de problemas pero también disfrutar de la primera etapa de crecimiento y consolidación del Servicio. Junto a sus compañeros, pasaba horas enteras preparando gases y reactivos con una enorme concentración, porque el más mínimo error significaba la muerte de algún niño.

“De las cosas más importantes que aprendí es que un buen microbiólogo siempre tiene que dudar y repetir. Dos resultados iguales son excelentes, un resultado dudoso es malo”, explicó esta profesional.

Esta apasionada de la microbiología se entregó de lleno a su profesión para indagar y aportar nuevas pistas sobre padecimientos como parasitología, diarreas y meningitis

Entre sus mayores aportes recuenta la labor pionera de lo que ahora son grandes laboratorios en el Hospital de Niños. Por ejemplo, cuando se especializó la primera médico endocrinóloga, Alba Loría inició también con las pruebas de hormonas y el uso de modernos aparatos en esta área de salud. La meritoria tarea constituyó un importante antecedente para los laboratorios de Endocrinología y del Programa Nacional de Tamizaje Neonatal, con el fin de detectar una lista de peligrosas enfermedades en niños recién nacidos.

“Me fascinaba investigar y apuntar a un diagnóstico. Por ello, participé en muchas sesiones clínicas haciéndome valer de las más modernas armas: últimas pruebas de química clínica, equipos excelentes, reactivos, investigaciones en el extranjero... yo era como una rata de biblioteca”, narró entusiasmada.

“El Hospital de Niños es como una casa para mí, que se introdujo dentro de mi corazón y me hizo servir y vivir plenamente”

Las primeras investigaciones sobre pacientes con errores innatos del metabolismo (trastornos o anomalías que afectan las funciones químicas en el organismo) se desarrollaron en su Servicio. Ahí se sentaron las pautas de análisis de aminoácidos y se practicaron las primeras pruebas metabólicas.

Para lograr estas pesquisas, llegaron hasta sitios alejados con la intención de tomar una pequeña muestra de sangre a pacientes con síntomas sospechosos y así tipificar el padecimiento para aplicar la experiencia en casos posteriores. Muchos

de los resultados de sus indagaciones forman parte de importantes libros y manuales de referencia médica usados en la actualidad.

La Dra. Loría recuerda que en esa gran casa nueva, llena de chiquitos, en ocasiones hacían falta insumos y presupuesto. A pesar de las limitantes, la gente luchaba por cumplir con excelencia sus labores. “Yo no me arrepiento de nada, más bien me enorgullezco de haber pasado esas etapas difíciles”.

“Repetiría mi historia entera en este hospital, y dando más... sin quitarle ni una coma”

Sus más grandes regocijos profesionales incluyen el desarrollo de trabajos de investigación, la oportunidad de viajar a congresos internacionales y el hecho de fungir como educadora en Microbiología

durante dieciséis años. “Por mis manos pasaron como veinticinco grupos de microbiólogos, a quienes traté de traspasar la mística, experiencia y cariño que siento por la microbiología”, enfatizó doña Alba Rosa.

Fotografías: Carlos Villalobos



Legados trascendentales

La Dra. Alba Rosa Loría Chaverrí desarrolló estudios de Microbiología en la Universidad de Costa Rica (UCR). Luego de casi veintisiete años de labores para el Laboratorio Clínico del Hospital Nacional de Niños, se retiró de esta institución. Ahora da consulta en su laboratorio privado, ubicado en su natal Heredia.

Una de las más fuertes motivaciones para pensionarse fue dedicar

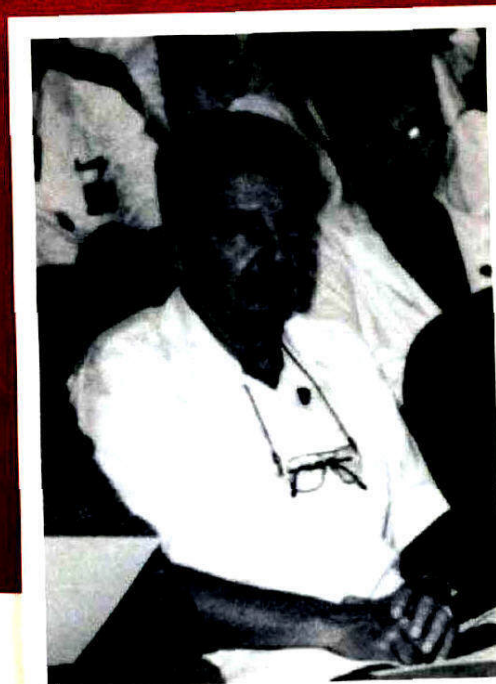
más tiempo al cuidado de su madre enferma y evitar la conducción en los embotellamientos de las carreteras. Desde entonces, ha disfrutado a sus sobrinos y sobrinos nietos intensamente; ella asegura que no podría vivir sin niños alrededor.

Los fines de semana acostumbra retirarse a su finca en las montañas de la provincia. Ahí, su rutina se apacigua entre jardines, lirios, aire fresco, pájaros, mariposas y hortalizas.

Fuente: Entrevista personal

Alberto Brenes Sáenz

“Este hospital es un ejemplo en Latinoamérica”



Un país entero en desesperación, madres angustiadas y llenas de pánico, autoridades estatales impotentes, ocupación hospitalaria hasta el tope y un connotado grupo de médicos desarrollando rápidas investigaciones ante el atroz padecimiento que embestía contra los más pequeños. Ese fue el escenario de uno de los peores dramas en la historia de la salud nacional: la epidemia de poliomielitis.

No es casualidad que todos los pioneros de esta Memoria mencionen con aflicción aquella época, cuando no existía un hospital infantil que pudiera frenar o reducir las secuelas de dicha enfermedad. Aunado a ello, la carencia de médicos ortopedistas fue un factor adverso para la salud de los niños costarricenses.

“La poliomielitis es una afección músculo esquelética que afecta y paraliza la parte motora... las secuelas para los niños pueden ser terribles”

El joven galeno Alberto Brenes Sáenz cursaba su tercer año de residencia en el Hospital San Juan de Dios. El terrible periodo de la peste despertó su sensibilidad hacia la medicina infantil, específicamente en el área de cirugía ortopédica y traumatología.

Gracias a su amistad con el Dr. Roberto Ortiz, recibió una beca para entrenarse en México en esta novedosa especialidad. Al lado del reconocido médico mexicano Alfonso Tohen Zamulio, Alberto se preparó durante seis meses. “Formé una gran amistad con el Dr. Tohen, en su país me trató como a un hijo. Él tenía un instituto de ortopedia en donde veíamos casos sobre secuelas de polio, parálisis cerebral, problemas congénitos... prácticamente, yo vivía en ese lugar”, rememoró este pionero.

“Realicé tres mil cirugías en tres años de residencia, el Hospital San Juan de Dios fue pionero en la preparación de especialistas con este método”

Como su práctica quirúrgica durante la residencia en el San Juan de Dios fue exhaustiva, el Dr. Brenes aprovechó su estadía en tierras aztecas para profundizar en el área teórica y ordenar sus conocimientos. Cuando regresó a Costa Rica, un nuevo centro médico estaba por abrir sus puertas y él ya formaba parte del primer equipo de colaboradores.

El Hospital Nacional de Niños nació como producto de un proceso de planificación en los diez años posteriores a la epidemia de polio. Sus fundadores, entre ellos el emblemático Carlos Sáenz

Herrera, percibieron la necesidad de tener autonomía para desarrollar los servicios de salud infantil.

De esta manera, se empezaron a tratar con mayor profesionalismo y profundidad las afecciones causadas por la polio y otras mortíferas enfermedades.

El Servicio de Ortopedia y Traumatología fue dirigido en un inicio por el Dr. David Henchoz Leandro, con el apoyo de Alberto Brenes; ambos se consolidaron como los dos primeros ortopedistas de niños. Cuando el Dr. Henchoz se retiró, don Alberto asumió la Jefatura.

En este servicio pediátrico, se abrió la posibilidad de desarrollar la ortopedia de una forma distinta a la realizada en adultos. Esto incluyó la consolidación de un proceso de actualización profesional constante, así como la modernización de equipos y tecnologías de tratamiento en ortopedia, traumatología y fisioterapia infantil.

“El Dr. Roberto Ortiz Brenes nos ayudó mucho para mejorar el Servicio de Ortopedia, tuvimos diez primeros años excelentes”

Una muestra de ello fue el amplificador de imágenes. Este aparato resultaba ideal al momento de una intervención

El Dr. Brenes es uno de los dos primeros ortopedistas costarricenses, quien enfrentó las secuelas de la poliomielitis y se valió de esta experiencia para mejorar la calidad de vida de la población infantil

quirúrgica ya que permitía apreciar claramente las anomalías y cotejar si los resultados postoperatorios eran favorables. El amplificador fue el primer instrumento en su tipo que existió en Costa Rica.

Gracias a todos estos avances, el Hospital Nacional de Niños se erigió y afianzó como un patrón de referencia en América Latina. Para lograrlo, el Servicio de Ortopedia y Traumatología trabajó de forma complementaria con el Departamento de Cirugía y el Servicio de Fisioterapia, liderado por la especialista en rehabilitación María Elena Salas.

“La Ortopedia es de las especialidades que progresó más rápido y nosotros nos mantuvimos siempre al día”

Adicionalmente, el Servicio incursionó en la enseñanza académica y don Alberto fungió como docente dentro del Hospital. Él hizo sus propios planes de estudio y amplió a un año la residencia correspondiente a ortopedia de niños. “La patología ortopédica infantil es mucho más agradable de investigar, más científica, más gratificante... por lo general, se trata de cirugías reconstructivas, en donde se pone al niño a caminar”, detalló.

El Dr. Brenes Sáenz recuenta un sinnúmero de satisfacciones asociadas a su puesto como Jefe de Servicio. Entre ellas, el desarrollo de importantes estudios sobre problemas congénitos

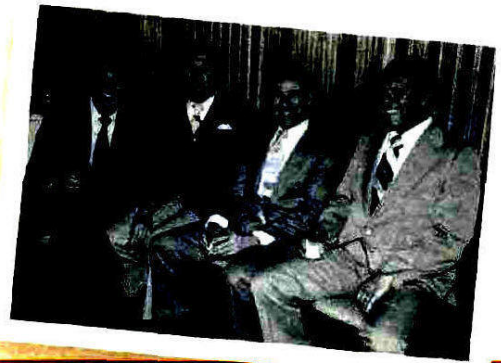
como la luxación de cadera, la cual resultó ser una de las enfermedades hereditarias más frecuentes en el país.

“Si se trabaja al niño recién nacido, el tratamiento es sencillo y el resultado perfecto; mientras más tarde se detecte, menores son las probabilidades de corregir. Esta era la patología más importante que pediatras y estudiantes debían aprender, porque acarrearía graves secuelas por una detección tardía”, enfatizó el profesional.

Como resultado de dichas investigaciones, se redujeron los porcentajes de incidencia gracias a que el 80% de

los casos de luxación congénita se detectaban tempranamente. Según el Dr. Brenes, este hallazgo representó una gran mejoría en la calidad de vida de los niños costarricenses y sentó fuertes bases para la medicina infantil actual.

Fotografías: Carlos Villalobos



Detalles de su trayectoria

El Dr. Alberto Brenes Sáenz laboró veinticinco años para el Hospital de Niños. Su preparación académica incluyó la Universidad Nacional de Bogotá (Colombia), donde estudió Medicina por seis años. Posteriormente, se capacitó en el Hospital Calderón Guardia, en el Servicio Social de Orotina y en el Área de Rehabilitación del Hospital San Juan de Dios, junto al Dr. Humberto Araya Rojas.

Fuente: Entrevista personal

En la actualidad, este médico, padre de siete hijos y abuelo de nueve nietos, disfruta su vida haciendo lo que antes no podía, como leer obras literarias no relacionadas con medicina. Después de llegar puntual a las cinco de la mañana todos los días a su trabajo, ahora maneja el tiempo a su gusto, tratando de disfrutar intensamente cada minuto.

Alfonso Rodríguez Esquivel

“La novedad siempre atrae”



Cuando se inauguró el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera, en mayo de 1964, una avalancha de gente abarrotó la edificación para conocer los servicios que estarían a disponibilidad de la niñez costarricense.

A partir de ese momento, dicho centro médico se vio inundado —a diario— por niños provenientes de todo el país quienes requerían atención médica en diversas especialidades. Ellos, acompañados de sus padres, acudían a la Consulta Externa y Emergencias para que se les diera un diagnóstico sobre el estado de salud del pequeño y la manera de abordar su condición.

“Fue para nosotros una verdadera odisea hacerle frente a la avalancha de niños que venían en demanda de atención médica”

La exhaustiva tarea de organizar la atención para cientos de pacientes recayó sobre los hombros del Dr. Alfonso Rodríguez Esquivel, el entonces Jefe de Servicio. Este médico puntarenense había sido nombrado en dicho puesto dos años antes por el Dr. Carlos Sáenz, mientras se desempeñaba como pediatra en el Hospital San Juan de Dios.

Luego de cumplir cuatro años de trabajo profesional ad honorem en este sitio, le correspondió preparar lo que se convertiría en el Servicio de Consulta Externa y Emergencias del primer hospital moderno de la época, según el mismo afirmó.

Para lograrlo, recibió una formación académica destacada. Una vez concluida la carrera de Farmacia en la Universidad de Costa Rica, en 1946, se marchó a España a estudiar Medicina y se mantuvo ahí por dos años.

En 1948, cuando se suscitó el conflicto bélico conocido como “Bloqueo de Berlín”, se creyó que la situación de guerra afectaría al resto de Europa; por lo cual, el joven Alfonso decidió trasladarse a México para terminar sus estudios de Medicina Pediátrica.

En el Hospital Infantil de dicho país aprobó un curso intensivo de un año para perfeccionar sus técnicas. “Mi primer paciente en México fue un bebé de cuatro meses que sufrió picadura de alacrán, con mucho esfuerzo se logró salvar pero en la Escuela de Medicina nunca me hablaron de eso”, narró Rodríguez.

Su trabajo en el Hospital Nacional de Niños se vio marcado por la influencia del Dr. Sáenz, quien lo apoyó para

que el Servicio de Consulta Externa y Emergencias se desarrollara de la forma ideal. Sin embargo, la escasez de médicos internos y la carga de trabajo jugaron un papel adverso durante su permanencia en el puesto.

“Siempre es un orgullo haber servido junto al Dr. Sáenz Herrera y el grupo de médicos que trabajaron en el Hospital”

A pesar de esos obstáculos, el Hospital realizó grandes aportes a la salud costarricense. Uno de los más significativos es la preparación de médicos especialistas en diversas ramas como Fisioterapia, Ortopedia y Odontología.

“El personal de esta institución siempre se entregó para atender al paciente de la mejor forma y darle la mayor cantidad de cariño. Una característica del pediatra es que es más compasivo, especialmente en los casos difíciles”, aseguró don Alfonso, quien considera al Hospital de Niños como uno de los mejores de Latinoamérica.

Sus aportes desde la Jefatura del Servicio de Consulta Externa y Emergencias fueron numerosos. La preparación como farmacéutico fue un valor agregado que puso al servicio de este centro médico. Junto con los doctores Rodrigo Loria y

Ningún plan previó la enorme cantidad de niños que vendría a la Consulta Externa en el nuevo hospital

Áurea Vargas elaboraron el Formulario Médico para el Hospital Nacional de Niños, una especie de folleto en el cual se definían los medicamentos a utilizar en cada tratamiento, según la condición de cada paciente.

Otra de las novedades fue el desarrollo de un sistema de selección para atender a los niños. Como consecuencia de la carencia de personal y la estrechez del espacio físico, no se lograba atender a la enorme cantidad de personas que solicitaban los servicios de salud.

“Los beneficios que el Hospital le ha dado al país en estos 45 años son incalculables”

Entonces, se ideó emplear el sistema de valoración según el orden consecutivo de fichas numéricas, que permitiera determinar si el niño debía ser internado o si sólo requería de tratamiento con medicamentos de manera ambulatoria o domiciliaria. “Hubo días que nos vimos obligados a atender más de trescientos niños, los guardas nos ayudaban a entregar las fichas y mantener el orden”, destacó.

A pesar de estas ingeniosas medidas, la carga de trabajo se mantuvo siempre alta. Los médicos realizaban “contravisitas”, es decir, veían al paciente dos veces por día como recargo a su horario laboral.

En 1972 se amplió la Consulta Externa y el área de Emergencias. Se crearon más consultorios para las especialidades, dos salas de cirugía menor y un salón para observación de pacientes. Con estas mejoras se frenó la hospitalización y se reacomodaron los horarios del cuerpo médico.

Entre risas, el Doctor mencionó la escasa pensión que recibe actualmente por veintidós años de trabajo en el Hospital Nacional de Niños; sin duda, el factor económico nunca fue la motivación para entregarse de forma desmedida. A la edad de 60 años, decidió

retirarse por un problema de salud pero con la enorme satisfacción por la misión cumplida.

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos.



Trayectoria médica

En 1962, el Dr. Sáenz encomendó al Dr. Alfonso Rodríguez la tarea de planificar el Servicio de Consulta Externa y Emergencias. Dos años después, todo estaba listo para atender a los nuevos pacientes.

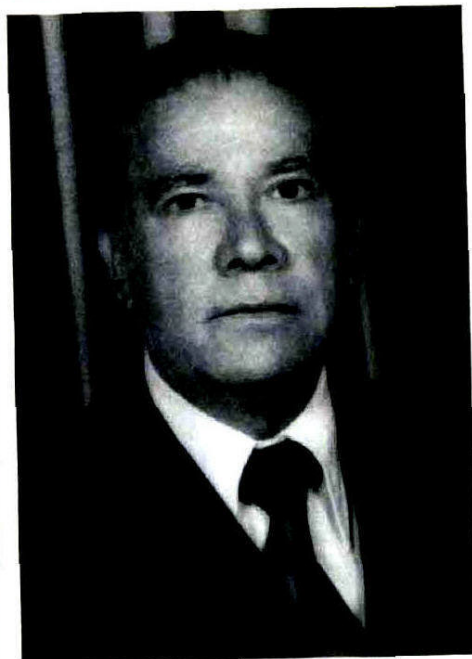
Este puntarenense, de padre gallego y madre porteña, tiene tres hijos, cinco nietos y cincuenta

años de matrimonio con Flór de María Reyes. Luego de pensionarse, continuó trabajando en consulta privada. A sus 84 años, desearía regresar a la época de labor en el Hospital Nacional de Niños para combinar su ejercicio administrativo y de organización con la consulta de niños.

Fuente: Entrevista personal

Alí Rodríguez Acuña

Un profesional que traspasó horarios y contextos



Cual escena de película de principios del siglo pasado, el pueblo de Santo Domingo de Heredia recibió —como gran suceso— al joven Alí Rodríguez Acuña cuando regresaba de su viaje de varios años a México para formarse como galeno y ejercer en su pequeño país.

Una gastada fotografía en blanco y negro ilustra esa tarde cuando los vecinos de dicha localidad se reunieron cerca de la estación del ferrocarril. Mientras Alí bajaba del tren, sus familiares y coterráneos lo aguardaban con trajes elegantes, sombreros y bastones que daban pista de presenciar un evento trascendental.

De este modo peculiar y pintoresco, inauguró el Dr. Rodríguez su carrera como médico en Costa Rica a partir de 1942.

Durante una conversación cargada de nostalgia, el Dr. Hernán Rodríguez Calzada —hijo del destacado pionero— compartió algunas memorias sobre el legado de su padre. Actualmente, Rodríguez Calzada funge como Jefe de Emergencias del Hospital Nacional de Niños, la misma institución donde su padre le trajo incontables veces cuando era pequeño y de la cual recuerda un profundo “olor a hospital”, que ya su habituado olfato no logra percibir.

Aquella primera mitad del siglo anterior resultó ser una época interesante y difícil para la medicina en nuestro país. Alí Rodríguez Acuña es un precursor emblemático de esta profesión por tratarse de uno de los primeros expertos en la materia.

Su trayectoria en dicha carrera data desde la década de los cuarenta; sin embargo, anteriormente se desarrolló como farmacéutico graduado de la Escuela de Farmacia de nuestro país. Rodríguez ejerció algunos años hasta marcharse a la Universidad Autónoma de México (UNAM) para obtener otra especialidad en el área de la salud.

El asombroso aporte profesional de Alí Rodríguez Acuña en el Pabellón “Mandas” del Hospital San Juan de Dios y su fuerte amistad con el Dr. Roberto Ortiz, fueron importantes motivos para que el Dr. Carlos Sáenz Herrera lo enlistara dentro de un selecto grupo de personas de su confianza, quienes ocuparían los primeros puestos en un nuevo centro médico infantil.

El Hospital Nacional de Niños se fraguó como un ambicioso proyecto, nacido en el corazón del Dr. Sáenz Herrera y otros médicos de la época, e impulsado por la terrible epidemia de poliomielitís que azotó a la niñez costarricense durante el año 1954.

Dicho grupo de pediatras, sus esposas, medios de comunicación y otras personalidades, realizaron diversas acciones para recolectar el dinero necesario, con el cual se consolidaría el magno proyecto. El pueblo costarricense respondió de una forma extraordinaria a dicha petición.

“Este es un hospital construido con ayuda y donaciones del pueblo, sin ellos no se hubiera logrado levantar la obra en tan pocos años. Recuerdo un termómetro colocado en el Parque Central, cerca del antiguo cine Rex... mostraba los ingresos que se tenían para la construcción del edificio”, detalló don Hernán Rodríguez.

Debido a los problemas presupuestarios durante esos primeros años, el Hospital careció de equipos, personal técnico y suministros; lo que implicó un sacrificio mayor por parte del cuerpo médico a cargo. “La vida del médico era muy entregada y los salarios realmente bajos; por eso, resultó común que atendieran a su clientela privada, además de sus pacientes en el Hospital”, señaló Rodríguez Calzada.

Sin lugar a duda, la motivación de este equipo de distinguidos médicos nunca fue de carácter económico. Muchos de ellos recibían salarios austeros y se retiraron de su puesto con una pensión bastante modesta en comparación con las actuales.

Este médico consolidó su carrera a mediados del siglo pasado, cuando la medicina se ejercía “con las uñas”

La mística y entrega del Dr. Alí Rodríguez traspasó horarios y contextos. Por ejemplo, una mañana de sábado cuando el pequeño Hernán jugaba con sus amigos en la calle aledaña al Hospital, llegó un carro rápidamente a la puerta del centro médico. Su padre y otras dos personas se subieron al vehículo y se marcharon sin que el niño supiera el destino. “Yo no sabía si se trataba de un secuestro o si mamá estaba enterada de que se lo habían llevado, pero esa vez papá llegó a las tres de la madrugada. Luego me enteré de que fueron a ver a una chiquita que estaba muy grave y vivía lejos; al final la pequeña murió, pero se hizo todo lo que estuvo en manos de los médicos”, rememoró este profesional.

Como muchos de sus colegas, Alí Rodríguez Acuña fue una persona sumamente recta y estricta, tanto en el ejercicio de la medicina como en la formación académica de nuevos pediatras. Sin embargo, esas cualidades no le limitaron para gozar a plenitud sus años profesionales y brindar un trato cálido, amoroso y cercano a todos sus pacientes.

En aquel entonces, la atención médica era muy personalizada. El Dr. Rodríguez recibía llamadas telefónicas sobre consultas urgentes, e inclusive, algunas personas llegaban a su casa sin importar la hora. También, era común que ellos realizaran visitas al hogar del enfermo o que pasaran visita gratuita en la institución los fines de semana.

Su paso por el Hospital de Niños se vio marcado por la mística y el apoyo

desinteresado. En este centro de salud se atendió a todo tipo de pacientes a pesar de que la legislación no lo contemplaba como una medida obligatoria, tal como en la actualidad. “Él sufrió mucho porque, aún con la buena voluntad que tenía, careció de armas para luchar contra todas las enfermedades... pero, lo que más valoraron sus pacientes fue que siempre tuvieron a la par al médico”, puntualizó don Hernán.

La enfermedad de una de sus hijas le trajo enorme tristeza y le impulsó a acoger el retiro de labores. Cuando se pensionó, en 1975, el personal de la institución organizó un gran homenaje. En dicho evento se le hizo entrega de un pergamino firmado por sus amigos, colegas y demás integrantes del cuerpo médico; el cual daba fe de que la labor profesional fue cumplida a cabalidad y que esto lo convirtió en un pionero de la pediatría en Costa Rica.

Aunque los documentos y pruebas físicas sobre la trayectoria del Dr. Rodríguez Acuña se han extraviado con el paso de los años, la evidencia más fiel e impercedera de su legado es un tumulto de recuerdos que médicos, pacientes, historiadores y colegas aún conservan en sus memorias.

Agradecimiento especial:
Dr. Hernán Rodríguez Calzada, hijo de este pionero y actual Jefe de Emergencias del Hospital Nacional de Niños.

Fotografías: Carlos Villalobos



Detalles de su trayectoria

El Dr. Alí Rodríguez Acuña fungió once años como Jefe de Clínica Lactantes 2 en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Un reportaje de la época en el periódico La Nación, destaca los 33 años que entregó en servicio dentro del área de la salud.

Fuente: Entrevista Dr. Hernán Rodríguez

Este herediano de cepa, nació en 1912 y falleció en 1991, a sus 78 años de edad. Se unió en matrimonio con Margarita Calzada y tuvieron cuatro hijos. Asentaron su vivienda cerca del Hospital, muy próximos al beneficio cafetalero de Barrio Mántica; en los alrededores de lo que hoy es el Centro Colón.

Áurea Vargas Bonilla

La dosis perfecta de entrega a los niños



El 11 de noviembre de 1963, Áurea Vargas Bonilla rubricó un compromiso de entrega y excelencia con el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera que se prolongaría por más de 25 años. Aceptó el gran honor que se le confería al nombrarla Jefa del Servicio de Farmacia.

Desde los primeros días de su estancia en este centro médico, disfrutó de un ambiente laboral agradable y acogedor al lado de compañeros solidarios. También fue acogida por quienes tenían a su cargo la Dirección y Administración del Hospital, el respetable Dr. Carlos Sáenz Herrera, la administradora María de los Angeles Porras y la subadministradora Iris Milano. “El Dr. Sáenz cumplía un papel de padre, él nos enseñaba a crecer para devolver todo lo aprendido al Hospital. Le daba un sello de familia a este importante centro”, destacó Áurea Vargas.

“Cuando me escogieron para dirigir la Farmacia me sentí muy honrada y feliz; lo recibí como una bendición de Dios que decidí corresponder de la mejor manera”

Al asumir la Jefatura de la Farmacia, su mayor reto consistió en crear un servicio moderno, en lugar del modelo tradicional. Su primera tarea fue conocer a

fondo el ambiente y dinámica de trabajo del Hospital, para crear un sistema de atención adaptado a las necesidades de los pequeños pacientes.

Por ello, por su propia cuenta, a partir de la década de los años sesenta, visitó varios hospitales en Estados Unidos, Europa y Suramérica, y asistió a numerosos congresos, con el fin de explorar sistemas modernos como los que recomendaba la American Society of Hospital Pharmacists (ASHPhs). Sin embargo, decidió realizar cambios paulatinos debido a la carencia de recurso humano en el Servicio. El personal de enfermería aceptó los nuevos cambios que se implementaban; los médicos también fueron muy respetuosos de esas innovaciones.

Un aspecto de gran importancia fue el apoyo de las farmacéuticas y farmacéuticos que laboraron junto a la Dra. Vargas. “Todos aportaron su entusiasmo y mistica, pusieron su talento al servicio de los niños”, rememoró esta pionera.

Junto al Dr. Alfonso Rodríguez Esquivel, miembro del Comité de Farmacia y Terapéutica y gran colaborador de la Farmacia, redactaron el Formulario Terapéutico, el cual contenía la información básica de cada medicamento para la prescripción médica certera. Este formulario fue el primero de su clase en Costa Rica.

En los inicios de la Farmacia, se instituyó un sistema mixto de distribución de medicamentos, basado en el despacho de recetas individuales y acompañadas de algunos datos del estado clínico del niño así como un riguroso control de la dosis. “El objetivo de este Servicio comprende dos altos niveles de responsabilidad, el primero promover políticas de uso apropiado de medicamentos y el segundo brindar cuidado farmacéutico individual a pacientes”, explicó la Dra. Vargas.

Estas medidas vinieron a beneficiar la salud infantil. Otro de los cambios trascendentales en el modelo de medicación fue el establecimiento de un sistema llamado Dosis Unitaria (uso racional del medicamento para que el paciente reciba el tratamiento correcto y no se incumplan los tiempos de administración), el cual propició el desarrollo de la farmacia clínica.

Así, la Farmacia del Hospital empezó a responsabilizarse de garantizar que los pasos del ciclo completo de medicación se cumplieran a cabalidad. “Todo este cambio llenó el vacío que sentíamos los farmacéuticos en nuestro desempeño de la farmacia institucional, que nos convertía en profesionales anónimos, totalmente aislados de las áreas del cuidado de los pacientes y, por ende, del equipo de salud”, reseñó Áurea Vargas.

Una amplia lista de modernizaciones y cambios clínicos en la Farmacia del Hospital de Niños, implementados en los últimos 45 años, son la mejor prueba del sinnúmero de aportes de la Dra. Vargas y su equipo de farmacéuticas y farmacéuticos a la salud nacional



Parte medular de esta evolución fue el entrenamiento del equipo de farmacéuticos tanto del Hospital Nacional de Niños como del resto de los hospitales del país, Ministerio de Salud, farmacia de comunidad, informadores científicos y Facultad de Farmacia, entre otros. La Dra. Vargas, con la colaboración del resto de compañeros del Consejo de Farmacia del Centro de Desarrollo Estratégico e Información en Salud y Seguridad Social (CENDEISS), propició la participación de sus colegas en un intenso programa de educación continua sobre Farmacia Clínica. Esta pionera fue coordinadora del Consejo entre 1978 y 1984.

“El Patronato y la Administración fueron muy justos con la Farmacia ya que nos dieron más personal farmacéutico cada año, como un reconocimiento por brindar mejores servicios”

Como resultado de esa preocupación, durante un congreso en 1966 sobre farmacia y bioquímica en Buenos Aires, Argentina, al visitar el hospital de niños de esa ciudad, conoció acerca de los centros de control de intoxicaciones cuando la toxicología era una materia poco desarrollada en el país pero con gran auge entre los profesionales de farmacia. Se enamoró del proyecto y a su regreso al país lo presentó al Dr. Sáenz, quien a su vez entusiasmado le pidió que organizara un centro de esa naturaleza en el Hospital Nacional de Niños.

Investigó los requisitos, se asesoró sobre la organización y funcionamiento con el Departamento de Salud y Bienestar de los Estados Unidos y, en 1969, fundó el centro para el Hospital. Continuó preparándose y visitando centros en este país norteamericano. Ahí descubrió la existencia de la Asociación Americana de Centros de Control de

Intoxicaciones (AAPCC), a la que se afilió de inmediato. Esta entidad, junto con la Academia de Toxicología Clínica, organizaba anualmente un concurrido congreso de toxicología clínica al que asistía la Dra. Vargas —religiosamente— todos los años.

En 1971, gestionó una beca en la Embajada de Francia, país donde se encontraba el centro de control de intoxicaciones más completo de ese entonces, fundado por la Universidad de París. Esta pionera viajó a dicho sitio, el entrenamiento fue de gran provecho. A su regreso a Costa Rica continuó trabajando en el proyecto, junto con el equipo de farmacéuticas y farmacéuticos. Finalmente, en 1975 y después de arduos años de trabajo,

se fundó el Centro de Control de Intoxicaciones para dar servicio a todo el país. Esta dependencia se caracterizó por la actualización constante, un destacado servicio y utilización de sistemas informáticos más modernos. En los años siguientes de su fundación, se gestionaron becas para el personal en toxicología química y clínica.

Cada uno de sus esfuerzos y sacrificios dieron frutos. En 1989 el Centro de Control de Intoxicaciones se oficializó y fue declarado de carácter nacional; este es tan sólo un reconocimiento a los múltiples aportes de la Farmacia de dicho centro médico.

Fotografía página izquierda: aportada por Áurea Vargas
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos

Otros aportes de la Farmacia

Durante casi veinticinco años de labores, la Dra. Áurea procuró la participación del personal de la Farmacia en otras actividades clínicas, además de las ya comentadas, las cuales se enumeran a continuación:

- Inicio del programa de educación continua para farmacéuticos
- Estudios sobre interacción de medicamentos y reacciones adversas
- Participación en sesiones clínicas y anatomoclínicas del Hospital
- Impulso a la educación e instrucción de pacientes
- Fundación del Comité de Farmacia y Terapéutica
- Fundación de la farmacia satélite en Oncohematología
- Gestión de becas cortas para capacitación del equipo de farmacéuticos
- Supervisión de todo el proceso

de medicación de los pacientes del Hospital

- Establecimiento del internado de farmacia clínica para estudiantes de Farmacia junto con la Facultad de Farmacia de la Universidad de Costa Rica

Otros proyectos desarrollados fueron el servicio de información de medicamentos; servicio de Farmacocinética Clínica; establecimiento de rondas clínicas farmacéuticas por las salas de pacientes; levantamiento de perfiles e historias terapéuticas; soporte nutricional parenteral total y enteral; preparación de mezclas intravenosas; fraccionamiento de medicamentos por unidosis; preparación de vacunas antialérgicas e integración de los comités clínicos de Control de Infecciones, Radionúclidos, Oncohematología, Diabetes y Antiepilépticos, entre otros.

Fuente: Entrevista personal

Carlos Arrea Baixench

“Soy el hombre más inquieto del mundo”



Las contribuciones del Dr. Carlos Arrea Baixench para el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera se remontan a la década de los años cincuenta, cuando dicho centro médico apenas era una idea esbozada en planos arquitectónicos que tomaban forma en las mesas de discusión de sus creadores.

Luego de haber realizado el internado en el Hospital San Juan de Dios, el joven Arrea se trasladó a Chile por algunos meses para especializarse en cirugía infantil. A su regreso a Costa Rica, desarrolló el Servicio Social en Ciudad Quesada como Director del Hospital de San Carlos. Allí conoció a Fernando Escalante Padilla, quien le recomendó para ocupar el puesto de Director General de Asistencia en el Ministerio de Salud Pública.

En esa época, su amigo de muchos años atrás, Rodrigo Loria Cortés, era el Ministro de Salud. Él encomendó a Carlos Arrea la revisión y aprobación de los planos preliminares del nuevo centro médico infantil, elaborados por el arquitecto estadounidense Peter Pfisterer. El proyecto debía aprobarse en el Departamento de Arquitectura de la Dirección General de Asistencia, regida en este entonces por el arquitecto costarricense Rodrigo Masís.

El Dr. Arrea fue un mediador entre ambos profesionales para lograr acuerdos en torno a los detalles de diseño del Hospital. Una vez que equipararon sus criterios, se procedió con la creación de los planos estructurales y se inició la construcción, gracias a un empréstito del Gobierno estadounidense mediante la iniciativa Punto Cuarto (acuerdo de cooperación técnica entre la República de Costa Rica y los Estados Unidos de América).

“Carlos Sáenz, Roberto Ortiz y Rodrigo Loría —como principales líderes— lograron que este Hospital iniciara con una mística diferente, hacia el pueblo y hacia los niños”

“Quizá lo que me entristece es que algunos de mis colegas de esos primeros años ya no están y otros se encuentran muy enfermos. Pero quiero hablar de todos, porque esto fue un proyecto de todos”, manifestó el Dr. Carlos Arrea al iniciar la conversación sobre su trayectoria. A pesar de este sentimiento, su mirada azul chispeante y su sonrisa perenne sellaron dicha entrevista, la cual estuvo impregnada de emociones, elocuencia e interesantes detalles sobre aquella época.

Semejante a una enciclopedia histórica, don Carlos Arrea narró los pormenores de su historia y los de muchos otros

compañeros del Hospital Nacional de Niños. Ingresó a este centro médico como Jefe de Servicio de Cirugía General, gracias a sus publicaciones sobre salud infantil, su participación en congresos y su experiencia como cirujano en el Hospital San Juan de Dios.

Para la década de los sesenta, los médicos realizaban cirugías en casi todas las áreas. Posteriormente, los profesionales se prepararon de manera más enfocada en la subespecialidad de su preferencia. “Vimos necesario establecer divisiones porque no todos podían especializarse en todo. Se creó la Clínica de Labio y Paladar Hendido, la Unidad de Quemados y la Unidad de Tumores; además, compramos la primera máquina de circulación extracorpórea para operaciones a corazón abierto, entre otros avances”, destacó.

“Entramos con un entusiasmo de locos, pero de locos era también la cantidad de trabajo que había”

Le unía una amistad muy fuerte con el Dr. Roberto Ortiz Brenes, Jefe de Departamento de Cirugía. Aunque el Dr. Ortiz le consideraba como “un catalán demasiado terco” por su obstinación e insistencia de realizar cirugías complejas con bajas esperanzas de sobrevivencia, eligió a Carlos Arrea para que lo

Este pionero es dueño de una memoria impresionante que no sólo le permitió detallar su propia historia, sino también los aportes de muchos de sus compañeros fundadores del Hospital Nacional de Niños

sustituyera en la Jefatura cuando decidió retirarse por motivos de salud.

“Luego de aceptar el puesto, insistí en que lo sacaran a concurso pues soy de la idea de que en esta vida todas las cosas hay que ganárselas por méritos propios y según las reglamentaciones adecuadas. Actualmente, soy el único Jefe de Departamento elegido por este método”, puntualizó don Carlos.

Fungió en dicho cargo de 1984 a 1986. Sus principales aportes se orientaron a maximizar el uso de la Sala de Operaciones, para lo cual dirigió un estudio en esa línea y pidió a todo su equipo de trabajo plantear soluciones en conjunto.

“Realicé, aproximadamente, 35 000 operaciones en el Hospital Nacional de Niños... le debo al menos un libro a este hospital donde se plasme esta experiencia”

Según el Dr. Arrea, ese grupo pionero que entró al Hospital se llevaba muy bien, trascendían la relación de compañeros de trabajo hacia una relación de amigos. “Todos teníamos muchas ganas de hacer las cosas con excelencia y triunfar, pero no nos preocupaba que los otros también triunfarán”, narró complacido.

Otra de las contribuciones de este galeno fue en el ámbito de la docencia, no solamente como formador de nuevos profesionales, sino también como autor de diversos artículos para la instrucción académica. Cuando el Dr. Rodrigo Loria Cortés, como Jefe de la Cátedra, publicó el Manual de Normas de Pediatría (que todavía se utiliza como libro de referencia), don Carlos Sáenz le solicitó al Dr. Arrea redactar unas normas de cirugía pediátrica para complementar dicho texto.

“Le dediqué muchísimo tiempo a la docencia, enseñar es una de las actividades que más me ha gustado”

Carlos Arrea Baixench divulgó cerca de setenta documentos médicos e investigaciones. Entre sus publicaciones destaca un estudio sobre apendicitis aguda en niños, basado en el análisis de mil casos de pacientes operados en el Hospital por dicha enfermedad. Como resultado, se diseñó una hoja para recolectar datos reveladores de todos los niños en condición similar. Gracias al estudio, lograron disminuir entre un 20 y 30% el número de apéndices perforadas, aminorar la gravedad de los casos y, por ende, reducir las muertes por esta causa.

A sus 80 años, el Dr. Carlos Arrea se considera el hombre más inquieto del mundo

porque participa en un sinnúmero de actividades. En el año 2003 publicó el libro “Medicina, su historia y filosofía”, que contiene un repaso de la Medicina desde las civilizaciones arcaicas, su desarrollo en Costa Rica, hasta lo que nos depara el futuro en este ámbito. Él se mantiene constantemente actualizado, para lo cual utiliza no sólo sus tradicionales libros y revistas sino también las modernas herramientas informáticas.

Fotografías: aportadas por Carlos Arrea



Aportes de este médico costarricense

Caracterizado como un hombre correcto y honesto, con gran inteligencia y buen sentido del humor, el Dr. Carlos Arrea Baixench laboró como Jefe de Servicio de Cirugía General y Jefe de Departamento de Cirugía del Hospital Nacional de Niños durante más de 22 años.

Él es un amante de la fotografía, tanto que era capaz de detener una operación para tomar fotos y utilizarlas como método de análisis médico posterior. Él tomó vacaciones durante el mes de enero a lo largo

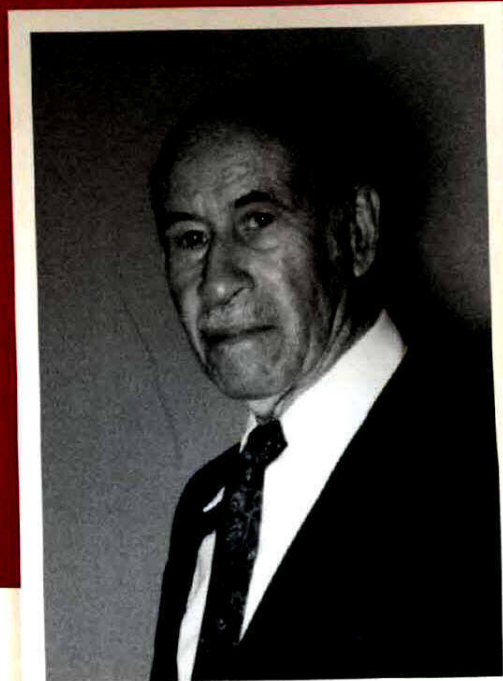
de todos los años que laboró para el Hospital, ya que éstas se convertían en un impulso crucial para asumir la enorme carga de trabajo que demandaba su puesto.

Nunca se desligó del todo de la cirugía de adultos a pesar de que su pasión era trabajar con infantes. Durante la primera etapa de su vida profesional, combinó su ejercicio en el Hospital de Niños con operaciones en el Hospital San Vicente de Paul de Heredia, aunque en menor medida.

Fuente: Entrevista personal

Carlos Cordero Chaverri

Una radiografía a la excelencia



La entrega, compromiso y dedicación hacia el paciente, así como su trabajo caracterizado por la excelencia, la precisión y el detalle, convirtieron al Dr. Carlos Cordero Chaverri en uno de los mejores radiólogos que recuenta la historia médica de nuestro país.

Don Carlos Cordero tuvo la oportunidad de viajar a la ciudad de Boston, Estados Unidos, para especializarse en Radiología. A su regreso a Costa Rica, en 1949, se incorporó al Hospital San Juan de Dios como médico interno. En este centro de salud laboró durante catorce años, ahí formó a nuevos profesionales en la materia.

En 1954, la epidemia de poliomielitis que afectó a la población infantil nacional evidenció que el país no contaba con los recursos mínimos para atender este tipo de situaciones. Por eso, un grupo de ciudadanos encabezados por el Dr. Carlos Sáenz Herrera se propusieron construir un hospital pediátrico de primer nivel.

Después de diez años de muchos esfuerzos el centro médico infantil estaba listo para abrir sus puertas. Para ese momento, uno de los principales

problemas que debió enfrentar el Hospital Nacional de Niños fue la contratación del personal médico, auxiliar y administrativo.

En el país había muy pocos especialistas pediátricos, pero menos aún en el área de Radiología; tan sólo cinco personas tenían los conocimientos necesarios para desempeñar las funciones propias de un cargo de jefatura en esa especialidad.

Así, el Dr. Cordero Chaverri fue designado como Jefe de Radiología del nuevo Hospital por su impecable trayectoria y distinción. La Unidad inició con un radiólogo, dos técnicas, cuatro auxiliares y una secretaria; asimismo, con dos aparatos fijos de Rayos X y uno portátil.

A pesar del escaso espacio físico y de condiciones inadecuadas para guardar las radiografías, el Dr. Cordero logró establecer el archivo de manera sistemática.

Poco a poco aumentó el número de personas y de salas de Rayos X; además, se inició la implementación de nuevas tecnologías. Todo ello contribuyó a la realización de diagnósticos más precisos que permitieron salvar gran cantidad de vidas. Un ejemplo de lo anterior

es el incremento de la práctica exitosa de cateterismos cardíacos en pacientes jóvenes.

Producto de los procedimientos constantes y de la investigación, el Dr. Cordero Chaverri perfeccionó sus destrezas en niños, principalmente en recién nacidos, así como las técnicas especiales para los casos de malformaciones congénitas. Don Carlos siempre buscó los medios para actualizar sus conocimientos y así ofrecer un mejor diagnóstico al paciente.

Su colega, Carlos Arrea Baixench, lo recuerda con gran admiración por su entrega, accesibilidad, formación y disposición ante cualquier eventualidad. "Siempre que lo buscaba se encontraba dispuesto a discutir el diagnóstico de las radiografías conmigo... todos llegamos a ser muy buenos en la interpretación de radiografías gracias a su instrucción", afirmó el Dr. Arrea.

El Dr. Cordero implementó una práctica (muy gustada por sus colegas) que contribuyó a la unión de grupo. Todos los sábados, a las siete de la mañana, realizaba una reunión para exponer los casos más interesantes que trató durante la semana.

El Dr. Cordero Chaverri convirtió el Servicio de Radiología en una de las áreas más desarrolladas del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera

Las "reuniones radiológicas", tal y como fueron bautizadas, eran muy concurridas por el personal de distintas unidades. En la discusión de los casos intervenían especialistas de diversas áreas, lo cual no sólo enriquecía el diagnóstico sino que generaba un alto nivel de aprendizaje.

Con su seriedad y pericia favoreció la formación integral de muchos profesionales de la salud. "En el San Juan de Dios no teníamos la disciplina de integrarnos a ver las placas con los radiólogos, Carlos fue quien nos enseñó. Él nos explicaba todo lo referente a la radiografía", evocó su amigo, el Dr. Arrea.

De igual manera, en su afán por ser cada vez un mejor médico para beneficio de sus pacientes participó en diversas actividades internacionales como el Seminario de Radiología en el Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas en Washington, el Congreso Anual de la Sociedad Americana de Radiología Pediátrica en Atlanta y el Congreso Nacional de México; entre muchos otros encuentros.

Carlos Cordero Chaverri disfrutaba de las costumbres más tradicionales del ser costarricense como sembrar frutas y hortalizas en su finca. Con su retiro del ejercicio médico, en 1982, se cerró

un capítulo de la biografía radiológica del país; pero él mismo se encargó de que sus conocimientos permanecieran vigentes gracias a la instrucción brindada a decenas de profesionales.

Agradecimiento especial:
Dra. Grace Curling Rodríguez, Jefa del Servicio de Radiología del Hospital México.
Dr. Carlos Arrea Baixench, ex Jefe de Departamento de Cirugía del Hospital Nacional de Niños.

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



La radiología en Costa Rica

Ya desde 1962 surgió una fuerte necesidad de formar profesionales en Radiología en Costa Rica ya que, para especializarse en este campo, los interesados debían viajar al extranjero por varios años y realizar una inversión que estaba fuera del alcance de muchas personas.

Ese mismo año, como respuesta a esta carencia, los doctores Céspedes, Cordero Chaverri y Devila

fundaron la Escuela de Técnicos en Radiología. Actualmente, existe como carrera corta en la sección de Tecnologías Médicas de la Universidad de Costa Rica.

En 1964 se abrió el Servicio de Rayos X en el Hospital Nacional de Niños a cargo del Dr. Carlos Cordero Chaverri, a quien le sucedió el Dr. Francisco Mirambell Solís, su mano derecha durante todos los años que lideró el Servicio.

Fuente: Recopilación bibliográfica

Carlos Saborío Alvarado

Bases sólidas para 45 años de historia



Gracias a una extraordinaria memoria que le permitió precisar nombres, lugares, fechas y cantidades, entre muchos otros detalles, el Ing. Carlos Saborío relató sus recuerdos sobre los inicios y desarrollo de uno de los proyectos más ambiciosos en la historia costarricense: el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Se vinculó desde muy joven con la realización de esta obra. A los 20 años de edad, luego de graduarse en Estados Unidos, empezó a ejercer como ingeniero mecánico. Para 1956, ingresó al Departamento de Arquitectura de la Dirección General de Asistencia Médico Social, instancia del Ministerio de Salud encargada de distribuir los dineros de la lotería, así como coordinar y manejar algunos hospitales e instituciones de índole social.

Transcurridos varios meses, este departamento realizó la contratación de cinco ingenieros y arquitectos costarricenses, quienes se marcharían a Washington con el encargo de diseñar los planos del nuevo hospital infantil. Don Carlos Saborío fue seleccionado como uno de ellos, al lado de Guillermo Carranza Castro, Ricardo Herrera Mata, Alfredo Arguedas Fuentes y Jorge Gordienko Orlich.

“Cada uno de nosotros tuvo responsabilidades específicas para el desarrollo de los planos. Regresamos a Costa Rica y nos reincorporamos. Luego de esto, hubo un proceso de revisión exhaustiva de los planos para proceder con la licitación y la construcción”, detalló don Carlos.

Aunque la cimentación de la obra le correspondió a la empresa Edificios y Carreteras (EDICA Ltda.), otras compañías y particulares fueron piezas de gran relevancia para la consumación del Hospital. Por ejemplo, el arquitecto norteamericano Peter Pfisterer fue el responsable del primer esbozo o anteproyecto que, a su vez, sirvió de base para contratar a dos firmas: una encargada del diseño arquitectónico y estructural y otra de los diseños electromecánicos.

“La donación de dos millones de dólares sirvió como base para construir el Hospital... se trató de un acto de generosidad del Gobierno Norteamericano y fue uno de los grandes logros del Dr. Sáenz”

El Ing. Saborío laboró para la corporación electromecánica, la cual finiquitó la etapa de conceptualización y planificación del Hospital Nacional de Niños. Pero, el verdadero detonante para formular la idea de un centro médico infantil fue

la terrible epidemia de poliomielitis de los años cincuenta. El Dr. Sáenz lideró esta reacción nacional para frenar la enfermedad y desató toda una campaña de recolección de fondos; la cual fue apoyada por el empréstito estadounidense de dos millones de dólares.

“El Hospital se desarrolló con una mística que no ha tenido paralelo en la Administración Pública... ese aire todavía se percibe, 45 años después”

Una vez que EDICA finalizó el proceso constructivo, se arrancó con la fase de equipamiento. Fue entonces cuando la Junta de Protección Social de San José (JPS) constituyó el Comité Ejecutivo del Hospital Nacional de Niños. Carlos Saborío se encargó de ejecutar los planes establecidos por dicho comité.

El entonces presidente de la Junta de Protección, Alfredo Echandi Jiménez, aceptó la idea —expuesta con mucha vehemencia por Sáenz Herrera— de darle al hospital identidad propia y autonomía administrativa, política y económica mediante un Patronato. “Esta modalidad tenía muchas ventajas porque el Hospital participaba en la distribución de dineros de la Dirección de Asistencia y de la Junta de Protección con los premios de la lotería. Este centro

Durante los años previos a la inauguración del Hospital de Niños, un distinguido grupo de profesionales se dedicó a cuidar hasta los más pequeños detalles para el éxito en su apertura; entre ellos, el Ing. Saborío

hospitalario necesitaba financiamiento para su operación, esa fue la razón primordial para darle independencia”, explicó el distinguido profesional.

El Ing. Carlos Saborío Alvarado fue nombrado como Presidente del Patronato del Hospital Nacional de Niños. La primera Junta Directiva estuvo constituida por renombrados personajes quienes acompañaron a este ingeniero, entre ellos, el Dr. Raúl Blanco Cervantes, Andrés Brenes Mata, Claudio Castro Herrera, Fernando Cañas Vargas, Otto Holst Van Patten y Fernando Valverde Vega. “Nos reuníamos con cierta frecuencia a aprobar presupuestos que formulaba el Departamento Financiero. Pero yo también estaba involucrado en muchos otros aspectos relacionados con el Hospital”, comentó.

Posterior a la creación del Patronato, se desplegó un proceso de equipamiento del Hospital. Para ello, fue crucial el apoyo del consultor Joseph Doney, quien aconsejó en la selección de equipos “Era un hombre joven, de personalidad muy agradable y asombrosa inteligencia”, narró don Carlos.

“Uno de los más grandes retos fue crear todo ese engranaje médico-administrativo que pudiera manejar el Hospital. Es muy diferente hacer esquemitas de papel que verlos interactuando”

El costo total del proyecto (incluyendo la construcción y el equipamiento del inmueble) rondó los 22 millones de colones, una cifra que hoy resulta risible para levantar una obra de tal magnitud. Paralelamente, se dio un enorme impulso para capacitar a quienes estarían a cargo de la administración y funcionamiento del centro hospitalario. Ese asombroso esfuerzo fue el

fundamento para instituir un centro de enseñanza que, en la actualidad, sirve como plataforma de formación para muchos costarricenses y extranjeros.

“Toda obra de ese tamaño desata sus propios enemigos y envidias pero, en general, fue muy acertado todo el proceso de desarrollo, no sólo la construcción sino también en la organización y puesta en marcha”

Según don Carlos Saborío, su motivación más importante para entregarse al proyecto del Hospital fue trabajar al lado de Carlos Sáenz Herrera, quien lo atendió cuando niño como pediatra y desde entonces se ganó su entera admiración. “Era un gran honor y una experiencia muy agradable trabajar con el Dr. Sáenz”, destacó.

El orgullo y agradecimiento del Ing. Carlos Saborío trascienden su formación técnica y llegan hasta el aspecto personal.

“Cuando paso por el frente de ese edificio pienso en quienes están adentro. El grupo de funcionarios y gente que ayudó siempre van a estar conmigo. Era gente muy cercana, teníamos en común al Hospital”, relató don Carlos.

Él colaboró para el Hospital Nacional de Niños durante dieciséis años. Luego, se dedicó a sus empresas personales, todas aquellas que postergó para donar su talento al centro médico infantil. Su experiencia de trabajo en Estados Unidos se relacionó muchísimo con lo que fue su proyecto de vida posteriormente.

Fotografías: Carlos Villalobos



Trayectoria de entrega desinteresada

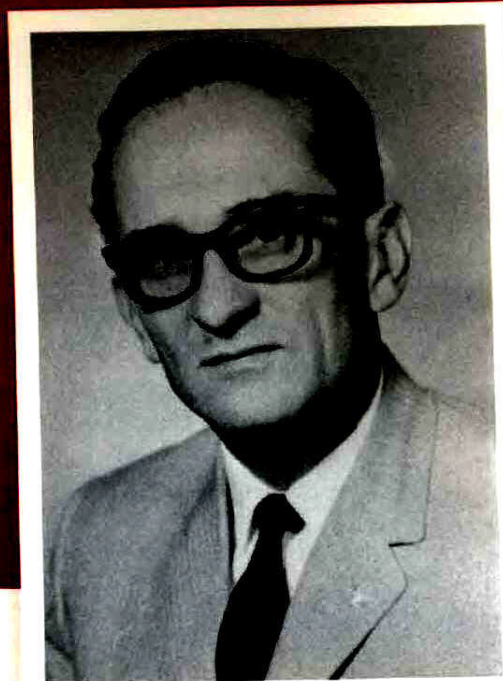
El Ing. Carlos Saborío, aficionado a la aviación y dueño de una imponente personalidad, inició desde muy joven con su trabajo para el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Según él mismo comentó, lo usual es “asegurarse primero el arroz y los frijoles y luego tener gestos de caridad y desprendimiento”; a él la vida le dio la oportunidad de invertir las etapas.

Fue ingeniero de la Junta de Protección Social de San José, ejecutivo del Comité encargado del desarrollo del Hospital y Presidente del Patronato de este centro médico durante los primeros diez años de funcionamiento. Se casó en 1961 y tuvo cuatro hijos, a quienes atendió como pediatra el Dr. Rodrigo Loría Cortés, uno de sus compañeros y amigos del Hospital.

Fuente: Entrevista personal

Carlos Salazar Esquivel

Estandarte de la perseverancia



Con su tenacidad, Carlos Salazar Esquivel demostró que nunca es tarde para alcanzar los sueños. A los 35 años de edad, cargando con las responsabilidades de padre y esposo, decidió renunciar a un trabajo estable en el Banco Anglo para formarse como médico.

Así, junto a su familia, don Carlos viajó a México para ingresar a la Facultad de Medicina. Posteriormente, decidió especializarse como anestesiólogo, para lo cual trabajó en varios centros médicos en tierras aztecas y se las ingenió para compaginar sus deberes como estudiante y jefe de hogar.

A su regreso a Costa Rica, cuando el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera daba sus primeros pasos, se estableció como galeno en la Clínica Bíblica. Poco tiempo después, el Dr. Sáenz Herrera le ofreció a don Carlos el puesto de Jefe del Servicio de Anestesiología, con todos los retos que este cargo traería consigo.

El mayor desafío que tuvo Salazar Esquivel durante su jefatura fue trabajar con la escasez de personal. Cuando se inauguraron las cuatro salas de cirugía, el 24 de setiembre de 1964, el Servicio de Anestesiología sólo contaba con seis

personas para cubrir todas las intervenciones quirúrgicas que, en promedio, rondaban las veinte diarias.

El galeno se las ideó para organizar los horarios del personal de tal forma que las 24 horas del día, durante los 365 días del año, no se interrumpieran las cirugías por falta de anestelistas. No obstante, esta rotación provocó que se trabajaran turnos de 16 horas y se tuviera, en ciertas ocasiones, sólo medio día libre por semana para descansar.

Esta situación perduró durante tres años hasta que, en 1967, el Hospital contó con los recursos económicos para contratar más personal, entre ellos a los doctores Gutiérrez Gudián y Salazar Padilla.

La astucia del Dr. Salazar Esquivel no se limitó a su capacidad de organización. En México se instruyó en el uso de máquinas de anestesia, pero esos aparatos tenían problemas para eliminar el dióxido de carbono. Entonces, don Carlos diseñó otro artefacto lleno de cal en forma de gránulos para que el dióxido de carbono se adhiriera a esta sustancia alcalina mientras se proveía el oxígeno al paciente. Dicha innovación facilitó el suministro de anestesia a los niños.

Por la complejidad de estas máquinas y la escasez de recurso humano espe-

cializado, el Dr. Salazar Esquivel formó a muchos profesionales en esta área, incluyendo a las primeras enfermeras y a los médicos que le sucedieron.

Carlitos, como le decían los más allegados, se preocupaba por dar al paciente una atención integral; pues en su labor como anestesta debía conocer muy bien no sólo al paciente, sino también la patología que se iba a tratar. En aquel tiempo, se administraba el éter por medio de un gotero y los signos vitales se controlaban con un estetoscopio.

Sin lugar a dudas, el rasgo más característico de este médico era su gran sentido del humor. El Dr. Salazar tenía la capacidad de reír y alentar a sus compañeros en los tiempos más difíciles. También, lograba mantener la calma en los momentos de mayor tensión durante las intervenciones quirúrgicas.

El galeno relató los hechos que ocurrieron en el Hospital de forma amena y divertida en un diario que bautizó como "El Chafirrazo". Su potencial de síntesis y abstracción de la realidad se debe, en buena parte, a que se desempeñó como periodista en su juventud.

La primera edición de "El Chafirrazo" fue en el marco del primer aniversario del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos

El Dr. Carlos Salazar Esquivel organizó con gran éxito el Servicio de Anestesiología a pesar de la escasez de personal y el alto volumen de cirugías

Sáenz Herrera. En la cerebración, Salazar sorprendió al personal y a sus familiares con una crónica muy peculiar del año transcurrido. La lectura de ese documento provocó las risas de todos los presentes, ya que también imitaba las voces de quienes se refería como los médicos y enfermeras.

En 1973, se pretendía modificar el uniforme del personal femenino, cambiando las enaguas por la comodidad de los pantalones; pero las autoridades del centro hospitalario decidieron no variar el atuendo. Al respecto, el Dr. Salazar escribió en El Chafirrazo:

“Estoy totalmente de acuerdo con esa decisión; yo habría ido más lejos aún y hubiera hecho obligatorio la minifalda... pero creemos que justamente si se hace obligatoria la minifalda, cada día habrá más personal masculino y eso podría dar al traste con el equilibrio ideal del Hospital. Así que nada de pantalones por razones de estética y a bajar los ruedos por razones de equilibrio”.

Otra de sus características era la paciencia que, en algunos casos, dejaba de ser una fortaleza para convertirse en su debilidad. El Dr. Roberto Ortiz Brenes le reclamaba que nunca le cumplía porque siempre llegaba tarde al quirófano. Él mismo se reía su impuntualidad en El Chafirrazo:

“Carlitos, Cavita, hagame un favorcito. ¿Por qué no me da esta anestesia mientras yo voy a hacer un mandadito?”

Cavita: Bueno Doctor; pero no se dure mucho allí en la soda.

Memo: Pero... ¿para qué viene uno a la Sala temprano, si todavía no han dormido al guila? Roberto... Esta carajada no se va a componer nunca. Yo me voy y que me avisen cuando todo esté listo”.

El Dr. Carlos Salazar Esquivel siempre mantuvo viva su simpatía, mística y dedicación hacia el Hospital, a pesar de que un linfoma le restó fuerzas. Trabajó hasta que su condición se lo permitió porque lo más gratificante en su vida era luchar por los niños.

Agradecimiento especial:
Lucila Garro Bogantes, ex enfermera del Hospital Nacional de Niños y subalterna del Dr. Carlos Salazar.

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



Momentos importantes

El Dr. Carlos Salazar Esquivel fue participante de las situaciones clave para el Hospital Nacional de Niños. Dr. Carlos Sáenz Herrera. La primera de ellas fue la inauguración de este centro médico el 24 de mayo de 1964; tres meses después, la apertura de los quirófanos.

Asimismo, en 1965 formó parte del equipo médico encargado de la primera cirugía extracorpórea realizada a una niña de cinco años con estenosis pulmonar. Meses antes de morir, presenció la visita que realizó el Papa Juan Pablo II al Hospital.

Fuente: Entrevista Lucila Garro

Cecilia Lizano Madrigal

Gran mujer, grandes aportes



Inteligente, de carácter fuerte, luchadora y exitosa; un icono de la microbiología y la medicina pediátrica costarricenses. Esa es la primera impresión al conversar con la Dra. Cecilia Lizano Madrigal y, conforme avanza el diálogo, dicho sentimiento se reafirma con gran fuerza.

Una espaciosa sala de la Dirección Médica en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera sirvió como punto de encuentro para desarrollar la plática, llena de matices y buenos recuerdos.

Su cuidadoso aspecto físico, su rostro fresco y sus ojos vivaces parecían un poco distantes al empezar. Acudió un tanto cautelosa y reservada, pero rápidamente dejó aflorar el entusiasmo cuando conversamos sobre los inicios del laboratorio, los niños y el Dr. Sáenz Herrera.

“Fue una obra muy superior a lo que nosotros pudimos imaginar, pasaba hasta 48 horas sin volver a casa para cumplir con las demandas del Laboratorio”

Al Dr. Sáenz lo describió con esmero y profunda admiración, resaltando esa personalidad que lo consagró como un ser inigualable en su campo. “Lo que

más me ligó al Hospital fue trabajar con el Dr. Sáenz, un hombre extraordinario, diferente. No hay una sola faceta de la vida del Doctor que no fuera brillante, como médico, como persona, como administrador, como jefe”, aseguró Lizano.

Todo este carisma contagió a doña Cecilia desde muy joven. Ella empezó su trabajo en el Hospital San Juan de Dios antes de cumplir los 21 años, por lo que requirió de un permiso del Patronato Nacional de la Infancia al no contar con la mayoría de edad. En aquella época, la Dra. Lizano era una de las pocas mujeres que laboraban en la parte médica; lo cual, según ella, siempre marcó y dificultó su desempeño debido a los prejuicios circundantes.

Pero, contrario a lo que se pensaba, su condición de mujer no le impidió cumplir cada una de las tareas a cabalidad. Este esfuerzo le valió para ser nombrada en la Jefatura del Laboratorio Clínico del nuevo hospital. La confianza que depositaron en ella los grandes médicos de entonces fue el impulso para convertirse pronto en una líder.

Dos años antes de inaugurar el Hospital de Niños, la Dra. Lizano y un grupo de jóvenes colegas establecieron el plan de trabajo para lo que sería dicho

laboratorio clínico. Con el apoyo del asesor estadounidense Joseph Doney, se compraron e instalaron costosos equipos. Todo ello les demandó un esfuerzo humano enorme por tratarse de un proyecto para cobertura nacional.

“El Hospital sentaba cátedra, la metodología pediátrica de Costa Rica siempre ha nacido aquí”

Sus labores como jefa no se limitaron a la función directiva o administrativa ya que, en muchos momentos, se mantuvo al lado del personal técnico para apoyarlos. Según doña Cecilia, este grupo se identificó con la idea del Hospital de una manera profunda y con mucha mística, factor decisivo para lograr el éxito. “Todos eran inteligentes, dedicados y afectuosos; realizaron su trabajo con calidad y con amor”, destacó.

Como cabeza de su departamento, la Dra. Lizano exigió excelencia en las labores. Cuando se cometía un error, el profesional debía asumirlo con responsabilidad y participar en la Sesión de Análisis de Casos Clínicos para rendir cuentas. Todo ello era un reto constante que los impulsaba a superarse y depurarse para no fallar en el ejercicio médico.

Este compromiso serio con la salud de los niños y con la investigación se tradujo

Cecilia Lizano Madrigal ha forjado una larga y destacada trayectoria en la salud pediátrica costarricense

en una sorprendente baja de los índices de mortalidad infantil desde los primeros años de funcionamiento del Hospital.

El Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera se convirtió en un ente rector para el resto de centros médicos del país. Esta entidad nació con una tendencia a la investigación científica de primera línea, que dio luz para que el Ministerio de Salud controlara enfermedades como diarreas, meningitis y parásitos, entre otras. “Cada investigación terminada se enviaba al Ministro con recomendaciones de lo que había que cambiar, esto ha sido la base para corregir metodologías”, explicó esta profesional.

El conocimiento y entrega de la Dra. Cecilia Lizano trascendió nuestras fronteras. Por ejemplo, trabajó como asesora para la Organización Mundial de la Salud (OMS); incluyendo entre sus aportes en esta entidad, un destacable esfuerzo en prevención y diagnóstico del SIDA y otras enfermedades infecciosas, tanto en Costa Rica como en el resto de Latinoamérica.

“El Hospital de Niños fue mi escuela y mi casa, mi oportunidad de servir en muchos lugares, no sólo en Costa Rica”

Pese a recibir un salario muy bajo en sus tiempos como Jefa del Laboratorio, su historia está cargada de riqueza. La oportunidad de servir a los demás aportó un valor incalculable a la vida profesional de dona Cecilia. “Sentí que podía hacer algo por los niños, por sus mamás y abuelos cuando estaban sufriendo, eso

a mí me caló y me cambió de manera que después no me pude despegar de este Hospital”.

Hace nueve años y después de 42 de servicios, tomó la decisión de jubilarse de su puesto en el Hospital Nacional de Niños. Con el paso del tiempo y debido al esfuerzo desmedido en su labor, la Dra. Lizano consideró que ya era el momento de pasar responsabilidades a las nuevas generaciones.

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



Una carrera brillante

La Dra. Cecilia Lizano Madrigal se graduó en Microbiología de la Universidad de Costa Rica (UCR). Luego, se trasladó a las Universidades y Hospitales Universitarios de Luisiana y Minnesota, en Estados Unidos, para desarrollar nuevas destrezas y ampliar sus conocimientos de microbiología clínica en niños; allí se mantuvo por casi tres años. Regresó ansiosa al país para poner en práctica lo aprendido.

Esta pionera es una mujer incansable quien aún ejerce su profesión de forma privada. Además, colabora en proyectos, comisiones y organizaciones de muy diversos ámbitos. Algunos de sus aportes a la microbiología y medicina pediátrica se han concretado mediante su

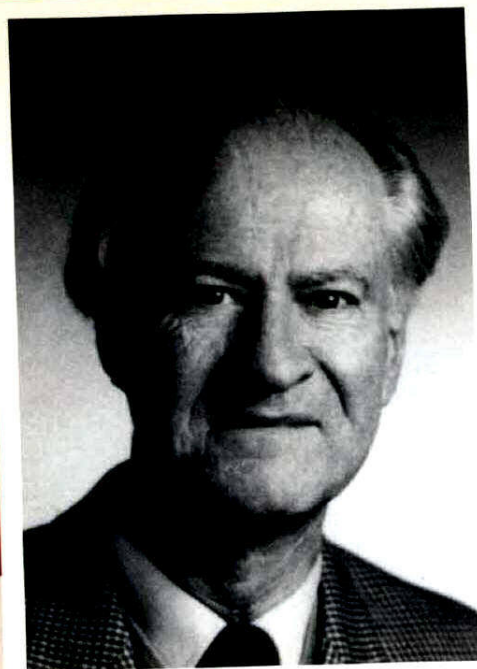
participación en las siguientes instancias:

- Con el Dr. Carlos Sáenz Herrera, en 1966, fundó la Revista Médica del Hospital Nacional de Niños, la cual dirigió hasta el año 2000
- Comisiones varias del Hospital y la Caja Costarricense de Seguro Social
- Secretaría de la Federación Latinoamericana de Parasitología
- Secretaría del Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio)
- Docencia en las Escuelas de Microbiología y Medicina en la UCR
- Junta de Salud del Hospital Nacional de Niños
- Asesorías para la OMS e INBio
- Comité Editorial de la Revista del Colegio de Microbiólogos y Químicos Clínicos de Costa Rica

Fuente: Entrevista personal

David Henchoz Leandro

“Si la gente dice que Costa Rica es la Suiza centroamericana, no se equivoca”



Con el corazón dividido entre el amor a su país natal y a su patria por adopción, el Dr. David Henchoz Leandro nos compartió sus mejores pasajes como médico ortopedista y cirujano de niños. Este alajuelense, radicado en Suiza durante casi la mitad de su vida, es dueño de una sonrisa resplandeciente y poseedor de una elegancia y cordialidad admirables.

“Uno siempre añora el país donde se crió, todos los recuerdos de la infancia y la juventud quedan muy grabados”, aseguró el Dr. Henchoz durante una cálida conversación en donde relató su experiencia como galeno en hospitales de Costa Rica, Suiza, Estados Unidos e Italia.

En 1948, el joven David se marchó a estudiar medicina a la Universidad de Lausanne, en Suiza, donde estuvo por seis años.

“Los pacientes con poliomiélitis eran tratados inmediatamente con el fin de evitar su muerte o secuelas más graves”

En 1954, regresó a América para hacer un año de rotación en diversos servicios del Beth-El Hospital de New York. Ya en Costa Rica, ingresó al Hospital Calderón Guardia en donde forjó una gran amis-

tad con el Dr. Chacón Jinesta, quien le propuso trasladarse al San Juan de Dios debido a la carencia de profesionales en el Servicio de Ortopedia. “Yo quería especializarme en obstetricia pero gracias a la invitación de un gran amigo médico, me vinculé con la ortopedia... me gustó tanto que me quedé en esa especialidad el resto de mi vida profesional”, relató.

En este centro médico le correspondió atender a niños con secuelas de poliomiélitis, llamada también parálisis infantil. “La polio es una enfermedad muy traicionera y caprichosa. Se propaga como un estado gripal y luego viene la parálisis. Puede aparecer en cualquier sitio del cuerpo, en músculos periféricos y pulmones, afectar la respiración e, incluso, causar la muerte”, explicó el profesional.

Inicialmente, trabajó con el Dr. Humberto Araya Rojas en Rehabilitación de pacientes. Allí conoció al Dr. Carlos Sáenz Herrera, Carlitos como le llamaba por cariño.

Gracias a su vasto currículum académico y su sobresaliente desempeño en el Hospital San Juan de Dios, el Dr. Sáenz eligió a don David para fungir como el primer Jefe de Servicio de Ortopedia y Traumatología del nuevo centro médico infantil.

Entre sus funciones figuraba el levantamiento de una lista de los aparatos, máquinas y otros equipos para

el recién instituido servicio. Asimismo, el Comité encargado de la selección de personal le pidió recomendaciones para elegir a las personas quienes trabajarían en el Departamento. Una vez seleccionados, recibieron capacitación en ortopedia, traumatología y fisioterapia infantil.

“Existía un contacto fantástico con los niños... si yo gritaba de alegría, ellos gritaban también”

El Dr. Henchoz Leandro fue Jefe durante el primer año de funcionamiento del Hospital con el apoyo del Dr. Alberto Brenes Sáenz, quien le sucedió en el puesto a su partida. En este departamento atendieron a pacientes con secuelas de polio, sufrimiento fetal (paralizados por la falta de oxígeno) y reeducación (o rehabilitación). También, colaboraron de cerca con el Departamento de Cirugía y Fisioterapia.

Entre sus principales satisfacciones, don David destacó el hecho de haber formado parte del grupo de personas que hizo realidad un proyecto de la magnitud del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Su trabajo en las Ferias de las Flores fue intenso y, gracias a su espuela de trotamundos, sirvió como enlace entre el Consulado de Suiza y el Hospital.

Este médico pasará a la historia como el primer ortopedista de niños en Costa Rica. Su experiencia y preparación académica bastaron para que el Dr. Carlos Sáenz lo designara como el primer Jefe de Servicio de Ortopedia y Traumatología del Hospital Nacional de Niños

A pesar de las limitaciones de presupuesto y la carencia de equipos en el nuevo centro de salud infantil, el Dr. Henchoz Leandro aseguró que se trabajaba duro y se contaba con gran apoyo del pueblo costarricense para mantener el barco a flote. Trascendido el primer año de labores, este médico solicitó un permiso para especializarse en cirugía de cadera en Suiza. “Mi despedida fue muy triste, yo tenía gran amistad con Carlos Sáenz, Roberto Ortiz, Chacón Jinesta y José Luis Orlich, entre otros”, rememoró.

Para su sorpresa, ese año de especialización se extendió a casi la mitad de su vida. Atraído por la belleza del pintoresco país europeo y la calidez de sus habitantes, David Henchoz aceptó el puesto como Jefe de Ortopedia en el Hospital Saint-Loup, en Ginebra.

“Nunca olvidaré el día de la inauguración cuando Carlitos nos esperaba de pie en la puerta del Hospital, fue un momento emocionante que conservo con cariño en mi memoria”

Él fundó dicho departamento en un centro médico similar en tamaño al Calderón Guardia. Al cabo de tres meses estaba lleno de trabajo y saturado de pacientes... la gente le brindó enorme confianza. “Mis compañeros me dieron

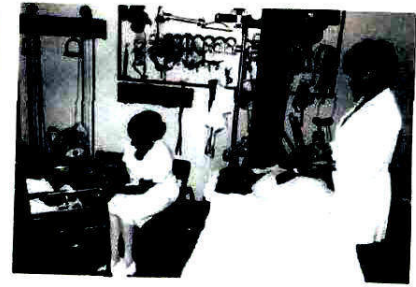
mucho cariño, yo les correspondí quedándome y entregando lo mejor”, enfatizó.

“La Medicina es maravillosa, uno se siente como un súper hombre porque puede salvar vidas aunque se trata de una gran responsabilidad con el ser humano”

Regresó a Costa Rica hace tres años para dedicarse a la agricultura, la ebanistería y la lectura. “Hace falta el sabor del plátano maduro, aunque me duele y me da coraje cuando veo cómo está la delincuencia en el país”. Asimismo,

fue invitado como huésped de honor del Congreso de Ortopedistas, celebrado dos años atrás. “En mis tiempos éramos un grupo pequeño de ortopedistas, ahora suman casi 150”, puntualizó.

Fotografía página izquierda: aportada por David Henchoz
Fotografía página derecha: Archivo del Hospital



Traectoria destacada

De padre suizo y madre costarricense; con un buen dominio del italiano, el francés y el alemán; conocido como un abanderado de la limpieza, el orden, la puntualidad y el civismo; este médico de 86 años colabora en proyectos de bien social en diversas organizaciones.

Cuando cursaba la secundaria en Costa Rica, tuvo que trabajar como ebanista para pagar sus

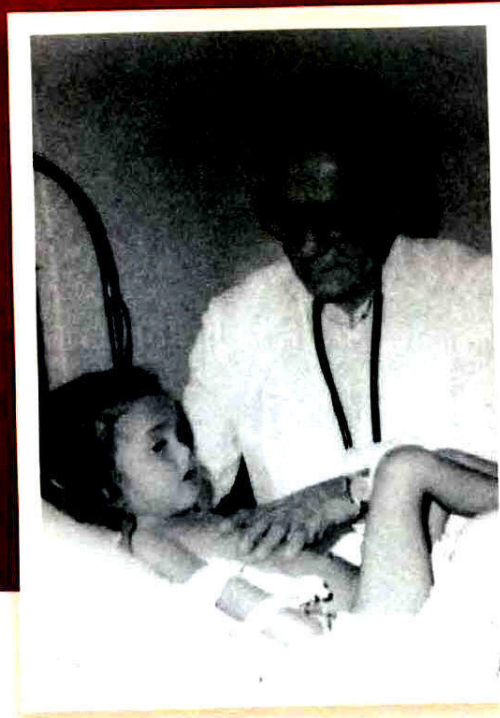
estudios de Medicina; de ahí le viene esa pasión por la artesanía y la talla de madera. Es padre de tres varones y una mujer, quienes viven en Suiza actualmente.

Él contrajo matrimonio en ese país europeo y desarrolló su vida profesional en el Servicio de Ortopedia del Hospital Saint-Loup, de Ginebra, donde fungió como líder hasta 1988, cuando se acogió a su retiro.

Fuente: Entrevista personal

Édgar Cordero Carvajal

Un hombre entregado a la investigación médica



Édgar Cordero Carvajal fue uno de los primeros médicos costarricenses especialistas en atención infantil. Su labor contribuyó a forjar al Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera como uno de los mejores centros pediátricos de Latinoamérica.

Al terminar sus estudios secundarios en el Liceo de Costa Rica, el joven Édgar ingresó a la Universidad de El Salvador para estudiar Medicina. En ese país realizó su internado durante cuatro años (desde 1937 hasta 1941), en el Hospital Rosales y en el Hospital de Niños Benjamin Bloom, para obtener su título como médico cirujano.

Al concluir su formación profesional, regresó a Costa Rica y de inmediato se incorporó al Hospital San Juan de Dios. Ahí, poco a poco fue escalando posiciones gracias a su entrega y aportes para mejorar la calidad de vida de los niños.

Don Édgar fue un hombre dedicado a la investigación científica. En 1947 escribió el ensayo llamado "Tétano y aislamiento", en el cual explicaba la fisiopatología de esta enfermedad, sus síntomas y tratamiento. Con dicho artículo optó por el puesto de Asistente de Pediatría del centro médico, mismo que consiguió sin dificultad gracias a su brillante trabajo.

Dos años después participó por el puesto de Jefe de Clínica en el mismo hospital. Para ello elaboró otro artículo titulado "Contribución al estudio de la Malaria en Costa Rica". Con estas obras bibliográficas, el Dr. Cordero Carvajal entregó nuevas pistas para el tratamiento y prevención de algunas de las enfermedades que atacaban con mayor frecuencia a los niños.

En las décadas de los años cincuenta y sesenta, las diarreas de diferente etiología se convirtieron en uno de los padecimientos más recurrentes que tuvieron que combatir los pediatras; lo anterior, como resultado de las malas condiciones sanitarias en las que vivían cientos de costarricenses.

También, otras patologías infectocontagiosas como la tuberculosis y la neumonía afectaban a los infantes. En esa época, casi toda la atención ambulatoria se realizaba en clínicas privadas, ya que el personal y espacio destinados al cuidado de los menores en los hospitales públicos era insuficiente.

Para los indigentes, por ejemplo, existió un consultorio pediátrico en el edificio del Ministerio de Salud, el cual fue atendido por los doctores Cordero Carvajal, Arguedas Soto y Calvo Badía; pero aún así no se lograba atender a toda la población en riesgo.

La epidemia de poliomielitis que azotó al país en 1954, y cuyas víctimas más lamentables fueron los niños, puso de manifiesto la endeble situación de los centros hospitalarios en materia infantil. No había un establecimiento sanitario que reuniera todas las condiciones para atender las necesidades particulares de los menores afectados.

Como consecuencia de esta pandemia, el Dr. Carlos Sáenz Herrera propuso la construcción de un hospital pediátrico que brindara a la niñez costarricense y, en general de toda Centroamérica, los cuidados y atenciones que ellos demandaban.

En ese momento, el Dr. Sáenz era el Jefe de Sección de Pediatría del Hospital San Juan de Dios; por eso, gran parte del proceso de planeamiento se efectuó en los pasillos de este centro médico con significativos aportes de su personal.

Con el nuevo proyecto casi en pie, Carlos Sáenz Herrera dejó su puesto en el San Juan de Dios para convertirse en el Director del Hospital Nacional de Niños. El Dr. Cordero Carvajal fue elegido para ocupar el puesto vacante de Jefe del Servicio de Pediatría en 1960.

En una oportunidad el Dr. Sáenz calificó a su colega como un excelente profesional, enfatizando su puntualidad, disciplina,

El Dr. Cordero Carvajal realizó importantes aportes para el combate de graves enfermedades en la población infantil costarricense

responsabilidad, afán científico, espíritu de trabajo y de servicio.

Don Édgar se consagró como un observador agudo, capaz de sorprender a sus colaboradores con solo un hallazgo dentro del examen físico. Sus discípulos lo catalogaban de ser un profesor estricto, siempre convencido de su "responsabilidad de formar pediatras de primera".

El Dr. Cordero fue nombrado Jefe de Servicio del Hospital Nacional de Niños en 1967. Incluirlo como pionero de esta Memoria se debe, entre muchos otros aspectos, a su dedicación exhaustiva por un correcto desarrollo de la salud infantil y a su prestigioso trabajo como formador académico.

Este ilustre galeno y su esposa siempre colaboraron muy de cerca con el proyecto del Hospital Nacional de Niños. La señora Clotilde Ortiz de Cordero participó en el comité organizador de la Feria de las Flores y lideró, de manera admirable y por varios años, la Asociación de Esposas de Médicos del Hospital, la cual se dedicaba a recolectar fondos para dicha institución.

Doña Clotilde también dirigió el Comité Femenino de Pediatría que más tarde se convirtió en el servicio de Voluntariado del Hospital. Dicha agrupación, aún hoy, colabora para mejorar la estancia de los niños y sus familias mientras los pequeños se encuentran hospitalizados.

El Dr. Cordero Carvajal iniciaba la visita a las siete de la mañana y revisaba a

cada niño o niña como quien lo hace con su propio hijo. "Él fue un profesional metódico, perseverante y siempre dispuesto a compartir su conocimiento con otros, en especial con sus estudiantes", enfatizó el Dr. Rodolfo Hernández Gómez, Director General del Hospital Nacional de Niños.

Su rica personalidad y su vasto conocimiento dejaron huella en quienes le conocieron. Fue un hombre enfocado en los detalles quien, incluso, dedicaba tiempo para describir poéticamente el símbolo de la Bandera. Se preocupaba por los niños desnutridos, abundantes hace tres décadas en nuestro país; correlacionaba las lesiones en la piel con deficiencias vitamínicas; realizaba certeras revisiones del corazón, sólo comparables con los complejos y atinados ecocardiogramas actuales.

Don Édgar entregó su vida a la atención e investigación de las enfermedades que más han aquejado a los infantes en la historia médica nacional. Después de treinta y cuatro años de arduo trabajo se despidió de su profesión; pero sus aportes perduran en todas aquellas personas que ayudó a formar.

Agradecimiento especial:
Dr. Rodolfo Hernández Gómez, Director General del Hospital Nacional de Niños
Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Fotografías: Carlos Villalobos



Vida personal

Édgar Cordero Carvajal nació en 1912 en la provincia de Heredia. Al concluir el colegio, viajó a El Salvador para estudiar Medicina, ya que en nuestro país se comenzó a impartir la carrera hasta 1961 cuando abrió sus puertas la Facultad de Medicina de la Universidad de Costa Rica.

Durante su estadía en El Salvador

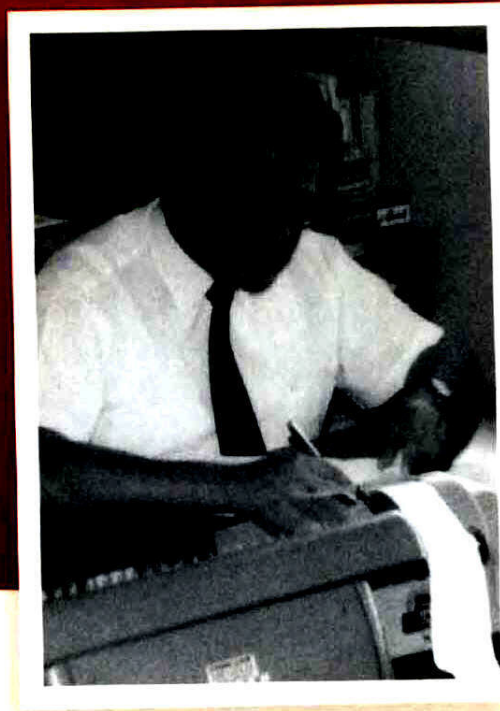
conoció a Clotilde Ortiz Ortiz, la mujer con quien compartió el resto de su vida. Juntos concibieron seis hijos, criados en tierras costarricenses.

El médico dedicó más de treinta y cuatro años de labores profesionales a salvar la vida de cientos de niños. Édgar Cordero Carvajal murió en 1987 a la edad de 75 años.

Fuente: Expediente profesional

Eduardo Soto Leitón

Pocos años, muchos recuerdos



La historia de Eduardo Soto Leitón se entrelaza con la historia del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera desde que era muy pequeño, cuando aún este centro médico no se había construido y él ni siquiera sospechaba que ocuparía un puesto de Jefatura muchos años después.

Don Eduardo nació a 150 metros de la Junta de Protección Social de San José, muy cerca de los jardines del Hospital Psiquiátrico. Frente a ese sitio, lleno de palmeras, transitó cada martes y jueves hacia el mercado para comprar carne con su mamá; luego de algún tiempo, el Hospital Nacional de Niños se erigió ahí.

“Yo vi la construcción del Hospital, a la larga, hasta pasé descalzo por el lugar. Y cuando se me presentó la ocasión de ser Jefe de Contabilidad, y posteriormente Financiero, quedó impregnado en mí ese sentimiento especial”, destacó.

“Trabajar en este lugar es de las experiencias más extraordinarias que me ha dado Dios”

El 1º de junio de 1965, con tan sólo 26 años, Eduardo Soto Leitón se convirtió en el nuevo Jefe de Contabilidad del Hospital de Niños. Su bagaje profesional incluyó las disciplinas de Ciencias

Económicas y Administración de Negocios en la Universidad de Costa Rica (UCR). Compartió el salón de clases junto a dos destacados pioneros de este proyecto, Rafael Valdelomar y Rodrigo Sauma. “A veces ellos no llegaban a las lecciones porque se quedaban con Iris Milano durante largas horas creando el sistema de planillas del nuevo hospital”, recordó.

“En este Hospital nunca escuché un grito, una mala palabra, una discusión, teníamos un clima laboral excelente”

El recientemente inaugurado centro médico se perfilaba como una institución responsable y seria que cumplía los fines para los cuales había sido creada, e incluso, los sobrepasaba. Este hospital desarrolló la salud pública en niños hasta convertirse en el marco de referencia para la implementación de políticas y en una médula de formación para gran cantidad de profesionales.

Según Soto, este aspecto académico y vanguardista siempre se acompañó de un agradable ambiente de trabajo. Inclusive, antes de que él ingresara como funcionario pudo percibir el respeto, la limpieza y el orden que imperaban. De esta misma manera resultó ser durante los once años que trabajó para la institución.

Parte del éxito y buena marcha se debió a que los colaboradores conocían claramente sus funciones pero, a la vez, se les permitía proyectarse dentro del marco del respeto humano. “La cancha estaba marcada, todos conocíamos nuestras obligaciones y hasta donde podíamos llegar”, destacó.

Entre tantas anécdotas, Soto Leitón recalcó el día en que el Dr. Sáenz Herrera ofreció una conferencia de prensa para anunciar su retiro. “Salieron los periodistas de la Dirección detrás del Doctor para preguntar y conversar con él, todos quedaron boquiabiertos cuando tomó su tarjeta y marcó el reloj. No podían creer que el Director de esta institución, marcara una tarjeta... su respuesta al hecho fue que allí todos éramos iguales”.

Don Eduardo Soto siempre se sintió coparticipante de los retos en salud que enfrentaba el Hospital, a pesar de formar parte del cuerpo administrativo. El Dr. Ortiz Brenes citaba a todos en el auditorio para contarles las experiencias vividas en sus giras al exterior; así les hacía sentir como una gran familia.

Este sentimiento afloró en momentos cruciales como la ocasión en que se practicaba una cirugía a corazón abierto. En medio de dicha operación, falló el

Eduardo Soto Leitón vivió de cerca problemas económicos pero también hermosas anécdotas durante sus once años de labor en el Hospital Nacional de Niños

flujo de energía y la planta eléctrica del Hospital entró a funcionar de inmediato, de manera sincronizada. El doctor a cargo de la intervención quirúrgica bajó desde el cuarto piso hasta el sótano y abrazó al Jefe de Mantenimiento, Eduardo Coto, para agradecerle por su asistencia oportuna.

Estas situaciones fueron cotidianas, ya que trabajaban como un equipo competente. “¿Qué hacemos con cirujanos, asistentes y enfermeras excelentes si no existe un grupo que los apoye? Es como un cuerpo: la cabeza sin manos y pies no cumple su función”, señaló.

No obstante, los problemas de tipo financiero también marcaron su paso por el Hospital Nacional de Niños. Más que ninguno, don Eduardo vivió de forma personal las múltiples carencias económicas; para él, resultó un gran reto manejar un ajustado presupuesto, a la vez que se debían cumplir objetivos de desarrollo y progreso de la entidad.

“Teníamos que hacer —como dicen— de tripas, chorizo, para manejar los recursos bien y competir con los sueldos que ofrecía la Caja”

“La atención de niños asegurados era una parte importante de los ingresos. Teníamos que estar atentos cuando mandábamos la factura a la Caja Costarricense de Seguro Social porque casi que detrás de la factura iba la solicitud de cheque”, recordó, entre risas, don Eduardo.

Su cese de funciones en el Hospital Nacional de Niños se precipitó cuando la CCSS asumió la administración de dicho centro. Esta salida fue consecuencia de una reestructuración de puestos establecida por Ley de la República. “Si hubiera existido la Sala Cuarta yo hubiera presentado un recurso de amparo para quedarme en el Hospital”, indicó Soto.

El enorme cariño de don Eduardo hacia esta institución persiste luego de 33 años de haberse marchado. Sus recuerdos más gratos incluyen, además del quehacer diario, la labor desarrollada para crear la Cooperativa (organización que presidió por algunos años).

Asimismo, este economista no sólo fue jefe de su área

de trabajo sino también Capitán del equipo de fútbol del Hospital. Gracias a esta pasión por el deporte, colaboró para adquirir nuevos uniformes e implementos. “El equipo de fútbol nos acercaba mucho. Yo disfruté enormemente amalgamar todo el sentimiento de servicio y trabajo en equipo mediante el deporte”, aseguró.

Fotografías: Carlos Villalobos



Un vistazo a la trayectoria de don Eduardo

A pesar de que Eduardo Soto Leitón laboró solamente once años en el Hospital Nacional de Niños, su cariño por la institución es latente. En 1976 volvió a su primer trabajo, en la Compañía Textil Centroamericana, donde fungió veinticinco años como auditor hasta pensionarse.

Tiene siete hijos, trece nietos y 46 años de casado con Margarita Siles Calderón. Hoy, a sus 70 años, sirve en la iglesia de su comunidad y ayuda en obras sociales. Es un liguista apasionado del fútbol, en honor a su faceta de jugador de Segunda División en su juventud.

Fuente: Entrevista personal

Elena Ulloa Collado

Líder de la enfermería quirúrgica nacional



Profesional sumamente apreciada por el Dr. Carlos Sáenz Herrera y mano derecha del reconocido cirujano Roberto Ortiz Brenes... esa fue Elena Ulloa Collado, quien se desempeñó como enfermera Jefa de la Sala de Operaciones del Hospital Nacional de Niños, desde su fundación y durante los primeros veinte años de funcionamiento.

Varios meses antes de inaugurar el centro médico infantil, el Dr. Roberto Ortiz eligió a Elenita —como le llamaban por cariño sus compañeros— para ser Jefa de la Sala de Operaciones. Una vez en funciones, ninguna decisión quedaba en firme sin el parecer de esta pionera.

Para desempeñar su puesto, recibió capacitación adicional en Canadá. Allí se adiestró en la aplicación de complejas técnicas de cirugía. Ella fue considerada como una de las enfermeras más hábiles en este ámbito y se encargó de instruir al grupo de muchachas que laboraba a su lado.

A su regreso al país, la enfermera Ulloa participó en la etapa de concepción de los planos del nuevo hospital en construcción. En ese momento, aportó sus conocimientos para el bosquejo de las salas de cirugías, con el fin de que se diseñaran según las necesidades específicas de la población costarricense.

A pesar de su carácter fuerte como administradora de las Salas de Operaciones, se le caracterizó por ser poseedora de una enorme nobleza y entrega a su prójimo. “Elena como profesional era correcta y excelente, y en la aplicación de técnicas fue insustituible. Durante veinticinco años se convirtió en más que una jefa para mí, ella fue mi mentora y mi amiga”, destacó Marta Ureña Mora, quien fungió como Subjefa de la Sala de Operaciones al lado de esta pionera y asumió la jefatura al momento de su fallecimiento.

Elenita fue reconocida como una líder a quien obedecían y respetaban tanto médicos como enfermeras, en todo lo relacionado con la programación de cirugías y las normas a seguir dentro de la Sala de Operaciones. Su liderazgo inconfundible ha sido considerado como pieza fundamental en el éxito de este proyecto denominado Hospital Nacional de Niños.

Ella también fungió como docente de la Escuela de Enfermería de nuestro país, donde formó a muchísimas de sus colegas. Años después, algunas de estas profesionales fueron parte de la planilla del Hospital.

Elena Ulloa Collado era una mujer distinguida por sus arraigados valores

éticos y morales, los cuales aplicaba rigurosamente en el ejercicio de sus labores. Como parte de sus quehaceres, ella procuraba que todas las cirugías tuvieran un espacio en alguna de las cuatro salas disponibles en aquel entonces y velaba por la higiene de estos sitios, siempre pensando en la seguridad y salud de los pequeños pacientes.

“Era la persona más ordenada del mundo. Se encargaba de que toda la sala estuviera limpia y de que los médicos cumpliéramos con la disciplina de asepsia. Como jefa fue muy celosa y estricta en que usáramos gorro, botas, cubre bocas y que mantuviéramos las manos limpias”, relató el Dr. Carlos Arrea Baixench en una conversación sobre la trayectoria de esta pionera.

Durante la instauración y desarrollo de la cirugía extracorpórea en Costa Rica, la señorita Ulloa cumplió un papel muy relevante al mantener el inventario de suministros adecuado y reorganizar los horarios para que las enfermeras y médicos pudieran ir a practicar al Laboratorio Experimental. Con este fin, en más de una ocasión sustituyó a alguna de sus subordinadas para librarlas de sus obligaciones.

A pesar de ser muy exigente, mantuvo siempre una muy buena relación con

El liderazgo de esta pionera como administradora de la Sala de Operaciones del Hospital de Niños, es considerado la clave del éxito de las cirugías de los primeros años de funcionamiento de la institución

el cuerpo médico y demás compañeros del Hospital. "No toleraba ausencias o llegadas tardías de los médicos a la Sala de Operaciones, ya que se descontrolaba el horario predefinido por ella. Fue una gran docente, todo el que pasaba por la Sala aprendía mucho, ella sabía enseñar", rememoró el Dr. Arrea.

Una de las personas que más se alligó con su partida fue el Dr. Roberto Ortiz Brenes, primer jefe del Departamento de Cirugía en el Hospital de Niños, quien depositó su confianza en esta profesional y llegó a apreciarla profundamente no sólo por su apoyo cotidiano, sino por su trayectoria y legado a la institución.

"Una vez me llamo y me dijo que quería ir a mi casa. Entramos al cuarto y me contó que le habían detectado un problema de salud. Ese día me dejó una pulsera y un prendedor como recuerdo. Su enfermedad era un secreto para muchos, ella no quería que se supiera", detalló la enfermera Ureña.

Su amigo, el Dr. Manuel Aguilar Bonilla fue quien la operó para tratar de combatir un avanzado cáncer de estómago que le había sido diagnosticado recientemente. Roberto Ortiz y Carlos Arrea le acompañaron en la cirugía para descubrir que había muy poco por hacer.

"Elenita nunca llegó a casarse, no porque le faltaran pretendientes sino porque su madre estaba muy enferma y ella se consagró a cuidarla", comentó el Dr. Arrea. Además, cuidó de sus

sobrinos durante muchos años y fue una mujer comprometida con la iglesia y las causas sociales.

Elena Ulloa Collado dejó huella positiva en la vida de quienes la conocieron; no solamente en el ámbito profesional, sino también dentro de su familia al ser una persona sumamente entregada y colaboradora. Ella falleció en 1980, cuando rondaba los 50 años de edad.

Agradecimiento especial:

Dr. Carlos Arrea Baixench, ex Jefe de Departamento de Cirugía del Hospital Nacional de Niños.

Enfermera Marta Ureña Mora, ex Jefa de Sala de Operaciones y mano derecha de Elena Ulloa.

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: aportada por Marta Ureña



Más detalles sobre esta pionera

Elena Ulloa Collado se desempeñó como enfermera en el Hospital San Juan de Dios y, posteriormente, como Jefa de la Sala de Operaciones del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Se deslumbrante belleza física fue alabada por muchos colegas de la época. No obstante, siempre fue celosa en ese aspecto y absolutamente inflexible en cuanto a las relaciones sentimentales entre

sus subordinadas y los médicos del Hospital.

Trabajó en este centro hospitalario desde antes de su apertura y hasta 1980, cuando falleció. En ese puesto, Elenita impuso y enseñó todas las técnicas que se conocían para asistir durante las intervenciones quirúrgicas. Portaba su uniforme siempre impecable, como un reflejo de su personalidad estricta y su excelencia en la profesión.

Fuente: Entrevista a Carlos Arrea y Marta Ureña

Flor María Saborío Hernández

Luchadora contra la problemática social infantil



Noviembre del año 1963 fue un mes cargado de emociones para Flor María Saborío Hernández, ya que ella disfrutó de dos importantes eventos que cambiaron su vida de manera positiva: el embarazo de su primer hijo y la obtención del puesto como Jefa de Trabajo Social en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Recuerda, gratamente, el día en que recibió una llamada para asistir a una entrevista con el Dr. Carlos Sáenz y María de los Ángeles Porras, gracias a la recomendación de una funcionaria de la Universidad de Costa Rica (UCR), superiora suya en aquel entonces.

Doña Flory, como le llaman por cariño sus allegados, inició labores el 1.º de noviembre de 1963, cuando el Hospital estaba aún en su etapa de construcción. No fue sino hasta mayo de 1964 cuando este centro médico abrió sus puertas, luego de algunos ajustes de último momento.

“La población costarricense y un importante sector de voluntariado acogieron el compromiso de levantar esta construcción. Se vio la gran necesidad de establecerlo porque sólo había dos pabellones dedicados a la atención de niños en el San Juan de Dios”, afirmó doña Flory, haciendo referencia a los primeros años del Hospital.

Las instalaciones de Trabajo Social en el nuevo centro médico se ubicaban entre la Consulta Externa y la oficina de Damas Voluntarias. Esta posición estratégica contribuyó para crear una excelente relación entre el Servicio y el Voluntariado y, así, desarrollar un trabajo en equipo multidisciplinario y en coordinación con todos los consultorios.

“El Hospital se planificó para recibir 250 pacientes diarios; pero el primer día tuvimos que cerrar las puertas, ya que nos visitaron casi mil niños y sus mamás”

Desde la Jefatura, a Flor María Saborío le correspondió organizar y planificar todo lo relacionado al trabajo social con niños y sus familias. Dicho servicio se convirtió en un importante precedente en la materia, ya que fue el primero de su tipo en el país.

Los primeros meses de funcionamiento, doña Flory solamente contó con la colaboración de una compañera. Aunque sobre ambas recayó la responsabilidad de sacar adelante el Departamento esta labor hubiera sido imposible de lograr sin el aporte de sus compañeros del Hospital; según afirmó esta profesional.

El día de la inauguración todos los funcionarios se llevaron una sorpresa. A pesar de que el centro médico se planificó para

recibir a un máximo de 250 pacientes por día, en esa oportunidad les visitaron casi mil niños, acompañados de sus familiares. “Muchos niños enfermos que estaban en su casa sin esperanza se vinieron para acá en búsqueda de una solución; hubo que cerrar las puertas y explicar al público lo que estaba pasando”, detalló doña Flory.

Como consecuencia de ello, la Consulta Externa —al mando del Dr. Rodríguez Esquivel— y el Servicio de Trabajo Social implementaron un mecanismo denominado consulta de clasificación. El Hospital no podía cerrar las puertas, entonces acudieron a clasificar al niño o niña de acuerdo con el problema de salud que presentaba. En algunas ocasiones, se refería al paciente a su respectiva Unidad Sanitaria del Ministerio de Salud.

“El ser humano saca su ingenio en las circunstancias de gran necesidad”

La preocupación de doña Flory por los pequeños pacientes siempre trascendió las paredes del Hospital. Cuando llegaba un niño quemado, ella estudiaba el asunto con mayor profundidad. Uno de los casos más sorprendentes fue el de un niño quemado quien falleció. La trabajadora social a cargo de la investigación determinó que el niño fue agredido y que su hermano también. “Yo corrí, llamé al director del Patronato Nacional de la Infancia y al

Con ingenio y persistencia, esta pionera sacó adelante el Servicio de Trabajo Social para apoyar a los niños y sus familias en el contexto de la sociedad costarricense

Ministerio Público para detener el entierro y hacerle la autopsia al cuerpo, luego se determinó que la causa de muerte fue agresión”, explicó Flor María.

Entre los principales retos, esta pionera señaló la dificultad para hacerle frente a problemas de niños de todo el país, sin la posibilidad de coordinar con otras instancias directamente. En el contexto de esta complejidad, se desarrollaron programas de trabajo social que aun se mantienen.

“El trabajo en el Hospital representó para mí un reto porque estaba muy joven, pero me formó un gran amor a los niños, un fuerte compromiso social y una excelente relación con la comunidad”

Doña Flory se caracterizó por ser una funcionaria entregada de lleno a su quehacer en el Hospital. Este aspecto no impidió que también dedicara tiempo a su familia, a la formación profesional de nuevos trabajadores sociales y a su preparación académica en una segunda carrera. Ella estudió Derecho en las noches y aprovechó las madrugadas para repasar los contenidos de los cursos. “Yo quería reforzar el conocimiento de las leyes para poder defender a los niños, me tocó llevar a cabo una fuerte defensa de los pequeños, aspecto que ahora está más organizado. En esa época, fundamos el Comité de Protección al Niño Agredido”, puntualizó.

Otro de los desafíos más importantes en el Servicio fue la rotación de personal. De esta unidad salían trabajadoras sociales bien preparadas, a quienes les ofrecían mejores puestos en otras instituciones. El hecho de laborar en el Hospital Nacional de Niños resultaba ser una excelente carta de recomendación debido a que allí se atendían niños de todo el país, con problemas de muy diversa índole y, generalmente, bajo presión.

Flor María Saborío acumula una gran cantidad de aportes para el trabajo social infantil costarricense, no solamente en el Hospital sino en otras instancias. Por ejemplo, le correspondió coordinar una comisión nacional para incluir un pabellón de niños en el Hospital Nacional Psiquiátrico. En esa ocasión, realizaron una larga maratónica para conseguir el dinero; con la colaboración de muchas personas, se alcanzó la meta.

Otra de sus contribuciones fue para el Postgrado en Geriatria y Gerontología del Hospital Raúl Blanco Cervantes; ella, junto al Dr. Fernando Morales, crearon esta especialización para la formación de geriatras. Actualmente, doña Flory es la representante de la UCR en este centro formativo.

Gracias a su esforzada trayectoria como Trabajadora Social, la Representación en Costa Rica de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) la eligió como una de las figuras señeras del siglo XX, durante la celebración de su Centenario, en el año 2002. Dicho reconocimiento destaca su labor en la creación del Servicio de Trabajo Social en el Hospital de Niños, el establecimiento de programas

de desarrollo social en la CCSS y la creación del Comité de Atención Integral del Niño Agredido. Su fotografía se encuentra al lado de reconocidos personajes quienes han dejado huella en la salud costarricense, tales como Carlos Sáenz, Clodomiro Picado y Edgar Mohs.

Además de manejar tres idiomas y publicar algunos artículos, esta profesional es Catedrática universitaria y Máster en Desarrollo Social. Desde dicha área, participó en la fundación de la Comisión Permanente de Estudio y Seguimiento para la Atención de las Personas de la Tercera Edad, en la cual funge como coordinadora. Sumado a ello, participó en la lucha por los niños sordos, agredidos y abandonados, así como en la redacción del Código de Familia junto a Carlos Sáenz Herrera.

Fotografía página izquierda: aportada por Flory Saborío
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



Detalles de su trayectoria

Flor María Saborío Hernández ingresó a trabajar como Jefa del Servicio de Trabajo Social del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera el 1.º de noviembre de 1963 y se pensionó el 15 de abril de 1980.

Según ella, esta experiencia fue muy valiosa. A pesar de tratarse de un gran compromiso, representó

una enorme satisfacción porque superó sus temores y le ayudó mucho para manejar de mejor forma las otras facetas de su vida: aumentar su sensibilidad social, vivir en familia, relacionarse con sus hijos y nueras, entre otros.

Ella contrajo matrimonio con Jaime Schmitd Gamboa. Hoy es madre de dos hijos y abuela de dos nietos.

Fuente: Entrevista personal

Florence Williams Hall

Visionaria y líder en formación de enfermería pediátrica



Su nombre resonó en diversas ocasiones durante las entrevistas con algunos de los pioneros que forman parte de esta memoria, quienes la citaron para hacer alusión a valores como excelencia, compromiso y mística. No queda duda de que el legado de la enfermera Florence Williams Hall es trascendental cuando se habla sobre los inicios y desarrollo del Hospital Nacional de Niños.

Ella ejerció como profesional en enfermería desde muy joven, cuando transcurría la década de los cincuenta. Un 1.º de enero a las seis de la mañana ingresó como funcionaria de la Dirección de Enfermería del Hospital San Juan de Dios, “ese año nuevo lo pasé lejos de mi familia que vivía en Limón porque me vine unos días antes para San José”, recuerda —nostálgica— doña Florence.

Siendo empleada en este centro médico, asistió a los niños afectados por la epidemia de poliomielitis. Como consecuencia de la propagación de esta enfermedad, se habilitaron otras salas para el cuidado médico de los pequeños pero, aún así, el espacio y equipo disponibles no fueron suficientes. De ahí nació la idea de un hospital especializado en salud infantil; a lo cual la población costarricense respondió de manera positiva.

Gracias a su destreza y entrega en la labor de enfermería, el comité encargado de la construcción del nuevo hospital eligió a Florence Williams para otorgarle una beca de estudios en Boston, Massachusetts.

Durante un año y diez meses, esta muchacha limonense se capacitó en Administración de Servicios de Enfermería y Enfermería Pediátrica; asimismo, contó con la oportunidad de practicar en diversos centros médicos de Estados Unidos para aprender sistemas modernos de atención hospitalaria.

“Yo diría que el apoyo para construir el Hospital es lo más grande que ha sucedido. No hubo cosa igual en este país”

Al recordar el día de la inauguración, se dibujó una enorme sonrisa en el rostro de doña Florence. En su relato primó el entusiasmo con que los grupos encargados desarrollaron la actividad. “La preparación fue intensa para celebrar ese momento, nos visitó una gran cantidad de personas, todas aquellas que respondieron en la Marcha del Colón. El Hospital de Niños es el resultado de esa colaboración”.

No solamente la Marcha del Colón, sino también las Ferias de las Flores

representan gratas remembranzas para la enfermera Williams y muchos de sus compañeros y compañeras de trabajo. Estas ferias se convirtieron en una novedad para los costarricenses y en una oportunidad para adquirir productos de otros países a precios muy accesibles. Todos los fondos recaudados se usaron para la construcción del nuevo Hospital.

En la etapa de planificación, un grupo de distinguidas enfermeras se reunió para organizar el Departamento. Florence Williams participó en el diseño de un organigrama que indicaba el personal requerido. Con ello, también se hizo una proyección de los suministros necesarios para atender todo el Hospital desde esa área específica.

La enfermera Williams Hall fungió como Subdirectora del Departamento de Enfermería, al lado de Florita Arce. Cuando esta última se retiró, doña Florence asumió la Jefatura. Según ella, el mayor reto fue la administración de dicho Departamento, así como el reclutamiento y capacitación de personal. “Las muchachas tenían temor porque nosotras aplicábamos nuevas tendencias y trabajábamos bajo una orientación moderna. Creían que les exigiríamos mucho y que no estarían capacitadas”, puntualizó doña Florence

Dirigir, administrar y formar fueron tres de las labores desempeñadas con entrega y excelencia por esta profesional desde la Jefatura de Enfermería

Ciertamente, el nivel de exigencia era elevado pero el trato siempre fue humanista para con las subalternas. “Las tratábamos con mucho tacto y sin lastimar a nadie, además, les brindamos toda la enseñanza posible; sin embargo, las que se quedaron lo hicieron por convicción”.

“El trabajo era completamente supervisado y organizado para que saliera bien pero, aún así, tenían algunos temores”

Otro hecho que representó un importante desafío fue sincronizar las labores y desarrollarlas de manera conjunta con el cuerpo médico.

“Enfermería pertenece a enfermería, no éramos subalternas de los médicos. Sin embargo, nos daban órdenes o pedían cambiar a las muchachas, pero nosotras contábamos con un equipo reducido de enfermeras, distribuidas con anterioridad para cumplir con toda la demanda”, explicó.

“No todo fue bonito, hubo ratos muy duros, pero fueron más los gratificantes. Si lo ponemos en una balanza, pesa más lo bueno”

Sumado a esto, sus mismas colegas se mostraban negativas respecto de los nuevos sistemas y cambios aplicados en la Sección de Enfermería del Hospital Nacional de Niños. Todo ello implicó una lucha psicológica que obligaba a dialogar, discutir, e incluso, lidiar con sindicatos y otros grupos.

A pesar de atravesar momentos difíciles y enfrentar grandes obstáculos, se aplicaron con recelo medidas y directrices que guiaran la enfermería pediátrica hacia la excelencia en la atención de los niños y; de esta manera, aseguraran una mejor calidad de vida a este sector de la población.

“Era una norma que la auxiliar o el mensajero trajeran el expediente del niño y acompañaran a la madre hasta la puerta el día de salida. Una vez, Iris Milano, la Subadministradora del Hospital, vino a contarnos que un médico de otro lugar llegó a recoger a su bebé pero la enfermera no se lo entregó hasta que el mensajero trajo el expediente. El Doctor se molestó y de camino a la puerta comentó con

el joven su disgusto, a lo cual él respondió que era una norma y debía respetarse por la seguridad de los pequeños. Por supuesto, se dirigió hacia donde Iris indignado de que hasta el mensajero le habló de normas”, narró —entre risas— doña Florence.

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



Trayectoria y legado

Desde su puesto administrativo, Florence Williams Hall padeció y enfrentó los problemas de presupuesto, capacitación y contratación de personal que caracterizaron al Hospital Nacional de Niños en sus inicios. Para superar esas barreras, recibió gran cantidad de cursos y charlas del Ministerio de Salud y la Organización Mundial de la Salud (OMS), entre otras organizaciones, como complemento a su formación en la Escuela de Enfermería y la

Universidad de Boston.

En 1987 se pensionó como funcionaria del Hospital. Desde entonces, ha llevado una vida tranquila, disfrutando al máximo cada momento y luchando contra algunos problemas de salud que, en cierta medida, la han limitado.

Actualmente tiene 83 años de edad y comparte la mayor parte de su tiempo con dos sobrinas nietas quienes, según ella, la quieren y cuidan mucho.

Fuente: Entrevista personal

Grace Castro Muñoz

“Es sorprendente que aún conservo amistades de hace 35 años”



Cuando Grace Castro Muñoz se retiró de labores del Hospital Nacional de Niños en 1972, no imaginó que conservaría una gran amistad con sus compañeros de trabajo hasta el día de hoy.

Ella encarna el sentimiento de “segunda familia” que muchos pioneros de esta Memoria manifiestan al recordar aquellos primeros años de desarrollo de la institución. Esto no es casualidad, ya que doña Grace cesó sus quehaceres en el Hospital tan sólo ocho años después de inaugurado, incluso, asentó su residencia en otro país. Sin embargo, muchos la recuerdan con inmenso cariño y mantienen comunicación constante con ella.

“Fuimos un grupo pequeño que compartió muchísimos momentos agradables como una verdadera familia, hoy nos une el cariño por el Hospital”

Para Grace Castro Muñoz siempre fue un sueño trabajar para el Hospital Nacional de Niños. Su anhelo se cristalizó cuando el Dr. Rodrigo Loria Cortés le ofreció una beca para prepararse en el extranjero y luego regresar como funcionaria de este centro médico.

De esta forma se marchó a La Crosse, Wisconsin, en donde recibió formación académica por nueve meses en temas como terminología médica, procesos de archivo, administración y anatomía, entre otros. Asimismo, tuvo la oportunidad de visitar los hospitales de niños de Chicago y Milwaukee y realizar su práctica en el Registro Civil de Wisconsin.

“Se trabajó mucho y sin horario... podías entrar temprano en la mañana y seguir aquí tarde en la noche, sin recibir pago de horas extra... tan sólo por mística”

Antes de marcharse con la beca, ella laboró en la Dirección General de Asistencia del Gobierno de Costa Rica. No obstante, la atraía de manera particular un sentimiento hacia el Hospital de Niños, ya que el Dr. Carlos Saenz Herrera fue su pediatra cuando niña y era primo de su padre.

“La pediatría de Costa Rica le debe todo al Dr. Sáenz. Para mí fue un honor trabajar con él y con otros médicos de ese calibre”, subrayó complacida. Este apego emocional la impulsó para aceptar el puesto como Jefa de Documentos Médicos y Estadística, a pesar de que posteriormente le implicaría un enorme esfuerzo y dedicación profesional.

Antes de inaugurar el Hospital, trabajó de la mano con Marielos Porras en la Administración para coordinar las rotulaciones de todo el edificio y otros aspectos logísticos urgentes.

Ya en el Departamento de Documentos Médicos y Estadística, colaboró en el área de Admisión y Citas para la Consulta Externa. Igualmente, le correspondió supervisar la transcripción de todos los documentos resultantes de investigaciones médicas elaboradas por el personal. Una de las principales funciones consistió en la creación y desarrollo del Archivo (expedientes médicos), el cual crecía y crecía sin cesar.

La tarea de organización de estos ficheros se complicó conforme otros centros médicos referían niños hacia el nuevo hospital. Este crecimiento fue enorme y acelerado, además estimuló a toda la institución a modificar sus rutinas; por ejemplo, dieron inicio a las sesiones clínicas para el análisis de casos especiales que provenían de otras unidades de salud.

La experiencia obtenida durante su estancia en Estados Unidos resultó valiosa para doña Grace. A su regreso, adaptó lo aprendido a nuestra realidad y posibilidades.

Nueve años de labores en el Hospital Nacional de Niños bastaron para que esta profesional en estadística dejara huella en el ámbito profesional y estrechara fuertes lazos a nivel personal

Poco a poco empezaron a surgir obstáculos, como la carencia de un espacio físico adecuado para colocar los estantes con los expedientes de los niños internados. Otra situación compleja fue la rotación de personal, ya que los estudiantes universitarios hacían pasantías y otras instituciones les ofrecían mejores salarios gracias a su experiencia.

“Iba a colocar una placa en la puerta que dijera «Escuela de Secretarías» o algo similar, porque preparábamos a las personas y otros se las llevaban”, expuso doña Grace. Para ella, este punto significó una especie de reconocimiento a sus labores, a pesar de las dificultades asociadas al mismo.

“En ese tiempo, allá (Estados Unidos) habían equipos de computación, pero aquí casi todo se hacía de forma manual, dábamos un uso muy rudimentario a la computadora”

Las satisfacciones por su trabajo y entrega en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Saenz Herrera se suman en una amplia lista a pesar de haber estado ahí pocos años. Primero, Grace Castro se complace de haber hecho algo bueno por los niños costarricenses. Asimismo, reconoce que su apoyo al cuerpo médico fue vital para congresos internacionales u otras actividades que requerían de estadísticas, compilaciones o transcripciones. Otro aporte de gran relevancia fue brindar información médica como estadísticas e índices de salud cuando se recibían visitantes extranjeros.

Todo esto se desarrolló en un ambiente de colaboración, esfuerzo y trabajo en equipo. Prueba de ello fue una ocasión en que se tuvo que trasladar todo el Archivo de un lugar a otro. Para evitar

un caos en el Hospital, se dispuso del día domingo para esta labor y se invitó a los empleados del Departamento a colaborar si estaba dentro de sus posibilidades. “Ese domingo por la mañana empezaron a llegar uno a uno hasta completar el equipo de todos los colaboradores, terminamos como hasta las seis de la tarde. Existía un fuerte compromiso con lo que hacíamos”, narró doña Grace.

“Si algo te gusta, tenés que poner de tu parte y sentir placer en tu trabajo; es decir, que no sea el salario lo único que te motive”

Luego de 1972, cuando se marchó con su familia a Estados Unidos, doña Grace laboró junto a un médico en la administración de su consultorio. Según ella, su paso por el Hospital de Niños le dejó un profundo sentido de responsabilidad, desinterés, cariño, orgullo y entrega; valores

que aplicó en el ejercicio de sus nuevas funciones.

Doña Grace recuerda con nostalgia el día de su despedida como funcionaria del Hospital. “Fue un momento muy triste que me tocó emocionalmente. Recuerdo que me obsequiaron un presente muy bonito y una carta en donde me daban las gracias por mi trabajo. Todo ese sacrificio lo hice para estar con mi familia y brindar una excelente educación a mis hijos”, finalizó satisfecha.

Fotografías: Carlos Villalobos



Más detalles de esta pionera

Grace Castro Muñoz recibió formación académica en Estadística en la Escuela de Salubridad de Santiago de Chile, en temas relacionados con instituciones de salud, demografía y estadísticas vitales y sanitarias (nacimientos, muertes, etc.); entre otros.

Su paso por el Hospital Nacional de Niños representa para ella una gran enseñanza del Dr. Sáenz y un intenso cariño por las labores

realizadas. El mayor tesoro, sin duda, son las amistades que conserva a través de los años.

Ella es madre de dos hijos y abuela de cuatro nietos. A mediados de la década de los setenta se dedicó a cuidar a sus pequeños y ayudarles a incursionar en la escuela primaria. Esa era la primera oportunidad que tenía de estar con ellos sin trabajar fuera del hogar.

Fuente: Entrevista personal

Grace Chacón Rivera

Emblema de visión y compromiso



Ya desde sus 15 años de edad, Grace Chacón Rivera sintió un fuerte interés por asistir y apoyar a niños con problemas. Ella visitaba, por largas horas, a los párvulos ciegos y sordos internados en un albergue del cantón de Guadalupe, en San José.

Esta inclinación se mantuvo e incrementó durante su juventud. Años más adelante, se inscribió como Dama Gris del Hospital San Juan de Dios. Acudía una tarde por semana al pabellón de Pediatría para entretener a los niños enfermos junto a otras personas voluntarias.

Así fue como conoció a las maestras de la Escuela de este hospital. Ellas se dedicaban a la entretención de los pequeños internados y a brindar apoyo a las enfermeras en cuanto a suministro de medicamentos y alimentación.

“Yo nací así como soy, desde jovencita me inclinaba por la educación especial”

Cuando se inauguró el Hospital Nacional de Niños, su fundador, el Dr. Carlos Sáenz Herrera, solicitó al Ministerio de Educación Pública (MEP) dos maestras dedicadas a tiempo completo para continuar las labores que se realizaban

en el pabellón de Pediatría, pero ahora en el quinto piso del nuevo edificio.

Las modernas instalaciones sirvieron para impartir clases a los niños internados por largas temporadas o a aquellos provenientes de zonas rurales quienes permanecían por espacio de uno o dos meses en el Hospital. Esto preocupaba al Dr. Sáenz porque los infantes no sólo perdían días lectivos sino que, en gran parte de los casos, desertaban del año escolar.

La maestra Grace de Chaves (como le llamaban sus compañeros) fue una de las primeras en ingresar como funcionaria de la Escuela del Hospital Nacional de Niños. Ella había cursado la carrera de Enseñanza en la Escuela Normal algunos años antes y luego trabajó con niños afectados por la epidemia de poliomielitis en un albergue en Santa Ana.

Durante su primer año en el Hospital, la niña Grace impartió lecciones apegada al programa de estudios del MEP, ya fuera en las aulas del quinto piso o en las camitas de los niños que no podían trasladarse debido a su estado de salud. Transcurrido este período, fue nombrada como Directora de dicho centro educativo.

Uno de los retos iniciales más grandes fue el planeamiento de las lecciones.

Su población de estudiantes era flotante y atendían a unos cuatrocientos niños al mes. “Planeábamos todas las semanas porque nuestra situación era cambiante. Por ejemplo, se aproximaba la celebración de Juan Santamaría y preparábamos la Asamblea, el discurso, la dramatización... el día del acto cívico le habían dado la salida a Juan Santamaría”, narró —entre risas— esta educadora.

Desde su puesto directivo, esta visionaria mujer impulsó un proceso de cambio del modelo conservador hacia una educación más abierta. “La Escuela siempre estuvo a la altura del Hospital, uno de los centros médicos más importantes de América Latina”, destacó doña Grace.

“Yo me sentía parte del Hospital a pesar de que la Escuela estaba en la planilla del Ministerio de Educación Pública; sin el apoyo de ambas instituciones no se hubiera logrado nada”

Como parte de ese proceso de modernización y vanguardia, el personal de la Escuelita recibió entrenamiento constante y participó en las sesiones de análisis de casos clínicos. “Sentí que estábamos desperdiciando mucho potencial, que se podía hacer algo más, ir más allá”, puntualizó esta pionera.

Lo que inició como un pequeño centro educativo para poner a los niños al día en sus clases, se convirtió en un sitio pionero e innovador de la educación costarricense gracias a la visión de su directora, personal docente y cuerpo médico

Motivada por dicha preocupación, Grace Chacón se preparó en diversos seminarios y conferencias fuera del país e hizo amistad con profesores extranjeros de enseñanza especial. En esa época, la estimulación temprana estaba en boga. El método consistía en trabajar con el niño o niña desde corta edad, antes de los 6 años.

Esta educadora diseñó los programas de estimulación temprana para implementar en la Escuela del Hospital. El plan piloto se desarrolló con niños desnutridos y contó con gran apoyo de los médicos del centro de salud.

“Pudimos implementar programas que estaban iniciando en el mundo, nos sentíamos orgullosísimos de poder proyectar el Hospital al pueblo costarricense”

En la década de los años setenta, otro tema que se encontraba en la agenda pedagógica mundial era el diagnóstico de problemas de aprendizaje de niños con coeficiente de inteligencia normal pero con pobre desempeño dentro los procesos de enseñanza. Para trabajar este tema, se integró un equipo multidisciplinario que incluía un neurólogo, un psicólogo y un educador, entre otros profesionales.

Posteriormente, tanto el programa de estimulación temprana como el de diagnóstico de problemas de aprendizaje, se extendieron a niños de Consulta Externa. Los médicos se encargaban de referir al paciente al quinto piso, en donde se realizaban todos los exámenes correspondientes para determinar el abordaje de la situación. La Escuela del Hospital Nacional de Niños fue una institución pionera en la implementación de este tipo de programas con niños de todos los centros educativos del país.

De esa escuela nacieron iniciativas muy importantes que hoy por hoy han florecido. Fue tal la visión de su Directora que ahora en casi todos los centros educativos del país existen programas remediales y correctivos para brindarle al niño una ayuda. “Tenía un hospital trabajando conmigo, sin duda eso me ayudó mucho. Al inicio fue difícil, pero el Hospital colaboró de forma desmedida”, comentó satisfecha.

Otro gran aporte fue la orientación a educadores y padres de familia de los niños participantes en los programas. Principalmente, esta capacitación se brindó a personas de zonas muy alejadas en donde no existían las condiciones para continuar con dichas iniciativas.

Para expandir todos estos avances, el Hospital de Niños—por intermedio de Grace Chacón— propuso la apertura del Postgrado en Diagnóstico de Problemas de Aprendizaje de la

Universidad Nacional. El primer grupo de graduandos fue conformado por más de cuarenta profesionales. Los educadores de la Escuela del Hospital se desempeñaron como profesores en dicha especialización.

A pesar de que doña Grace tuvo muy poco tiempo para su familia durante los dieciocho años que fungió como Directora de la Escuela del Hospital, ella asegura que repetiría su historia en dicho centro médico porque le formó a nivel profesional y la convirtió en una persona inmensamente feliz.

Fotografía página izquierda: Samantha Coto
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



Trayectoria y aportes

Como Directora de la Escuela del Hospital Nacional de Niños, Grace Chacón de Chaves solicitaba un requisito primordial a sus nuevos colaboradores: el compromiso con la niñez. Ella estaba segura de que se cumplía un papel pionero y una labor de excelencia, que resultó ser ejemplo para el resto de centros educativos costarricenses.

Doña Grace ingresó como maestra de la Escuelita en 1966 y al siguiente año fue nombrada

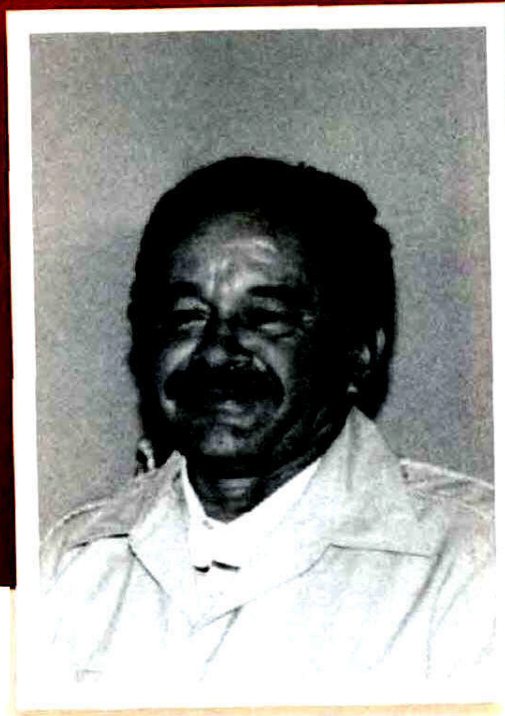
Fuente: Entrevista personal

Directora, puesto que desempeñó hasta 1985 cuando se acogió a su régimen de pensión. A partir de este momento, recibió clases de cocina, arte y literatura; entre otras.

Ha canalizado su proyección social innata en la obra social de las Damas Salesianas, ya que desde hace tres años colabora en un centro de recuperación de adolescentes desertores de la secundaria; allí, se les brindan cursos de computación e idiomas.

Guillermo Robles Arias

“Los niños, un tesoro para disfrutar”



Encontrar a una persona entregada totalmente a la salud de la niñez costarricense resulta sencillo cuando se hace un recuento de la historia del Dr. Guillermo Robles Arias. Su paso por el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera acumula las evidencias precisas para describir esa entrega y vocación profesional que lo caracterizaron.

En su libro “Los niños, un tesoro para disfrutar”, Memito (como le llamaban *afectuosamente sus compañeros de trabajo*) deja entrever su pasión por trabajar a favor de los más pequeños e inculcar en cada persona un sentimiento de cariño hacia ellos.

Durante la Navidad, el Dr. Robles Arias alimentó la ilusión de los niños internados al disfrazarse como San Nicolás y repartir regalos en los salones. Su apariencia física le ayudó para esconder su verdadera identidad, ya que él era bajo, gordito y bigotón. Sin embargo, en una ocasión, una niña descubrió que el “Colacho” que entregaba regalos era el Dr. Robles; según ella, lo supo al mirar de cerca sus inconfundibles “ojitos chispeantes”.

Don Guillermo fue uno de los primeros médicos pediatras costarricenses. Él recibió formación profesional en el Distrito Federal de México, donde se especializó en

Pediatría y Cirugía Pediátrica. A su regreso, laboró para los hospitales San Juan de Dios y Calderón Guardia, sitios en donde tuvo que atender muchas emergencias, incluso en horas de la madrugada.

La compleja situación de la salud infantil en nuestro país, impulsó a un grupo de médicos para construir un hospital centralizado y especializado en niños. Para ello, se solicitaron préstamos y se desarrolló una serie de actividades para la recolección de fondos.

La fuerte amistad que unía al Dr. Robles Arias con Carlos Sáenz Herrera le motivó a unirse al grupo de apoyo para instituir el nuevo centro médico. De este modo, participó en frecuentes reuniones de organización y en algunas ferias para recoger dinero en Hatillo, La Garita y otros lugares.

Así, las horas de estancia en su casa se fueron reduciendo porque lo consumía el planeamiento del nuevo hospital y la consulta privada. No obstante, su esposa y familia también se involucraron para colaborar activamente en las Ferias de las Flores, junto a los parientes de los otros médicos pioneros.

Al inaugurarse el Hospital de Niños, don Guillermo ingresó como médico; asimismo, desempeñó actividades

docentes en la Cátedra hasta convertirse, años después, en Director de la Facultad de Medicina de la Universidad de Costa Rica. En esta institución educativa fue padrino de la generación de profesionales de donde se graduó el Dr. Rodolfo Hernández, actual Director del Hospital. El Dr. Robles también fungió como Jefe de Pediatría Social en dicho centro de salud infantil desde 1976.

En un punto de su carrera, el galeno renunció a la consulta privada para dedicarse de lleno a mejorar la salud de los niños en áreas rurales, muchas veces sin recibir recompensas económicas. Una de sus más destacadas pasiones fue la salud comunitaria y preventiva, a lo cual dedicó la mayoría de sus esfuerzos.

En esta línea, fundó el Programa de Medicina Comunitaria en San Antonio de Nicoya. En dicha localidad, fungió durante muchos años *ad honorem*. Las últimas dos décadas de ejercicio profesional las dedicó a formar médicos en el tema de salud comunitaria y crear grupos de trabajo.

Su programa incluía preparar, organizar y educar a la población rural para que detectaran problemas de salud o conductas de riesgo de manera preventiva, en lugares donde ni siquiera existía un puesto de salud.

El título del libro escrito por este médico pediatra encierra de manera perfecta su historia profesional y refleja el legado que dejó a la salud infantil

A parte de esta labor comunitaria, el Dr. Robles Arias trabajó con los niños quemados del Hospital. Muchos de estos pequeños debían mantenerse un tiempo prolongado dentro del centro médico y, en algunas ocasiones, sus familias los abandonaban.

“Papá se llevaba a algunos niños quemados a la casa durante los fines de semana, aún con sus vendas y tratamientos... en el Hospital le daban un permiso muy especial para poder hacerlo”, detalló el Dr. Eduardo Robles Iglesias, hijo de este pionero y actual Asistente del Servicio de Otorrinolaringología en la institución.

Don Eduardo recuerda que, a sus 5 años de edad, su padre llevó a casa a un niño quemado quien tenía muchas deformidades faciales. Este hecho le causó sentimientos encontrados de admiración y temor, pero también le permitió visualizar que la profesión de médico era un instrumento para ayudar al prójimo. Gracias a esta influencia indirecta, decidió involucrarse en la medicina, al igual que su padre.

El Dr. Robles Iglesias guarda en su memoria las muchas ocasiones en que se dirigían a un paseo familiar y su padre postergaba todo por alguna emergencia en el Hospital. Inclusive, en sus viajes de vacaciones a Puntarenas, don Guillermo realizaba visitas médicas domiciliarias o atención de pacientes en el hospital de esa provincia. “Lo que menos hacíamos era ir a la playa”, rememoró —entre sonrisas— don Eduardo.

“Un enamorado de la salud de los niños”, así describe el Dr. Robles Iglesias a su padre. Memito siempre fue un luchador y abanderado de la lactancia materna. Incontables veces le correspondió explicarle a las mamás

la importancia de nutrir a sus bebés con este alimento. “Algunas madres lloraban mientras papá las convencía de lo necesaria que era la lactancia materna para el recién nacido, él siempre dijo que la leche de vaca era para terneros y apoyó mucho para desarrollar el Banco de Leche que hubo en este hospital”, manifestó el galeno.

El Dr. Robles Arias se distinguió por ser un hombre honrado y honesto hasta su muerte, quien sacrificó muchas facetas personales por el bien de las comunidades de las zonas alejadas. Aunque en repetidos momentos se le invitó a participar en asuntos políticos, nunca accedió; según él, entrar al Gobierno le restaría tiempo para ayudar a alguien o compartir con su familia.

Se le conoció por ser dueño de un gran sentido del humor pero también por ostentar una personalidad estricta. Como investigador, docente y académico colaboró en casi todas las revistas médicas de su época y trabajó

en la Dirección del Colegio de Médicos y Cirujanos.

Según su hijo, si don Guillermo tuviera la oportunidad de repetir su historia en el Hospital, sin duda lo haría cien veces; pero, se hubiera dedicado por completo a la salud comunitaria, lo cual siempre fue su pasión.

Agradecimiento especial:
Dr. Eduardo Robles Iglesias, hijo de este pionero y Asistente del Servicio de Otorrinolaringología en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Fotografías: Carlos Villalobos



Entrega total en pro de la salud infantil

El Dr. Guillermo Robles Arias fue un profesional signado por su entrega desmedida a la salud infantil costarricense, tanto dentro del Hospital Nacional de Niños como en las comunidades rurales del país.

A pesar de ello, nunca descuidó la parte afectiva con su familia, según su hijo Eduardo siempre sacaba rato para compartir con él, su madre y cuatro hermanos. Este médico nació el 25 de junio de 1922,

contrajo matrimonio con Yolanda Iglesias Pacheco e inició labores en el Hospital en 1964.

Cuando se construyó el Hospital México, el Dr. Robles Arias fue elegido como jefe del Servicio de Pediatría y Cirugía General de este centro médico. Luego de algunos años, volvió a labores en el de Niños, ejercicio que combinó con el desarrollo de programas de salud comunitaria.

Fuente: Entrevista Dr. Robles Iglesias

Iris Milano Zúñiga

Mujer carismática y tenaz



En 1950, Iris Milano Zúñiga, una joven oriunda de San Marcos de Tarrazú, ingresó a trabajar en el Área Administrativa del Hospital San Juan de Dios. Ahí desempeñó diferentes tareas, desde mecanógrafa hasta funcionaria en la teneduría de libros.

Para esos años, motivado por las graves consecuencias de la epidemia de poliomielitis que apaleó a la población infantil costarricense en 1954, se gestaba en la mente del Dr. Carlos Sáenz Herrera la idea de enrumbarse hacia un proyecto titánico: crear un hospital especializado en la atención de menores.

Desde el Área de Pediatría del Hospital San Juan de Dios se hicieron las primeras gestiones y se trabajó en la organización del nuevo centro médico de calidad internacional. Poco a poco, más personas se fueron integrando a la obra, muchos de ellos funcionarios de ese mismo nosocomio.

Mientras tanto, en 1959, la joven Iris aplicó para una plaza como asistente administrativa en el San Juan de Dios sin imaginar los grandes desafíos que enfrentaría más adelante. El Departamento Administrativo de este Hospital ayudó, posteriormente, a sentar las bases de su área homóloga en el

Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Uno de los objetivos de los propulsores del proyecto era desarrollar un centro de atención de salud con estándares internacionales. Parte de este éxito, se lograría rodeándose de colaboradores altamente calificados y comprometidos con el sueño.

De esta manera, Iris Milano Zúñiga fue elegida para conformar el equipo administrativo del hospital pediátrico tras un reforzamiento de su formación profesional. Por ello, en 1963 viajó a la ciudad de Nueva York, Estados Unidos, para estudiar Administración Hospitalaria en la prestigiosa Universidad de Columbia.

A su regreso se incorporó como Subadministradora del Hospital, al lado de María de los Ángeles Porras, su superiora. Este trabajo exigía mucha tenacidad, entrega y sacrificios, pues se convirtieron en las responsables de todos los aspectos administrativos del Hospital, incluyendo el manejo de una gran cantidad de trabajadores.

En sus inicios, el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera era administrado por la Junta de Protección Social de San José. Esta institución

aportaba su experiencia en diversas áreas (como en la contabilidad) al centro pediátrico, mientras el neófito lograba organizarse por sí mismo.

Pero, a pocos meses de inaugurarse el proyecto, el Presidente de la Junta, Alfredo Echandi, cedió la administración del Hospital de Niños a un patronato, debido a las limitaciones económicas en su entidad. Con dicho cambio, el centro médico obtendría fondos propios para su funcionamiento.

Este traspaso trajo consigo grandes retos al recientemente conformado Departamento Administrativo. Lo primero fue idear, en menos de una semana, un sistema de planillas para pagar el sueldo de todos los trabajadores, sin poseer un método contable ni disponer de la tecnología idónea para hacerlo. El cumplir con esta responsabilidad significó largas jornadas de trabajo sin descanso.

Sin duda alguna, doña Iris fue un pilar en esta transición. Con sus conocimientos, mistica y entrega ayudó a que los ajustes propios del proceso no repercutieran de forma negativa en la institución.

Uno de sus mayores aportes al Hospital fue participar en la estructuración del

En sus inicios, el Departamento Administrativo del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera superó grandes retos que permitieron cimentar fuertes bases para el futuro

Departamento de Personal y en la implementación de un sistema para calificar el trabajo de los empleados.

La labor de gestión del recurso humano requería de un carácter fuerte y capacidad de análisis antes de tomar decisiones definitivas. Por ello, en determinados momentos Iris Milano debió distanciarse de sus compañeros en apego al perfil de su puesto. Sin embargo, esto no fue motivo para que muchas personas le brindaran su cariño y apoyo, tal como ella lo hacía.

Por ejemplo, cuando había un evento importante en el Hospital, contribuía enormemente en la organización del mismo, gracias a su conocimiento profundo de la estructura del centro médico y de las personas quienes laboraban en él.

El trabajo de esta pionera fue reconocido por sus superiores al encargarle el Departamento durante las ausencias (por motivos de trabajo o de su salud) de su superiora Marielos Porras. Iris Milano siempre supo dar la talla y demostrar su capacidad de liderazgo.

Debido a sus funciones trabajó muy de cerca con María Guzmán (Jefe de Recursos Humanos), con las Damas Voluntarias del Hospital Nacional de Niños y con otras asociaciones que aún hoy apoyan a los pacientes y sus familias.

Doña Iris fue una mujer reservada respecto de su vida personal, pero quienes la conocieron sabrán bien de su gran amor por el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera y por su sobrino a quien consideró como a un hijo.

La vida le puso una dura prueba en el camino. En la década de los años ochenta fue diagnosticada con cáncer, pero ello no la detuvo para demostrar su tenacidad y valor. Inclusive, viajó a Estados Unidos para someterse a tratamientos curativos, aunque al final no dieron el resultado previsto.

Iris se retiró del Hospital en 1987, pero aún su trabajo y cualidades son recordadas y

alabadas por sus primeros compañeros. Con su ejemplo de vida, demostró que la peor lucha es la que no se libera.

Agradecimiento especial:
Rodrigo Sauma Barquero, ex Jefe del Departamento Financiero del Hospital Nacional de Niños.

Fotografías: Carlos Villalobos



Trayectoria profesional

Iris Milano Zúñiga inició su carrera profesional como mecanógrafa en el Hospital San Juan de Dios. Producto de su esmero y dedicación ascendió hasta ocupar un puesto como asistente administrativa en dicho centro de salud.

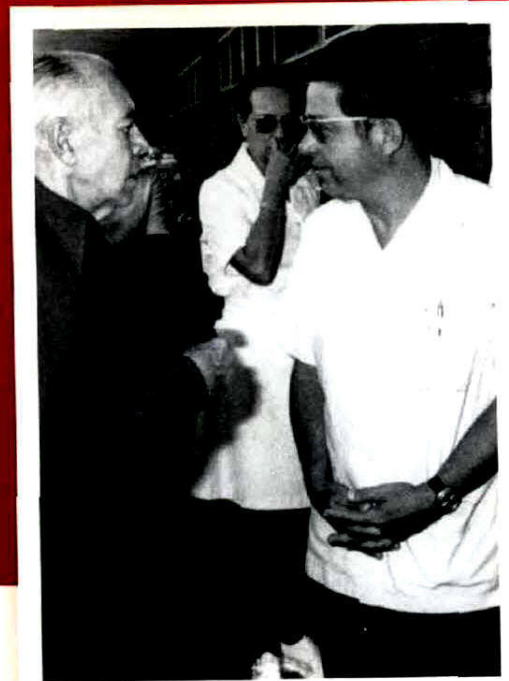
En 1963 estudió Administración Hospitalaria en la Universidad de

Columbia en Nueva York, Estados Unidos. Se integró al proyecto del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera al ser designada como Subadministradora. Desde este puesto luchó para que sus compañeros disfrutaran de un buen clima laboral y mejores condiciones de empleo.

Fuente: Expediente profesional

Jorge Arguedas Soto

Médico y educador al servicio de la salud infantil costarricense



Una placa desgastada en la puerta principal con letras inscritas apenas perceptibles; títulos empolvados colgando en la pared de aquel viejo recinto; un amplio escritorio de madera puesto junto a la camilla donde se recuestan los pacientes; instrumentos en desuso, corroídos por el paso del tiempo; detalles que insinúan años de historia...

Así lucía el antiguo consultorio médico del Dr. Jorge Arguedas Soto, donde nos recibió durante una fresca mañana cerca de las montañas de Patarrá, en el cantón de Desamparados. Allí, durante horas, recordó sus mejores años como profesional de la salud en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Su memoria apuntó ricos detalles, frases y momentos precisos de su larga trayectoria. En 1940, el joven Jorge viajó al Distrito Federal de México para estudiar medicina por espacio de ocho años. A su regreso, inició labores en el pabellón de Pediatría del Hospital San Juan de Dios.

La estrechez en que atendían a los pequeños enfermos resultaba un aspecto preocupante para el Dr. Carlos Sáenz, quien entonces era cabeza de dicho

servicio. "Debíamos acostar hasta cinco chiquitos en una sola cama", apuntó don Jorge.

Desde entonces, se escuchaba por los pasillos la idea del Jefe de construir un hospital más amplio en donde atender a los niños. La epidemia de poliomielitis en 1954, fue el impulso mayor para que ese deseo se materializara.

"Yo no tenía una idea clara sobre lo que se planeaba y, aunque al principio no creí posible lograrlo, cada día me convencía más de que sí construiríamos el nuevo hospital"

Subitamente, llegó al país un ingeniero especialista en edificios hospitalarios y el Dr. Sáenz renunció a la Cátedra (formación de nuevos profesionales) para dedicarse de lleno a este proyecto. Una vez concluido, trasladó a su personal de confianza para el nuevo centro médico. "Nos transformó en Jefes de Clínica y meses después en Jefes de Servicio, eso era muy gratificante para todos los médicos jóvenes que laboramos junto al Doctor", destacó.

Entre sus mejores recuerdos de aquella época, el Dr. Arguedas subrayó las tantas ocasiones en que acudía a la Consulta Externa para examinar niños junto a

su compañero Rodrigo Loría Cortés. La emoción del relato se intensificó al recordar cómo resolvían los problemas de decenas de pacientes en pocas horas, con una eficiencia admirable.

Los miércoles fueron días especiales. Don Jorge instituyó la denominada "Sesión de madres", en la cual se citaba a todas las mamás que tenían niños internados en el Hospital para preguntarles cómo atendían a sus hijos y cuál era la evolución de la enfermedad. Allí se planteaban preguntas, quejas y se analizaban casos concretos. Resultó una reunión de conversatorio entre médicos y madres, en la que todas las personas daban sus aportes para mejorar la salud de un paciente.

"Estas sesiones fueron espacios de educación para la salud, un elemento urgente que debe desarrollarse en nuestro país. Se trata de explicar a la gente los principales problemas de salud y enseñarles cómo mejorar sus hábitos con el fin de evitar otras enfermedades más serias", recalcó el galeno.

"Uno de los aspectos que más me emociona y enorgullece del Hospital es su evolución, calidad y mejora continua"

Los excelentes resultados en atención de pacientes del Hospital Nacional de Niños

Su constancia y entrega en la formación de nuevos médicos pediatras, distinguió a este profesional durante sus años de carrera

siempre se basaron en trabajo arduo y preparación académica rigurosa por parte del cuerpo médico. El Dr. Arguedas fue uno de los principales abanderados en cuanto a mejora del curriculum académico; por ello, se capacitó durante varios años en México, Inglaterra e Israel, entre otros países.

“No me sentía capaz de enseñar, pero luego me convencí a mí mismo de que es un talento innato que se debe poner al servicio”

Sin embargo, con el paso del tiempo y conforme aumentó la demanda de servicios médicos, el Hospital adoleció de falta de especialistas y personal insuficiente. Allí nació otra de las pasiones de don Jorge: la enseñanza y formación de nuevos profesionales.

Desde muy joven se estrenó como profesor en la Escuela de Medicina. Para lograrlo de la mejor forma, solicitó una beca a Estados Unidos y participó como observador de lecciones de Medicina Pediátrica, con el fin de aplicar un modelo similar en sus clases.

El recargo de funciones provocó un aumento de las horas de su jornada laboral. La educación a médicos se convirtió en un complejo reto para el Dr. Arguedas que, a su vez, le acarreó múltiples satisfacciones personales.

“Para mí es sumamente gratificante escuchar a algún discípulo llamarme Maestro por enseñarle a querer la Medicina... disculpeme pero a mí me emocionan estas cosas”, detalló —con voz quebrada y entre sollozos— don Jorge.

Luego de retirarse como funcionario del Hospital, se mantuvo diez años brindando servicio médico diario y ad honorem para la institución, en cualquiera de los servicios que requiriera de su apoyo. Según él, aprovechó este periodo para mantenerse actualizado.

Ahora, mantiene negocios familiares que pretende heredar a sus cinco nietos para que costeen sus estudios y viajen por el mundo.

Fotografías: Carlos Vítalobos



Trayectoria profesional

Nacido en junio de 1922, este médico josefino desarrolló una amplia carrera en el Hospital Nacional de Niños cargada de gozo y buenos recuerdos. Aunque lamenta que la ética y la mística no son las mismas que en sus tiempos, aún admira a esta institución.

Hace veintiséis años se pensionó, por lo cual, ha aprovechado sus ratos libres para conocer otros sitios del mundo y descansar; asimismo, brinda

consulta médica ocasional a parientes cercanos.

Su esposa, Elia Negrini Ferraresi, y sus cuatro hijos fueron parte de esta aventura. En una ocasión, se mudaron a Inglaterra para que el Dr. Arguedas aprovechara la beca de especialización en psiquiatría pediátrica que le otorgó el British Council.

Durante este lapso, el Hospital mantuvo el pago del salario mensual a don Jorge para que costeara parte de su estancia en tierras europeas.

Fuente: Entrevista personal

Luisa María Sotela Aguirre

Una mujer que ha hecho historia



Clara, perspicaz y rica en detalles, con el talento nato que sólo ostenta una historiadora; así relató Luisa Sotela Aguirre su trayectoria como enfermera en pediatría del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Asistió puntual y galante a la cita, cargando algunas bolsas repletas de documentos y fotografías que sirvieron como pruebas históricas de cada experiencia vivida.

En un momento, cuando empezaba a contar sus memorias acerca de los inicios del Hospital, los ojos le chispearon y una risa un tanto nerviosa le quebró la voz.

“El día que el Dr. Sáenz me mandó a llamar yo me asusté mucho porque no sabía si había hecho algo mal. Me senté en su sala de espera pensando que algo había sucedido con un chiquito, iba casi llorando, hecha una hormiga. Él era pequeño de estatura, pero tenía una mirada muy profunda y penetrante. Yo nunca lo había visto, era lo máximo en la pediatría de este país”, detalló doña Luisa.

Fuera de todo pronóstico, el Dr. Sáenz la citó para explicarle sus planes de becarla en el extranjero y que, a su regreso al país, asumiera la Subjefatura de Enfermería del

nuevo centro médico. En aquel momento, doña Luisa se sentía incapaz de viajar a un lugar extraño donde se hablaba una lengua casi desconocida por ella.

Pero con la confianza y apoyo del Dr. Sáenz, la joven de 23 años de edad y recién graduada como enfermera, emprendió el viaje. Luego de permanecer un año y medio en la Universidad de Boston, Massachusetts, Luisa regresó al país para hacer historia.

Pronto se acopló a su puesto como una de las cinco Subjefas, al lado de la líder Florita Arce, aunque también incursionó en la formación académica de nuevos profesionales. “Llegué muy motivada sabiendo que se construía un hospital moderno en donde aplicar los conocimientos adquiridos”.

“Quise ser médico pero me dijeron que no era una profesión para mujeres”

Rememorar hoy estos logros, a sus 74 años, es tarea sencilla; pero llevarlos a cabo resultó un enorme desafío para doña Luisa. Desde que se interesó por estudiar una carrera relacionada con la medicina, le pusieron obstáculos por ser mujer.

“Mi profesión ha adolecido de ciertos mitos, muchos de ellos falsos. Cuando

entré a la Escuela de Enfermería en 1954, la gente pensaba que enfermería era limpiar los pisos del hospital”, recapituló.

“Visitamos los rincones más alejados del país para brindar apoyo y extender el conocimiento en enfermería pediátrica”

Su lucha como educadora y defensora de la enfermería pediátrica le valió para ser invitada de honor y conferencista en el acto oficial de presentación de los primeros grupos que cursarían las Maestrías en Enfermería Pediátrica con énfasis en Neonatología y Niñez y Adolescencia, en el año 2005.

En la actualidad, doña Luisa mira con agrado el auge de la profesión en el país, ya que desde hace dos años se gradúan especialistas quienes laboran dentro de los centros médicos en su respectiva rama. Para institucionalizar estas maestrías, doña Luisa invirtió muchos años de esfuerzo. Dicha extensión de los servicios de enfermería pediátrica (es decir, atención clínica a pacientes internos pero también papel activo en prevención, educación y tratamiento especializado) se remonta a la década de los setenta, cuando se sentaron las bases de los beneficios en salud que disfruta en la actualidad la niñez costarricense.

Luisa María Sotela Aguirre se consagró como enfermera, educadora e historiadora de la enfermería pediátrica costarricense

Por otra parte, su contribución como historiadora traspasa las fronteras. Entre papeles, folletos y esquemas se halla la sistematización histórica de la Enfermería *Pediátrica en nuestro país realizada por esta pionera*. Gracias a su expertise, ella ha expuesto el tema en diversos congresos nacionales e internacionales.

Las etapas señaladas por doña Luisa, que han marcado la historia médica de esta rama, arrancan desde 1964 cuando se reorganiza el aspecto curricular de la profesión y crece la demanda de enfermeras en el país. Posteriormente, durante la década de los años setenta, se desarrolla una participación más activa, con énfasis en la formación en enfermería pediátrica, en la prevención y en la educación para la salud comunitaria.

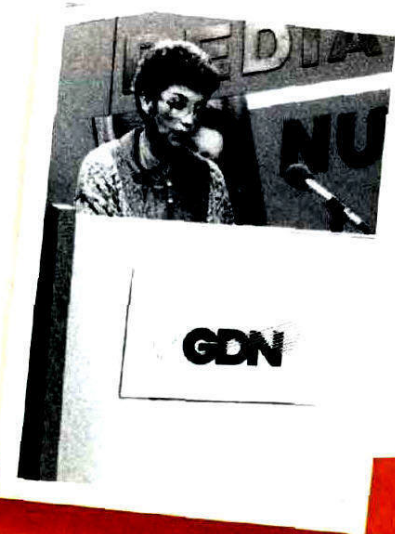
Luego de estas mejoras, la profesión continúa en progreso y en las décadas de los años ochenta y noventa se vive lo que esta pionera llama una "etapa creativa". Este momento se caracterizó por una serie de innovaciones en el sistema educativo, participación en congresos y cursos especializados, desarrollo de programas de mejoramiento continuo y creación de la Asociación Costarricense de Profesionales en Enfermería Pediátrica, como uno de los más notables logros.

Después de 28 años de labor en el Hospital Nacional de Niños y diecisiete

de haberse retirado, el personal de este centro médico se detiene a saludarla y la recibe con gran afecto cuando doña Luisa camina por los pasillos.

Ella ha repartido su tiempo libre entre clases de pintura y canto, así como en el disfrute de ratos con su hija y tres nietos. Además, aún recibe invitaciones para asistir a conferencias sobre la historia de la enfermería pediátrica en Costa Rica, en las cuales participa con gran placer y satisfacción.

Fotografías: aportadas por Luisa Sotela



Trayectoria profesional

Las múltiples experiencias en el campo de la enfermería pediátrica suman un amplio currículo para Luisa Sotela Aguirre. Algunos de sus aportes más destacados son:

- Miembro fundador y primera presidenta de la Asociación Costarricense de Profesionales en Enfermería Pediátrica.
- Trabajo en equipo para redactar el Manual de Tecnologías de Enfermería Pediátrica.
- Organizadora y coordinadora del Comité de Elaboración y

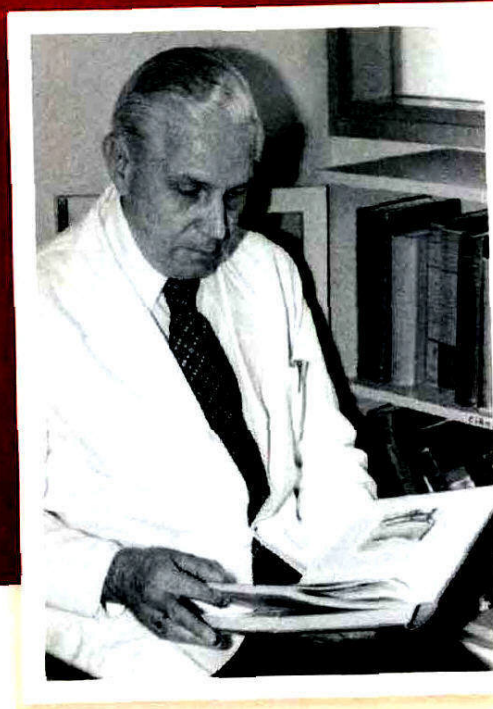
Revisión de Procedimientos de Enfermería Pediátrica.

- Capacitadora en mejoramiento continuo del Centro de Desarrollo Estratégico e Información en Salud y Seguridad Social (CENDEISS), a nivel nacional.
- Miembro de la Junta de Salud del Hospital Nacional de Niños durante cuatro años.
- Investigadora en terapia y cuidados de enfermería en niños.

Fuente: Entrevista personal

Manuel Enrique Calvo Badía

¡Adiós, Doctor Palomitas!



Quien conoció al Dr. Manuel Calvo Badía y lo vio llegar al Hospital Nacional de Niños durante la mañana, es testigo de que su jornada de trabajo no empezaba sin antes subir a la Capilla del quinto piso para rezar y meditar por unos minutos.

Esta costumbre lo caracterizó como un hombre religioso y espiritual; además, marcó su desempeño en la profesión y le brindó una sensibilidad particular con sus pacientes, alumnos, compañeros de trabajo y familiares.

¡Adiós, Doctor Palomitas! Esta exclamación se escuchaba con frecuencia en los salones del Hospital cuando alguno de los niños internados veía pasar al Dr. Calvo. El sobrenombre le vino gracias a su habilidad para crear figuras de origami (arte japonés de plegado de papel). La forma más popular asemejaba una paloma que batía sus alas al halarla de la cola.

Cuando se extendió el rumor de que don Manuel cargaba consigo estas figuras, muchísimos niños se las pedían como obsequio. Así, dos de sus nietos se encargaron de aprender el arte de doblado de papel y, con hojas de revistas de colores, formaban palomas

en diversos diseños para que su abuelo dibujara sonrisas en el Hospital.

El galeno no solo devolvió el buen humor a muchos niños, sino también la salud. Él se caracterizó por ser un profesional de alto calibre, quien fungió como Jefe de Infecciosos y Prematuros (actualmente Departamento de Enfermedades Infecciosas).

Una entretenida conversación con dos hijas y una nieta del Dr. Calvo nos ayudó a profundizar en estos pintorescos detalles de su historia como médico del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Saenz Herrera.

Entre las anécdotas que mejor describen la personalidad de don Manuel Enrique, sus familiares destacaron lo acontecido con una niña internada en el Hospital San Juan de Dios, Anais Ureña Zamora. Esta pequeña estuvo hospitalizada por tres años debido a un extraño padecimiento conocido como "niña mariposa".

Contaron que el Doctor le tomó mucho cariño a Anais, tanto que pasaba todos los días a una pulpería y le compraba una cajita de helados. Ese afecto era un sentimiento común de toda la familia Calvo Sáenz, ya que solicitaban un permiso especial para que la pequeña pasara el tiempo de Navidad con ellos. Un

milagro de fe del Dr. Calvo curó a Anais cuando llevó una fotografía a la Virgen de Lourdes en Europa. Actualmente Anais Ureña tiene 57 años de edad.

Manuel Calvo fue un médico sumamente apegado a sus pacientes, consentidor y metódico, tanto en la profesión como en su vida personal. Por ejemplo, cada día se tomaba tres aspirinas y tres antiácidos para mantener sus niveles de salud.

Entre las principales aficiones de este doctor figuraban la lectura y la ópera. Él se distinguió por ser un hombre muy actualizado en cuanto a conocimientos médicos, hasta el punto de convertirse en autodidacta en relación con muchos temas de salud. Su preparación académica formal la concluyó en la Universidad Autónoma de México, en 1939.

Una de sus mayores satisfacciones era ver crecer al Hospital Nacional de Niños. "Esta fue su segunda casa y hasta podría decir que la primera... bueno, la nuestra también", comentó su nieta mayor Marta Eugenia Cañas, quien pasó largos y emocionantes ratos junto a su abuelito en los salones de Infecciosos y Prematuros.

El Dr. Calvo Badía participó activamente en diversas instancias dentro y fuera del Hospital, relacionadas con el mejoramiento

El Dr. Calvo desempeñó su profesión y su vida amparado en fuertes valores como la honradez, el compañerismo, el respeto y el amor; y fue signado por la práctica incesante de cada uno de ellos

de la salud infantil y la calidad de vida de este grupo de población.

Fungió como educador en la Cátedra de Pediatría del Hospital Nacional de Niños y fue profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Costa Rica. Gracias a una memoria brillante para impartir clases y su pulcro estilo de enseñanza, contó con la admiración de sus estudiantes. “Los alumnos lo adoraban y aún lo recuerdan con gran cariño”, puntualizó su hija Ana Isabel Calvo, participante de la entrevista.

Otra de las instituciones en donde tuvo un papel protagónico fue en la Asociación Costarricense de Pediatría (ACOPE), de la cual no solamente fue socio fundador sino también creador del emblema que los ha representado hasta el día de hoy.

El 28 de abril de 1954, el Dr. Sáenz Herrera envió una carta a su “muy estimado amigo”, a nombre de la Junta Directiva de ACOPE, solicitando que el Dr. Calvo tomara en sus manos la confección del emblema de este grupo.

Para diseñarlo, se basó en el cuadro del artista alemán Hermann Clementz, llamado Christ Blessing the Children. “Enmarcado por un escudo de tipo francés y en la parte superior del mismo está el nombre de nuestro grupo... inmediatamente debajo y dentro de un círculo vemos una mano en ademán de proteger a un niño que yace confiado en su dorso, y bordeando su parte inferior leemos la frase «dejad que los niños vengan a Mí», pronunciadas hace poco más de diecinueve siglos, las cuales queremos tomar como lema de nuestra Asociación”, redactó el Dr. Calvo en una carta para Carlos Sáenz donde describía el gráfico recién confeccionado.

En enero de 1977 se le entregó el diploma de Miembro Honorario de

ACOPE, como reconocimiento por su entrega de tantos años.

Manuel Calvo Badía fue tesorero en 1959 y Presidente en 1964 de dicha Asociación. Asimismo, se desempeñó como médico en el Preventorio de Coronado y jefe de la Consulta de Neuropsiquiatría Infantil y de la Consulta del Niño Sano, en el Ministerio de Salud Pública; por mencionar sólo algunos de los cargos que ocupó en diversas instituciones.

La biblioteca del Hospital fue bautizada con su nombre, tanto por su labor de pionero como por su entrega a la educación de muchos jóvenes médicos y su autoformación profesional diaria. Cada rasgo de la personalidad de don Manuel Enrique inspiró a sus hijos, nietos, pacientes, alumnos, compañeros de labores, y a todos aquellos que lo conocieron como un hombre intachable, amoroso, serio e inteligente.

El 7 de noviembre de 1980 se celebró el matrimonio de una de sus hijas.

Ese mismo día, por las increíbles coincidencias de la vida, el Dr. Calvo experimentó una profunda tristeza y aflicción, ya que falleció su amigo y hermano Carlos Sáenz Herrera. En definitiva, fue un momento lleno de sentimientos encontrados.

Agradecimiento especial a:
Ana Isabel y Marta Eugenia Calvo Sáenz (hijas).
Marta Eugenia Cañas Calvo (nieta).

Fotografías: Carlos Villalobos



Médico, educador, padre y abuelo a plenitud

El Dr. Manuel Enrique Calvo Badía nació en 1911 y falleció en 1998. Su compañera de vida Isabel Sáenz Escalante también fue una gran colaboradora en el proyecto del Hospital Nacional de Niños, ya que trabajó en las Ferias de las Flores junto a un grupo distinguido de esposas de médicos. Ellos celebraron 52 años en unión matrimonial.

Sus hijas aseguran que fue un padre ejemplar, a pesar de

que lo veían solamente sábados y domingos. Les inculcó un profundo respeto hacia Dios y hacia sus semejantes. Como abuelo fue excelente, un hombre cariñoso y dedicado.

Tuvo tres hijos, ocho nietos y nueve bisnietos. El 31 de diciembre de 1976 se retiró de labores del Hospital; sin embargo, impulsado por su mística impartió clases ad honorem desde ese momento hasta 1988.

Fuente: Entrevista con familiares del Dr. Calvo Badía

María de los Ángeles Porras Zúñiga

Una amante de la excelencia



“Las grandes almas tienen voluntades, las débiles tan solo deseos”. Con este proverbio chino se podría describir la obra de una pionera incansable: María de los Ángeles Porras Zúñiga.

Esta mujer imponente, cuyos rasgos de personalidad más destacados fueron la exactitud, la rigidez y la honestidad en todas sus acciones, se involucró con el proyecto del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera desde su inicio. Marielos (como le decían sus allegados) trabajaba en el Hospital San Juan de Dios y fue ahí donde el Dr. Sáenz Herrera le propuso ser la administradora de su más ambicioso sueño.

La Srita. Porras viajó a la Universidad de Athens en Atlanta, Estados Unidos, para estudiar Administración Hospitalaria y, a su regreso, aplicó dichos conocimientos con mano firme en la conformación del departamento que tendría a su cargo.

Mientras se llevaba a cabo la construcción de las instalaciones del nuevo hospital, se realizaban los trámites correspondientes para comprar el equipo y el mobiliario requeridos. De acuerdo con su formación profesional y su brillante y disciplinada personalidad, Marielos estableció pautas muy claras dentro de un reglamento interno para

la selección y contratación del recurso humano, el cual sería clave en la puesta en marcha de esta institución de gran envergadura.

Desde sus inicios, dejó señalado que la mediocridad quedaba totalmente fuera de sus lineamientos y que valores como la disciplina, ética, mistica, honestidad y solvencia moral resultaban esenciales para el cumplimiento cabal de las responsabilidades asignadas y serían tomados como modelo a seguir por todo aquel que pretendiera ser parte del equipo de trabajo de este Hospital, en procura de ofrecer el mejor servicio a la niñez costarricense.

Una de las metas de los precursores era poner al servicio de los costarricenses un centro médico con estándares de calidad internacional. Para ello, fue necesario brindar opciones de formación académica y profesional en el extranjero para el equipo humano, ya que en Costa Rica no existían espacios de aprendizaje que satisficieran las exigencias del proyecto.

Entre las primeras tareas se encontraba el desarrollar las normas y programas del Área de Administración del Hospital Nacional de Niños. La labor se tornó difícil porque en el país no existía un proyecto similar que estableciera normativas a seguir; solamente se

contaba con el apoyo de profesionales de centros médicos pediátricos foráneos que, aunque consolidados, respondían a realidades muy distintas a la costarricense.

Por las funciones propias de su puesto, Marielos Porras debió tomar medidas drásticas para lidiar con problemas administrativos del Hospital, entre ellos recortar los presupuestos o poner límites a las acciones de terceras personas.

Ella siempre estaba pendiente de todo lo que ocurría para que sucediera lo más cercano a la perfección. Al igual que el Dr. Sáenz Herrera, Marielos anheló un lugar de primera calidad que enorgulleciera a todo el pueblo tico. Para ambos, el Hospital Nacional de Niños representaba más que un centro de atención de salud infantil.

Una de sus grandes contribuciones consistió en la ejecución de programas para reforzar la edificación del Hospital Nacional de Niños, luego de que fuertes movimientos sísmicos afectaran la estructura considerablemente.

El cumplimiento de las labores y el rigor en el ejercicio de las mismas fueron dos cualidades que caracterizaron a la Srita. Marielos Porras, aunque algunos las confundieron con arrogancia y

Desde la Administración del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera, Marielos forjó un camino de éxitos y enseñanzas que perduran a través del tiempo

presunción de su parte. Por eso, no falta quien la considerara una persona intimidante, e incluso, poco accesible.

Pero detrás de esa dura fachada se hallaba una mujer comprensiva, preocupada por el bienestar de todos sus compañeros y, en especial, por los niños internados. En una ocasión, una Dama Voluntaria tuvo la idea de vender frutas para recaudar fondos. Cuando ella se enteró de la iniciativa, decidió llamarla a su oficina para consultarle sobre las particularidades de la venta.

Con temor por la reacción de Marielos, le explicó que se trataba de unos tarritos con frutas pero, al mismo tiempo, le aseguró que esta actividad no alteraría el orden del Hospital; ya que el empleado reservaba el producto y luego lo recogía al concluir su turno laboral. Al final de la plática accedió pero bajo la condición de que todo se diera de manera ordenada.

Después de esa conversación, ella llegaba con frecuencia a comprar las frutas y, a la vez, compartía con sus compañeros mientras las degustaban. Este sencillo gesto cambió la percepción de sus colegas y subalternos y creó un vínculo de cercanía.

“La disciplina y mística que caracterizan al personal del Hospital Nacional de Niños se deben, sin duda, a la labor que como pionera implantó en este campo la señorita Porras, una mujer fuerte, valiente e intachable. Su nombre y su paso por este querido Hospital están, sin duda, grabados como una

huella imperecedera en las bases de este lugar, al lado del nombre del Dr. Sáenz Herrera. Ella fue mi mentora, alguien que marcó mi vida por su excelencia, integridad y dedicación, de quien aprendí muchísimo y a quien guardo en mis memorias con cariño y respeto”, destacó Norma Quirós Solís, ex Jefa del Departamento de Proveduría del centro médico.

María de los Ángeles Porras Zúñiga entregó muchos años de su vida para cumplir el trabajo a cabalidad, preocupándose incansablemente por cada detalle que contribuyera a mejorar la calidad de la atención que los niños recibían en el Hospital. Su esfuerzo, talento y mística la designan hoy como la mano derecha del Dr. Carlos Sáenz Herrera y como el baluarte de una excelente administración.

Agradecimiento especial:
Hilda Valverde, secretaria del Departamento Administrativo del Hospital Nacional de Niños.
Teresa Quirós, ex Dama Voluntaria del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.
Norma Quirós de Mantilla, ex Jefa del Departamento de Proveduría del Hospital Nacional de Niños.

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



Detalles de su trayectoria

María de los Ángeles Porras Zúñiga inició su carrera profesional en el Hospital San Juan de Dios. Desde el área pediátrica de ese centro médico, se desarrollaron las estrategias administrativas para el nuevo Hospital Nacional de Niños.

El Dr. Carlos Sáenz Herrera eligió a Marielos para que se dedicara a tiempo completo al diseño del Área Administrativa. Para ello, estudió

Administración Hospitalaria en la Universidad de Athens en Atlanta, Estados Unidos.

A su regreso, colaboró en la consolidación de los programas y normas de los distintos servicios. Además, se preocupó por inculcar en sus compañeros la ética, mística y honestidad necesarias para cumplir con la carga de responsabilidades.

Fuente: Memoria 40 Aniversario del Hospital Nacional de Niños

María del Carmen
Moya Solano

Símbolo de lucha y tenacidad



Luego de ocho intensos años de estudio y preparación en Estados Unidos para obtener un título en Medicina, la Dra. María del Carmen Moya Solano vino al país a marcar las páginas de la historia médica costarricense, convirtiéndose en la séptima mujer médico en ejercicio.

Y, aunque actualmente hay más estudiantes mujeres en los salones de clase, las décadas de los años cuarenta y cincuenta fueron una época difícil para aquellas que buscaban desarrollar carreras relacionadas con el área de la salud.

Su familia tampoco estuvo de acuerdo en que estudiara esta profesión. Esto implicaba, además de un fuerte desembolso económico, salir del país con tan sólo 17 años y alejarse de sus seres queridos por primera vez. Ante la disyuntiva, su padre le aconsejó visitar el Hospital San Juan de Dios para definir si en realidad sentía la vocación.

El entonces director de este centro médico, Dr. Antonio Peña Chavarría, recibió a María del Carmen y la remitió al Servicio de Patología. “Tiempo después él me confesó que, al llevarme a Patología, esperaba que yo me desilusionara por ver los cadáveres y desistiera de la idea de ser médico. Pero

salí fascinada de la primera autopsia y me marché a estudiar pensando especializarme en esa rama”, contó —entre risas— doña Carmen.

“Me costó muchísimo abrirme camino por ser una profesión considerada exclusiva para los hombres”

Cuando la Dra. Moya inició labores en el Hospital San Juan de Dios, en 1953, ella era la única mujer interna y le correspondió trabajar en la sección de Pediatría junto al Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Fue así como se vinculó al proyecto del nuevo hospital, en el área de recién nacidos (hoy Unidad de Cuidados Intensivos Neonatales), como se le llamaba en aquel entonces. Simultáneamente, trabajó en la Maternidad Carit (hoy Hospital de la Mujer) en la misma sección; según ella, era muy feliz en esta rama, ya que se sentía “como en su charco”.

“Siempre existió la duda e incertidumbre de que si iba a mantenerse o no el Hospital de Niños. Pero los médicos e ingenieros que trabajábamos en el proyecto estábamos convencidísimos de que iba a funcionar”, aseguró esta profesional.

La Dra. Moya concursó para la Jefatura del Servicio de Recién Nacidos y ganó

el puesto. A partir de ese momento, se dedicó a hacer crecer la unidad. Su lucha abanderó el objetivo de que se reconociera este servicio como una subespecialidad.

Gracias a su experiencia e investigación dentro del Charity Hospital de la Universidad de Luisiana y tomando como referencia el contexto de la medicina estadounidense, doña Carmen logró cambiar el nombre de Servicio de Recién Nacidos a Neonatología; el cual, no sólo abarcaba recién nacidos enfermos sino también prematuros, incluso aquellos niños que aún estaban en el vientre de la madre.

Siempre contó con el apoyo del Dr. Sáenz y del Dr. Mohs (años después), a pesar de que el Colegio de Médicos y Cirujanos se opuso durante mucho tiempo a reconocer el cambio.

Otro de los logros en el Servicio fue ampliar el espacio físico al trasladarse para el ala de desnutridos, que quedó desocupada cuando mejoraron los índices de nutrición en el país. “Todos los servicios querían esa área, entonces yo le presenté al Dr. Mohs una distribución y un plan de cómo utilizaría el espacio. El secreto es que, en esa época, uno de mis hijos estaba estudiando ingeniería industrial y me diseñó el plano. Claro, el mío fue el

Contra estereotipos sociales de la primera mitad del siglo pasado, la Dra. Moya se convirtió en la séptima mujer médico de Costa Rica

plan que más impresionó, por lo cual me cedieron el lugar”, recordó —con orgullo— doña Carmen.

“Cuando leo en el periódico que la tasa de mortalidad disminuye me siento tan orgullosa y le doy gracias a Dios por todo lo que se está haciendo”

Cada situación difícil que enfrentó en el ejercicio de la profesión, le despertaba una sed casi insaciable por encontrar soluciones. Uno de los mayores problemas era el traslado y tratamiento para los neonatos de cuidados intensivos.

Movida por esta urgencia, viajó con una beca a Denver, Colorado, en 1977, para entrenarse durante un mes y medio. “Día y noche me montaba en las ambulancias y atendía emergencias para aprender sobre este sistema especial de transporte de recién nacidos graves”, destacó.

A su regreso, capacitó a los residentes quienes estarían encargados de viajar en las ambulancias y lideró la compra de equipo especial como incubadoras, ventiladores, monitores; en total, tres unidades diseñadas para cuidados intensivos (gracias a donaciones de una Embajada).

Con esa inquietud constante de mejorar la salud costarricense, la Dra. Moya concibió, planeó y diseñó el Postgrado en Neonatología de la Universidad de Costa Rica (UCR). Enfrentó muchos obstáculos antes de lograr instaurarlo pero, en 1976, reunió el primer grupo de cuatro pediatras que se capacitaron durante un año en diferentes hospitales.

Al cumplir veinte años de fundación, el Postgrado en Neonatología de la UCR reconoció y premió la gran labor de la Dra. Moya Solano con la obra de arte “Semilla de Cedro” de Lila Herrera. Este

simbólico obsequio, colocado junto a la puerta principal de su casa, le recuerda su lucha por esparcir la semilla en la medicina costarricense.

Su vida personal también está llena de satisfacciones. A los 30 años formó un hogar con Eliécer Alvarado y tuvo tres hijos. En un momento de su trayectoria profesional debió renunciar a su consultorio privado y quedarse sólo con su puesto en el Hospital Nacional de Niños para dedicar más tiempo a la familia; a pesar de que la clientela particular le representaba mayores ingresos y prestigio.

Esto no lo hubiera logrado sin el apoyo incondicional de su marido. Él la acompañaba durante las madrugadas al Hospital para atender emergencias y la esperaba para volver juntos a casa. Don Eliécer también fue un compañero inseparable en casi todos los congresos internacionales a los que asistió la Doctora.

Doña María del Carmen se pensionó en 1982. Actualmente, dedica su tiempo a apoyar un centro educativo de bajos recursos en la localidad de Pavas. Ella, con el Patronato de la institución,

consigue subvenciones y recauda fondos para financiar mejoras estructurales y becar a las alumnas.

Su aporte incluye, además, un preceptorado con algunas de las estudiantes (orientación y psicología personalizada). “Ellas son niñas con grandes problemas en su hogar, les brindamos educación formal, guía espiritual y formación en valores. Así siento que ayudo a la gente. Como diría San Josemaría Escrivá, hay que dejar pozo al pasar por este mundo”, concluyó satisfecha.

Fotografías: Carlos Villalobos



Trayectoria de grandes esfuerzos

Según la Dra. María del Carmen Moya Solano, en la época cuando ella estudió se requería tener una vocación muy clara y arraigada, ya que era necesario hacer diversos sacrificios como salir del país y alejarse por tiempo prolongado de su familia.

Por ejemplo, al marcharse hacia Estados Unidos a estudiar, su lucha se dobló al ser una mujer con deseos de estudiar Medicina

y ser extranjera. Ya en Costa Rica, el escenario no era muy distinto debido a que algunos de sus colegas la consideraban “una intrusa” en su campo profesional.

Ninguno de estos factores representó un obstáculo para esta pionera. “Siempre he tenido este temperamento de que me pongo unas metas y las lucho por todo lado hasta obtenerlas, eso me valió para sacar mi profesión”, afirmó.

Fuente: Entrevista personal

**María del Socorro
Guzmán Herrera**

Cuando el recurso humano es lo más importante



La idea de creación y nacimiento del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera, fue motivada por la cruda epidemia de poliomielitis que consternó a toda la población costarricense y causó lesiones incurables a muchos niños. Los profesionales que ejercían durante la década de los años cincuenta en diversos centros de salud infantil reconocieron la imperante necesidad de actuar en forma preventiva frente a otra peste similar.

Carlos Sáenz Herrera, líder indiscutible de todo este proceso, se encargó de motivar a muchos entes y personas para sacar adelante el oneroso proyecto. Entonces, los retos no sólo incluían la creación de un edificio y la obtención de aparatos modernos para equiparlo; sino la enorme preocupación por conseguir y capacitar al mejor personal y acondicionar un sitio de trabajo agradable.

Precisamente, una de las características más sobresalientes del Hospital, a lo largo de estos años, ha sido su excelente ambiente de trabajo, un aspecto señalado por todos los entrevistados de este documento conmemorativo al 45 Aniversario de la institución.

Para lograr que las personas se sientan satisfechas y motivadas durante su

jornada diaria, se requiere la conjugación de muchos factores. Es aquí donde comenzó la historia de María del Socorro Guzmán Herrera como funcionaria del Hospital Nacional de Niños. Dentro de este relato confluyen las vivencias de todos los pioneros de esta Memoria, quienes trabajaron a su lado durante los inicios de dicho centro médico. La razón de esta particular característica se debe a su destacada labor en el área administrativa, en la sección de planillas y como Jefa de Recursos Humanos, posteriormente.

“Todo el mundo estaba maravillado con el Hospital, pocos países de Latinoamérica tenían algo similar”

Al inicio, la planilla del Hospital era manejada por la Junta de Protección Social de San José. Esta entidad se encargaba, además, de la capacitación, el área financiera y la gestión de recursos humanos.

Si bien, durante esa primera etapa había un exceso de trabajo que no permitía el desarrollo pleno de los recursos humanos, la intención siempre fue brindarles a los colaboradores del Hospital las mejores herramientas y mantenerlos satisfechos. “Lo primero que se hizo fue una selección cuidadosa y planificada del personal, eran gente

con mucha entrega y mística”, señaló doña María.

“Con la visión del Dr. Sáenz se comenzó a preparar lo que podría ser este hospital y a capacitar a la gente que estaría dentro de él”

A finales de 1964, el Departamento de Recursos Humanos se integró al Hospital. Según María del Socorro, los funcionarios del Departamento laboraban muchas horas extra, tanto que, a veces, la jornada abarcaba desde las siete de la mañana hasta diez de la noche; aunque luego todo se fue ordenando. Las principales dificultades de esta fase incluyeron llevar los registros y expedientes “a mano” debido a que no existían ordenadores ni computadoras como las actuales.

Entre las funciones como Jefa del Departamento de Recursos Humanos, a María del Socorro Guzmán le correspondió coordinar con la subadministradora Iris Milano; asimismo con Eduardo Soto, Rodrigo Sauma y Rafael Valdelomar, responsables de Contabilidad, Finanzas y Proveeduría, respectivamente. Esta coordinación interna buscaba adecuar los presupuestos y los planes operativos, con el propósito de mantener los buenos índices de satisfacción del personal.

Un gran edificio, equipado con aparatos de última tecnología, sería inútil si no hubieran existido personas de alto calibre profesional para echarlo a andar y consolidarlo con enorme éxito

El tema de presupuesto siempre implicó una complicación para el área administrativa y financiera del Hospital. La historia de este centro de salud estuvo marcada por grandes carencias económicas que imposibilitaban otras funciones. El Departamento de Recursos Humanos tuvo que desarrollar sus políticas de compensación y retribución a los colaboradores de acuerdo con esas privaciones.

Sin embargo, se mantuvo la consigna de aprovechar de la mejor manera el potencial de cada persona mediante un proceso de capacitación continuo. El objetivo básico del Departamento estribaba en alinear todas las políticas relacionadas con el personal a las metas de la institución, es decir, mejorar la calidad de vida de los pequeños internados y ser ejemplo para el resto de centros médicos nacionales e internacionales.

Otro aspecto medular para Recursos Humanos, consistió en crear un lugar agradable para trabajar, fomentar buenas relaciones interpersonales y propiciar una cultura de trabajo en equipo. Estos tres factores serían clave para el éxito del Hospital.

“No se cayó el proyecto sino que continuó de manera excelente, eso es lo interesante del Hospital”

Según María del Socorro, toda esta cultura de entrega desmedida por parte de los colaboradores se desarrolló gracias a procedimientos y entrenamiento en el extranjero. Asimismo, los líderes del Hospital cumplieron un papel esencial

para motivar a sus subalternos. “Aquí se luchó muy duro, especialmente en los inicios. Por eso, formamos al personal con sentido común gracias al apoyo de las jefaturas, especialmente de la Administradora”, explicó esta pionera.

Entre las anécdotas que destacó, se encuentra la visita de Su Santidad Juan Pablo II al Hospital, en la década de los años ochenta. “Me impresionó mucho ese acontecimiento, no sólo por el orden con que se le recibió, sino por el inmenso fervor de todo el personal”.

Sus mayores satisfacciones incluyen haber formado parte de uno de los mejores hospitales de aquella época, con inmensa

proyección internacional, causa de orgullo para todo el país. Asimismo, la llena de agrado el haber compartido con personas tan entregadas, quienes dejaron una huella significativa en la salud infantil. “Me dediqué al trabajo en alma, vida y corazón”, finalizó doña María del Socorro.

Fotografías: Carlos Villalobos



Trayectoria y aportes

Con un extenso bagaje académico en su currículum, María del Socorro Guzmán Herrera entregó 34 años de esfuerzo al Hospital Nacional de Niños. Ella se pensionó en diciembre de 1998 luego de fungir como Jefa de Recursos Humanos en la entidad.

Recibió preparación en Secretariado y Contabilidad en la Academia Boston. Posteriormente, estudió Administración Pública en la Universidad de Costa Rica (UCR). En México, se especializó en Administración de Recursos

Humanos para instituciones de salud y, finalmente, participó en capacitaciones mensuales de la Caja Costarricense de Seguro Social.

Una de sus aficiones es la natación, deporte al cual se ha dedicado durante los últimos años. Asimismo, combina esta actividad con su trabajo de contabilista y fiscal para la Asociación de Damas Salesianas. Dicha asociación brinda capacitaciones a jóvenes de escasos recursos en siete centros, ubicados en diversos puntos del país.

Fuente: Entrevista personal

María Elena Salas Medina

Amor y cariño: las mejores secuelas de una epidemia



La violenta y devastadora epidemia de poliomielitis, ocurrida en Costa Rica en el año 1954, marcó un antes y un después para la medicina pediátrica costarricense.

Miles de niños resultaron con secuelas y muchos otros quedaron expuestos a esta terrible enfermedad. Ante dicha emergencia nacional, la rehabilitación y la fisioterapia se convirtieron en especialidades urgentes para los profesionales del área de la salud.

La enfermera María Elena Salas recién se había graduado e inició labores en el Hospital San Juan de Dios. Para esa época, y por solicitud del médico pediatra Humberto Araya Rojas, expertos mexicanos visitaron el país en busca de alguna medida contra el crítico problema.

De esta manera, se tomó la decisión de enviar profesionales a capacitarse a tierras aztecas para aprender técnicas y métodos de rehabilitación de pacientes con discapacidad.

“Ellos me escogieron junto a otra enfermera para estudiar fisioterapia en México durante un año. El Dr. Humberto se fue con nosotras también”, relató doña María Elena.

Al regresar al país, la principal inquietud de este grupo de nuevos expertos era mejorar la infraestructura donde se encontraban internados los niños en tratamiento. Para ello, se construyó el Servicio de Rehabilitación del Hospital San Juan de Dios, detrás del centro médico.

“Yo en el Hospital encontré amistad y cariño... aprendí acerca de la honestidad”

En este albergue se brindaba más que rehabilitación física a los niños, ya que el sitio estaba cargado de amor y paciencia para los pequeños quienes sufrían las secuelas de la polio.

Como consecuencia de dicha situación, el Dr. Sáenz Herrera planteó la posibilidad de crear un hospital en donde estos niños tuvieran mayores comodidades y acceso a diversos servicios de salud que complementarían su tratamiento. La población, en general, acogió la idea con gran entusiasmo y brindó apoyo económico para hacerla realidad.

María Elena Salas fue seleccionada por el Dr. Sáenz para formar parte del Hospital Nacional de Niños dentro del Servicio de Fisioterapia, junto a su amiga y compañera de estudio, Yunita White. En enero de 1965 comenzó su trabajo en esta institución.

Para esta fecha, el Servicio estaba al mando de Gilbert Brenes, quien fue designado por el Dr. Sáenz para dicha tarea. Este joven decidió renunciar a su cargo para especializarse en el extranjero; así, la enfermera Salas concursó para el puesto y se convirtió en la nueva jefa hasta 1989.

Su quehacer en el área de Fisioterapia siempre estuvo cargado de satisfacciones personales al lado de un grupo de colaboradores comprometido. “Éramos un equipo muy unido, casi como una familia. Hacíamos paseos, celebrábamos los cumpleaños, había muy buena coordinación entre nosotros y con el resto de servicios”, detalló doña María Elena.

“Cuando el Dr. Sáenz me invitó a trabajar en el nuevo hospital, yo ni siquiera lo pensé dos veces. Desde la epidemia de polio me encariñé aún más con los niños”

Este buen clima laboral se acompañó de un importante desarrollo profesional junto al Dr. Alberto Brenes Sáenz, quien regía los servicios de Ortopedia y Fisioterapia. El trabajo de este médico se centró en la investigación e innovación en cuanto a técnicas para el tratamiento de pacientes.

Los integrantes del Servicio se identificaron con dicho estilo de trabajo. Una de las pesquisas más sobresalientes de

María Elena Salas Medina se consagró como especialista en fisioterapia luego de una terrible peste nacional durante la segunda mitad del siglo pasado

la época consistió en investigar sobre la luxación congénita, una malformación que afecta la cadera de los niños recién nacidos y causa inmovilidad de sus extremidades inferiores; el tratamiento precoz podría evitar consecuencias de magnitudes irremediabiles.

"Uno de los tantos casos detectados gracias al estudio sobre luxación congénita, fue el de un niño en San Isidro de El General. Para nuestra sorpresa, cuando el Dr. Brenes llamó al papá del niño al consultorio, éste sólo traía un papel de referencia que le dieron en la clinica y olvidó a su hijo, a todos nos hizo mucha gracia", recordó sonriente esta enfermera.

Toda la tarea de investigación iba de la mano de sesiones clínicas semanales para el análisis de casos específicos, en donde se aplicaban los conocimientos adquiridos y se discutía sobre la pertinencia de una intervención quirúrgica.

"Los martes, desde muy temprano, el Jefe abría la sesión. Había que correr porque el Dr. Brenes llegaba al Hospital desde las cinco de la mañana".

"Mi jornada era de siete a tres de la tarde pero nunca salí a esa hora... y nunca se me ocurrió cobrar una hora extra ni pedir aumento de sueldo"

Sin duda, luego de todos estos esfuerzos de estudio y evaluación, la mayor

recompensa dentro de su trabajo consistía en ver los resultados del tratamiento fisioterapéutico en los niños, los cuales siempre fueron más efectivos en comparación con los realizados en adultos.

Cuando se pensionó, el amor especial que sentía por este centro médico no cesó. Ella asegura que se mantiene atenta sobre lo que sucede en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Además, dedica parte importante de su tiempo a la lectura y a compartir con su familia.

"Mis años de trabajo empezaban de madrugada porque debía alistar a mis dos hijos y preparar el almuerzo para mi esposo, luego salir corriendo. Ahora que estoy pensionada he podido dedicar más tiempo a pasar con mis seres queridos y a cuidar de

mi casa. Incluso, aprovecho para hacer la siesta después del almuerzo", relató doña María Elena.

Fotografías: Carlos Villalobos



Un vistazo a su trayectoria

María Elena Salas fungió como Jefa de Fisioterapia del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera hasta el año 1989, cuando decidió retirarse para dedicar tiempo a su esposo, sus dos hijos y seis nietos.

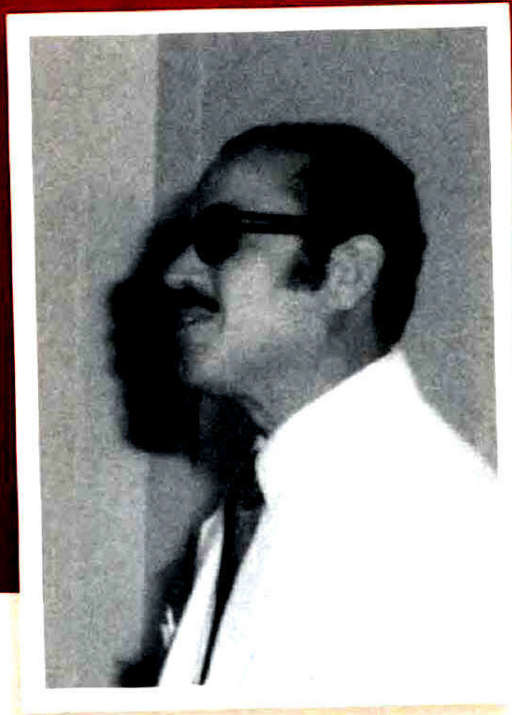
Ella se graduó como enfermera

en 1954 y se especializó en México para laborar en el país junto a los doctores Araya Rojas y Brenes Sáenz en rehabilitación de niños con poliomielitis. Actualmente, a sus 76 años, gusta de pasatiempos como la lectura, la costura y el bordado.

Fuente: Entrevista personal

Mario Saborío Ruiz

Mente brillante, alma de niño



Un hombre alegre y jocoso, quien —como buen alajuelense— gozaba al asignar sobrenombres a todos sus conocidos y cuya única foto “formal” fue la de su pasaporte... así recuerdan muchos al Dr. Mario Saborío Ruiz, médico brillante quien entregó todo su ingenio y profesionalismo al Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Mario Saborío quedó huérfano de padre a los 12 años de edad. A partir de ese momento, su familia atravesó una serie de penurias económicas que forzaron a este niño a trabajar durante el día en un aserradero e ingresar al colegio nocturno.

Su incorporación a la universidad tampoco fue sencilla pero sí muy ambiciosa. Gracias a una ayuda mensual de su abuelo y a los ahorros de un duro año de trabajo en Panamá, se marchó a España para estudiar Medicina en la Universidad Complutense de Madrid. Sus notas sobresalientes desde inicio de la carrera le valieron una beca del Estado español y, posteriormente, otra del Gobierno de Costa Rica. Por dos años consecutivos, Mario se consagró como el mejor estudiante costarricense en el extranjero.

Al concluir, hizo un año de rotación en el Hospital del Niño de Madrid,

equivalente a la especialidad de Pediatría. Gracias a esta experiencia, regresó a su país para colaborar durante dos años en el Servicio Social de Limón; como encargado de la Sección de Pediatría del Hospital Tony Facio (en aquel entonces perteneciente a la Compañía Bananera). Más adelante, trabajó en las Unidades Sanitarias del Ministerio de Salud y en la Maternidad Carit.

Así fue como se vinculó al proyecto del nuevo hospital especializado en infantes. El Dr. Rodrigo Loria Cortés fue su compañero de trabajo en la Carit, además de ser uno de sus mejores amigos y socio empresarial. Loria Cortés eligió a un grupo de profesionales para que asumieran puestos de jefaturas en el Hospital de Niños. El Dr. Saborío se incorporó al Servicio de Lactantes B junto a su jefe y maestro, el Dr. Manuel Calvo Badía.

En su viejo automóvil Volkswagen, Mario frecuentó a todas horas este centro médico. “Íbamos al cine y siempre terminábamos en el Hospital para ver a algún paciente... en vacaciones, a cualquier lugar que íbamos de paseo, siempre terminaba atendiendo a alguien, curándolo, cosiéndolo y trayéndoselo para el Hospital”, rememoró su hijo el Dr. Manuel Saborío Rocafort durante una placentera conversación sobre la trayectoria de este pionero.

Según don Manuel Saborío, su padre y colegas constituyeron una generación de soñadores. En aquella época existían pocos lugares en el mundo con un hospital para niños; por lo cual, la idea de crear un centro médico de este tipo sólo podría surgir en mentes ambiciosas, brillantes y visionarias que tuvieran claro que las patologías de niños no se podían tratar como padecimientos de adultos.

Este Hospital también fue precursor en el desarrollo de las especialidades en pediatría. El Dr. Saborío Ruiz fundó el Servicio de Genética Médica y Metabolismo, así como el Laboratorio de Genética. Esta pasión la heredó a su hijo Manuel, quien actualmente es Jefe del mismo servicio que instauró su padre y Director del Programa Nacional de Tamizaje.

Mario Saborío hizo una especialidad en Genética Médica en Francia, de 1970 a 1972. Él fue el primer genetista en Centroamérica y El Caribe, y uno de los primeros en América Latina. Asimismo, motivó y apoyó a otros homólogos para desarrollarse en este campo. “Se le metió entre oreja y oreja prestar especial atención a niños con malformaciones y enfermedades hereditarias en un país donde todavía los pequeños morían de diarrea e infecciones”, subrayó don Manuel.

Como quien lo trae en los genes, el Dr. Saborío se caracterizó por ser un profesional muy inteligente y de personalidad alegre, quien fundó uno de los servicios de mayor auge del Hospital Nacional de Niños



Para 1975, las malformaciones genéticas se encontraban entre las primeras cinco causas de mortalidad infantil, hoy son la primera. El Dr. Saborío cambió la mentalidad de muchos pediatras de esa generación para empezar a enfocarse en enfermedades más complejas. Como respuesta a ello, desarrolló varias publicaciones e impartió clases en la Universidad de Costa Rica.

Él se involucraba mucho con cada caso médico, el salario y el prestigio nunca fueron su motivación. “En aquel entonces era muy mal visto que un médico presumiera de su condición económica y social, acá trabajaban con muchas limitaciones”, aseguró el Dr. Saborío Rocafort.

Don Mario murió a los 54 años de edad, cuando fungía como Jefe de Servicio. Un agresivo cáncer de páncreas le atenuó paulatinamente la llama de la vida; no obstante, todo el año previo a su fallecimiento se mantuvo realizando labores en el Hospital.

Entre sus principales aportes a la calidad de vida de la niñez costarricense destaca su participación en la campaña para convencer a la gente de usar zapatos. La medida resultaría clave en la erradicación de los parásitos, ya que dichas larvas entran por los pies. El Dr. Saborío repartió zapatos por muchos pueblos hasta lograr una significativa y notoria disminución de dicha enfermedad.

Don Mario fue dueño de un alma de niño que lo convirtió en una persona muy emotiva, alegre, bromista y “chiquillera”. Se llevaba a sus cinco hijos y diez sobrinos a la playa o la montaña y se escondía para asustarlos con la luz de un foco y sonidos extraños. También iban al cine a ver películas de suspenso o terror y luego pasaban frente a un cementerio, en donde

don Mario apostaba veinte pesos al que entrara y tocara una tenebrosa tumba.

Hoy, después de veinticuatro años de fallecido, muchas personas lo recuerdan con cariño. El Dr. Manuel Saborío atiende a los hijos y nietos de los pacientes de su padre. “Algunas personas hasta me dicen Mario como papá, no Manuel... y yo no discuto”, señaló sonriente.

En el ámbito profesional, el Dr. Saborío Ruiz se destacó por su tenacidad; ya que se planteaba metas hasta cumplirlas a pesar de las adversidades. La inteligencia y capacidad académica también fueron cartas a su favor, ya que él lograba expresarse y transmitir sus conocimientos de manera excepcional; un talento que le convirtió en figura inspiradora para sus alumnos durante su época como docente universitario.

Como ser humano, dejó una profunda huella de caridad y amor. Con frecuencia, empacaba alimentos no perecederos

en cajas y los repartía a familias pobres en los barrios del Sur de la capital. “Acostumbraba a hacer limpieza de juguetes y nos dejaba sin nada para entregar todo a los niños necesitados”, puntualizó su hijo Manuel.

Un recuento de su historia muestra al Dr. Mario Saborío Ruiz como un hombre comprometido, no sólo con el desarrollo profesional que cumplió de manera excelente, sino también con la sociedad costarricense de aquel entonces que sufría por inexplicables y dolorosas muertes de sus niños como consecuencia de enfermedades congénitas, las mismas que él se propuso estudiar y tratar con gran éxito.

Agradecimiento especial:
Dr. Manuel Saborío Rocafort, hijo de este pionero, Director del Programa Nacional de Tamizaje y Jefe del Servicio de Genética Médica y Metabolismo en el Hospital Nacional de Niños.

Fotografías: Carlos Villalobos

Sobresaliente trayectoria

A pesar de que el Dr. Mario Saborío Ruiz murió a la temprana edad de 54 años, su legado para el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera perdurará por siempre. La vida de este médico costarricense está signada por grandes sacrificios.

La muerte de su padre le obligó a trabajar y estudiar simultáneamente para costear algunos gastos familiares. Luego, durante el tiempo de estudios universitarios en España careció de dinero para visitar su país en vacaciones y tuvo que trasladarse

de Madrid a Zaragoza para minimizar los costos de manutención.

Él contrajo matrimonio con una originaria de ese país europeo y tuvieron cinco hijos. La familia Saborío Rocafort se caracterizó por un gran desprendimiento y ayuda a las personas más desfavorecidas, sin fijarse en su condición social o estatus. El Dr. Saborío falleció como consecuencia de un cáncer de páncreas el 4 de noviembre de 1985, cuando fungía como Jefe de Servicio de Genética Médica y Metabolismo.

Fuente: Entrevista Dr. Saborío Rocafort

Marta Eugenia Ureña Mora

Pionera de corazón imparable



Durante una cálida tarde de febrero, Marta Eugenia Ureña Mora inauguró el proceso de entrevistas para redactar esta memoria alusiva al 45 Aniversario del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Como en todo inicio, la incertidumbre se dejaba sentir en aquella oficina de la Jefatura de Medicina acondicionada para la cita. No obstante, los vívidos recuerdos y la agradable personalidad de doña Marta se conjugaron mágicamente para crear un escenario ideal que nos permitió profundizar en los detalles de sus cuarenta años de trabajo en esta institución.

De tan sólo 23 años de edad, Marta fue elegida por Elena Ulloa Collado, quien en ese entonces era la Jefa de Sala de Operaciones y su profesora en la Escuela de Enfermería, para formar parte del nuevo y ambicioso proyecto.

“La idea de un hospital para niños era inminente. En el pabellón de Pediatría del San Juan de Dios siempre estuvieron muy estrechitos y la prioridad era para los adultos”, rememoró esta pionera con gran nostalgia.

Por eso, Marta no dudó en emprender el viaje junto a Elena, convirtiéndose en su

mano derecha en el plano laboral y en su amiga personal por más de veinte años.

“¡El día de la inauguración fue tan lindo! Era una fiesta, toda la gente entró para conocer las salas, los equipos, el edificio completo. Nosotros explicábamos de qué trataba nuestro trabajo”

En el arranque, los acontecimientos difíciles no fueron la excepción. Su tarea consistió en preparar el instrumental y los equipos para su uso. Este complicado reto se compensó con una mayor autonomía en la toma de decisiones, así como múltiples beneficios para el personal.

El equipo de colaboradores se hizo insuficiente para la cantidad de pacientes esperando recibir atención médica. Correspondía, entonces, laborar en dobles turnos para cumplir con la demanda. “De la puerta para adentro se me olvidaba que era 31 de diciembre, que había tope o que el país celebraba cualquier otra festividad; los días feriados no existían en aquellos años”.

En la Sala de Operaciones trabajaban cuatro enfermeras para cubrir los tres turnos correspondientes. “Algunas veces cumplimos jornadas de doce, dieciséis y hasta dieciocho horas. Por eso, siento al Hospital como mi hogar, porque aquí

pasé más horas que en mi propia casa”, comentó doña Marta.

Ciertamente, su figura de mayor influencia fue Elena Ulloa o “Elenita”, como todos le llamaban por cariño. Al recordarla con lágrimas en los ojos y acento pausado, Marta afirmó que, como Jefa de la Sala de Operaciones, Elenita ejerció de manera estricta y exigente pero con un inmenso sentido humanitario. “Ella fue insustituible en el ámbito profesional, la manera de aplicar nuevas técnicas e instruirnos me resultaba asombrosa”.

Cuando Elena Ulloa falleció, en 1980, doña Marta asumió la Jefatura. Ahí se mantuvo hasta el 2001, año en que terminaron sus labores como enfermera del Hospital.

“El paciente debe salir mejor que como entró al Hospital, éste es siempre un compromiso nuestro”

La Sala de Operaciones no fue su única pasión. Marta Eugenia, junto con un equipo de reconocidos colegas, fue la encargada del Laboratorio Experimental. Este sitio se convirtió en un refugio cada tarde, luego de su jornada diaria. Allí pasó horas incansables practicando intervenciones quirúrgicas en perros para perfeccionar las incipientes técnicas de la época.

Junto a sus colegas de la Sala de Operaciones y el Laboratorio Experimental, doña Marta dio enormes pasos en el campo de cirugía cardiovascular en niños

La Costa Rica de antaño carecía de un régimen académico formal para capacitar a especialistas de la salud en áreas tan novedosas. Por iniciativa del Dr. Sáenz Herrera, un grupo de profesionales costarricenses recibió formación en el extranjero, con el fin de mejorar la calidad de vida de nuestra niñez.

“Repetiría mi historia dentro del Hospital, fue una gran escuela para la vida. Le agradezco mucho a la institución que me capacitó para ampliar mis conocimientos”.

Marta Ureña fue una de las afortunadas. Ella realizó estudios en el Hospital de Niños de Texas, Estados Unidos. En este centro, fue capacitada para ejercer como perfusionista (persona responsable de que el corazón artificial o máquina de circulación extracorpórea funcione correctamente durante una cirugía) en su país natal.

Para iniciar las intervenciones quirúrgicas en niños se contó con el apoyo del Dr. Pliego, asesor mexicano quien instruyó a los encargados ticos de la máquina de circulación extracorpórea (aparato que asume las funciones del corazón durante una operación, es decir, que se encarga del bombeo y oxigenado de la sangre).

“Recuerdo que este doctor visitó el Hospital durante Semana Santa para iniciar, de una vez, con la bomba en niños. Yo traje ropa para quedarme la semana completa durmiendo en el

edificio. El lunes siguiente debíamos arrancar con el proyecto nosotros solos dirigidos por el Dr. Roberto Ortiz Brenes y la anestesia del Dr. Carlos Salazar Esquivel”, evocó doña Marta.

Aunque esta pionera se jubiló hace siete años, su trabajo dentro del Hospital Nacional de Niños no ha cesado. Actualmente es parte de la Junta de Salud, labor que combina con una participación entregada en la Legión de María y como Ministra de la Comunión de su parroquia.

Guarda dentro de sí numerosas satisfacciones. Las más memorables son haberse desarrollado en la rama de su preferencia, recibir formación de excelente categoría durante sus primeros años en ejercicio y disfrutar de los servicios de

alta calidad que brinda la institución a su personal.

Pero más allá de todos esos logros, su paso por el Hospital le enseñó sobre entrega, amor y afecto hacia su prójimo. En definitiva, doña Marta posee un corazón imparable que aún trabaja para los demás.

Fotografía página izquierda: aportada por Marta Ureña
Fotografía página derecha: Carlos Villalobos



Formación y trayectoria

Doña Marta es oriunda de Desamparados, San José. Estudió su profesión en la Escuela de Enfermería y recibió capacitaciones en México y Estados Unidos. En el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera —donde laboró 39 años— desempeñó el puesto de

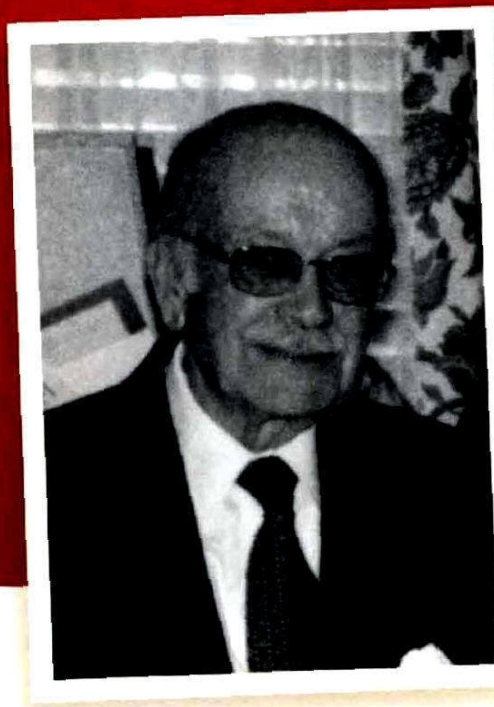
Subjefa y luego Jefa en Sala de Operaciones. Además, fungió como perfusionista de la máquina de cirugía extracorpórea.

Actualmente, disfruta de actividades espirituales y deportivas, a la vez que comparte mucho de su tiempo con sus trece hermanos y veinticinco sobrinos.

Fuente: Entrevista personal

Miguel Yamuni Tabush

Administrador de sueños



Con un ligero vistazo a la oficina de Miguel Yamuni Tabush conocimos sus grandes amores: su numerosa familia, su destacada labor como diplomático y su gusto por el buen café costarricense. Mientras se desarrollaba la entrevista para esta semblanza llamaron nuestra atención las fotografías que exhibe en dicho recinto, donde él se retrata con reconocidas personalidades de la política mundial, tales como las ex primeras damas de Estados Unidos Jacqueline Kennedy y Hillary Clinton.

Desde muy joven, don Miguel se ha desenvuelto como exitoso empresario al consolidar los negocios de la familia y como uno de los diplomáticos más sobresalientes del país. A pesar de ser un hombre con muchas obligaciones ha distribuido su tiempo para apoyar diversas obras de bien social.

“La salud de esos niños era la salud de los futuros ciudadanos”

Empresario y diplomático exitoso, altruista quien se vinculó con el proyecto del Hospital Nacional de Niños al ser miembro del Comité Directivo de la Junta de Protección Social. Para él la construcción del Hospital fue uno de los

mayores retos que debió enfrentar en su vida; ya que desde el inicio este centro médico fue concebido como uno de los mejores de la región con estándares de primera calidad.

“Para lograr esa meta era necesario recolectar una suma de dinero que parecía inalcanzable. El arranque del proyecto fue muy difícil, sobre todo por la carencia de recursos económicos. Para reunir parte del capital requerido, el Comité Pro Construcción del Hospital Nacional de Niños implementó diferentes estrategias como la Marcha del Colón y la Feria de las Flores”, reseñó don Miguel.

Dicho Comité estuvo conformado por médicos, abogados y administradores, quienes contribuyeron a enriquecer la visión de lo que debería ser un hospital pediátrico de rango mundial.

Miguel Yamuni estudió Administración de Negocios en el Assumption College de Windsor, Canadá. Además, recibió formación en Ciencias Económicas en Detroit Business University y Derecho en la Universidad de Costa Rica.

En 1962, el entonces presidente de Estados Unidos de América, John F. Kennedy, visitó Costa Rica en una misión diplomática. A Yamuni, por

ser funcionario de la Cancillería, le correspondió ser el guía del mandatario durante su estadía en el país.

Yamuni recuerda con claridad el ofrecimiento de Kennedy al constatar la magnitud del proyecto, el cual se consolidó con ayuda de un millón de dólares a través del programa Alianza para el Progreso.

“Tener un hospital pediátrico como el que tenemos es un orgullo para Costa Rica”

Todos los involucrados en el proyecto tenían un objetivo concreto: ser el mejor hospital y centro de investigación pediátricos de la región. Para ello, al no existir una institución similar en el país que dictara los parámetros orientadores, se recurrió a la colaboración de centros médicos internacionales con amplia experiencia.

Así, los pioneros del proyecto como los doctores Sáenz Herrera, Ortiz Brenes y Loria Cortés, entre otros, establecieron nexos con hospitales latinoamericanos y estadounidenses que sirvieron de guía y respaldo para poner en funcionamiento un verdadero hospital pediátrico.

En su discurso de la ceremonia inaugural, el entonces presidente de la

Como miembro de la Junta de Protección Social de San José, ayudó a sostener el proyecto del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera en sus primeros años de vida

República, Francisco Orlich, aseguró que el Hospital Nacional de Niños siempre tendría lo necesario para un adecuado funcionamiento mientras él ocupara la presidencia. En lo personal, Miguel Yamuni atesora ese momento por lo que representó y aún representa para el país.

Durante sus dos primeros años, el nosocomio fue administrado por la Junta de Protección Social. Los miembros del Comité Directivo continuaban con los esfuerzos para conseguir más recursos que permitieran mejorar las condiciones del equipo técnico y humano. En esa época, todos los hospitales que estaban bajo el mando de la Junta recibían los ingresos provenientes de la lotería nacional. En 1976, por Ley de la República, todos los centros hospitalarios fueron asumidos por la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS).

Para Miguel Yamuni, el Hospital Nacional de Niños es una de las mayores satisfacciones de su vida. "Tener un hospital pediátrico como el que tenemos es un orgullo para Costa Rica. Primero, porque estamos velando por la salud de nuestros futuros

ciudadanos y, segundo, por la parte investigativa", apuntó.

Aunque el trabajo fue arduo y se prolongó durante muchos años, Miguel Yamuni no titubeó en afirmar que realizaría ese esfuerzo titánico nuevamente por una institución como el Hospital Nacional de Niños. Él considera que las obras de esta magnitud reflejan la clase de ciudadanos que habitan el país.

Fotografías: aportadas por la Gerencia del Parque de Diversiones



Trayectoria política

Miguel Yamuni Tabush es uno de los diplomáticos más destacados de Costa Rica desde su incursión a dicho servicio en 1960. Una de sus primeras misiones fue atender al ex presidente de Estados Unidos John F. Kennedy en la visita que realizó al país en 1962.

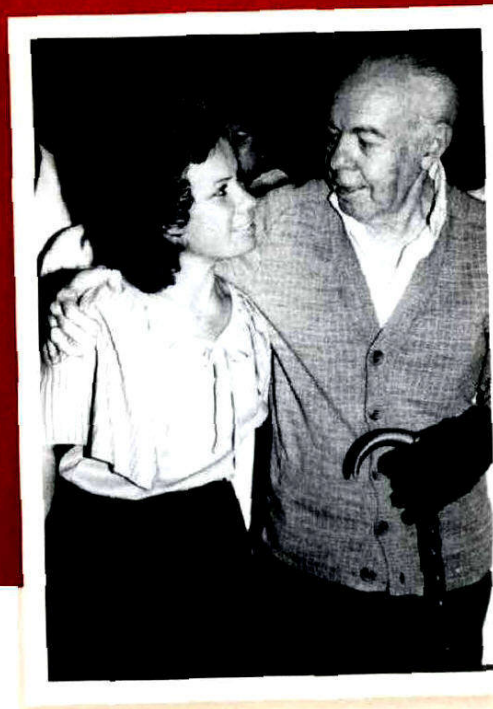
Durante treinta años se

desempeñó como embajador de Costa Rica en el exterior. Yamuni estuvo al frente de las embajadas en Líbano, Egipto, Jordania, Siria, España, Marruecos, Kuwait, Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Kenia, Panamá y Gran Bretaña. Actualmente, es asesor honorario de la Cancillería costarricense.

Fuente: Entrevista personal

Norma L. Quirós Solís

La pequeña mamá



“ La creación del Hospital Nacional de Niños fue un evento maravilloso para el país, nacido en el corazón soñador y visionario del Dr. Carlos Saenz, y dedicado a los seres más preciosos que tenemos en esta Tierra querida: nuestros niños, semillero de esperanza y bendición para el futuro”. Con esta poética descripción sobre los inicios del Hospital arrancó la entrevista realizada a Norma L. Quirós Solís, una pionera quien dedicó más de cuarenta años de su vida como funcionaria en el área administrativa del Hospital Nacional de Niños.

Bastó que su pequeña y llamativa figura cruzara la puerta principal de este centro médico, para percibir el enorme cariño que esta mujer había logrado cosechar a su paso por el Hospital. A los efusivos saludos de muchos de sus ex compañeros de trabajo que fue encontrando en los pasillos, doña Norma respondió con cálidos abrazos y una singular sonrisa. Luego, con sus sentimientos a flor de piel y con gran entusiasmo y agradecimiento, Normita —como ella misma se presentó ante nosotros— relató durante una extensa y agradable plática anécdotas que le embargaron de emoción desbordante y que en diversos momentos de la conversación le quebrantaron la voz.

Cuando era muy joven se planteó dos posibles escenarios de vida: formarse como monja misionera para servir a Dios ayudando a los más necesitados o laborar para el Hospital Nacional de Niños. Acudió muy temerosa e insegura a la primera entrevista con la Licda. Iris Milano, Subadministradora y una de las encargadas de contratar personal para el nuevo centro médico especializado en infantes.

“Luego de un par de semanas de haber sido entrevistada recibí un telegrama en donde la licenciada Milano me indicó que tenía un puesto como funcionaria del Hospital y me felicitó porque mi examen presentaba la calificación más alta de todas las que habían concursado. En aquel entonces lo sentí como un empujoncito y clara dirección de Dios acerca de dónde servirle, porque mi familia tenía grandes carencias económicas”, narró doña Normita.

“El Hospital no lo conforman estas frías paredes, somos nosotros quienes le damos vida”

Desde su puesto como Jefa del Departamento de Proveeduría tuvo muchas dificultades, pero la principal siempre fue el presupuesto para la importación de equipos médicos e insumos especializados, desde antes de que el Hospital abriera sus puertas. Según ella, Dios le

dio la sabiduría y gracia para acudir a ministerios, bancos, aduanas y empresas tocando puertas sin ningún temor para obtener el respaldo o realizar gestiones muy especializadas en beneficio de los pequeños. “Yo les hablaba en nombre de Jesús y de los niños para convencerlos. Les daba dos opciones de respuesta: si o si, créame que nunca acepté una contestación diferente a esta”, afirmó sonriente.

Entre las muchas anécdotas que compartió sobre su paso por el Hospital, una detalla cómo Normita se encerraba (durante largas horas de trabajo) con el Dr. Saenz en la Dirección Médica para “hacer números, decidir prioridades y estirar el limitado presupuesto”. Utilizaba la misma pizarra que aún se encuentra en dicha oficina, la cual fue el instrumento de estos dos pioneros para priorizar asuntos del Hospital y tomar decisiones críticas en relación con la adquisición de recursos materiales.

Para esta gran mujer, fue una bendición tener la oportunidad de brindar cuidados y amor a los niños, más allá de sus labores administrativas. Doña Norma se caracterizó por ser una luchadora firme, audaz e incansable a favor del bienestar de los más pequeños; principalmente, cuando se requería solicitar un favor para salvar una vida o mejorar la salud de esta población.

Normita consagró su vida al cuidado y bienestar de los niños. Desde el Departamento de Proveeduría se encargó de suministrarles lo mejor a pacientes, familiares y médicos

Las lágrimas que brotan desde sus adentros evidencian las tantas alegrías que aún lleva consigo. “La gracia de que Papito Dios me enseñara a tocar corazones más que puertas de instituciones o empresas, se transformó muchas veces en momentos de inmensa dicha”, recordó Normita con la satisfacción que brinda el deber cumplido más allá de los límites establecidos.

Su esmero y dedicación siempre sobresalieron, por eso, no fue extraño que le ofrecieran otros empleos ajenos al Hospital. Seis años después de ingresar a dicho centro médico, se le presentó la oportunidad de trabajar en Intercount, una empresa en donde ganaría hasta tres veces su salario, junto con la opción de disfrutar una beca de estudios en Estados Unidos. Luego de pensarlo por varios días, habló con la Licda. Marielos Porrás, Administradora del Hospital, para poner su renuncia.

Una semana después la llamó la Srita. Marielos para decirle que la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños había acordado darle un cheque adicional por mes con un monto representativo (el cual recibió por, aproximadamente, dos años) a cambio de que se quedara en su puesto en el centro médico. “Era un monto menor al que me habían ofrecido, pero fue una muestra de respaldo y cariño increíble. Hoy, con 40 años de historia en este querido Hospital, debo decirle... nunca me arrepentí de haberme quedado”, rememoró con lágrimas en sus ojos.

Sin duda, su instinto y espiritualidad le mostraron el mejor camino. “Esta labor administrativa me bendecía, yo era un eslabón más, parte del gran equipo que trabajaba unido, coordinado, entregado a los niños, con mística y procurando la excelencia. Así, comenzó mi pasión por los niños”, detalló.

Durante muchos años, esta funcionaria brindó cariño y amor, tanto a sus compa-

ñeros como a los infantes hospitalizados, convirtiéndose así en una mamá para muchos de ellos. Por ejemplo, acostumbraba visitar a los niños en los salones fuera de sus horas de trabajo para una “chineadita”, contar cuentos, cantar canciones de Cricri o darles de comer por su mano.

“Para cumplir con las funciones que me fueron asignadas nunca tuve temor de tocar ninguna puerta, por alta que fuera y Dios me respaldó”

Normita recuerda con mucho cariño al Dr. Carlos Sáenz Herrera: “Él nunca se fue de aquí, sigue vivo en todo lo que es honesto”. Otra de sus emotivas anécdotas se remonta a la Navidad cuando el Dr. Sáenz saludaba a cada uno de los empleados con un fuerte abrazo y una felicitación por la época. Las personas lo esperaban en los salones o los pasillos para recibir el saludo. Este gesto tan humano fue un regalo invaluable para los colaboradores.

La humildad y sencillez del Dr. Sáenz se materializaban en los pequeños detalles. “Él almorzaba en el comedor del Hospital con el resto de empleados, hacía la fila y compartía con

todos; se preocupaba por educar con el ejemplo. Para su último cumpleaños dentro de la institución formaron un coro con el fin de festejarlo y demostrarle el cariño que todos le tenían. Fue como un papá para todos nosotros, era brillante, visionario, sensible y sonador, de una tremenda calidad humana. Él se encuentra aún vivo en mis mejores memorias, es un honor haber trabajado tan cerca de este hombre”.

El día de su despedida como funcionaria del Hospital, el equipo de trabajo que tuvo a su cargo le obsequió una placa grabada con un emotivo mensaje: “Para Normita, nuestra pequeña mamá, de sus hijos grandes”, como respuesta a sus enseñanzas, mano firme, consejos y cariño, característicos del amor de una madre.

Fotografías: Carlos Villalobos



Trayectoria profesional

Durante toda su vida, Norma L. Quirós Solís se ha caracterizado por ser una mujer decidida, íntegra, eficiente, exigente y, sobre todo, amorosa.

Empezó a trabajar desde los 13 años de edad debido a las dificultades económicas en su hogar. En el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera laboró 40 años con dedicación, mística y ética. Desde hace cinco está disfrutando de su jubilación.

Fuente: Entrevista personal

Normita era la cara íntegra e insobornable del centro médico frente a los proveedores, por lo cual nunca permitió ningún acto de corrupción en su Departamento. Los recuerdos que lleva consigo de este lugar son muy gratos, uno de los más preciados es un broche de oro con el emblema de la institución que recibió de manos del Dr. Rodolfo Hernández Gómez, actual Director General del Hospital.

Norma Wright Rose

La consigna: dar lo mejor en el trabajo



Con el claro objetivo de convertir a la Sección de Pediatría del Hospital San Juan de Dios en uno de los mejores centros de tratamiento médico para niños en Costa Rica, Norma Wright Rose inició su carrera como enfermera clínica a mediados de la década de los cincuenta.

Recién graduada de la Escuela de Enfermería, a escasos 21 años de edad, doña Norma mereció un puesto en la Sección de Obstetricia del Hospital San Juan de Dios. Allí se mantuvo por poco más de un año; sin embargo, solicitó traslado de sección para pasar al horario diurno.

“El turno de la tarde se me complicaba... yo era una joven que quería ir al teatro, pasear, ese horario era como la muerte para alguien de mi corta edad. Fui donde la Subdirectora y le dije que necesitaba cambiarme”, relató doña Norma. “Creo que ella me envió a Pediatría para solventar un problema de falta de personal. Algunos lo sentían como un castigo por la dificultad de atender niños, pero para mí fue el inicio de una hermosa trayectoria”.

Gracias a su mística y dedicación en el cuidado médico de infantes, la

enfermera Wright —junto con sus compañeras y superiores— se propuso darle un impulso a su profesión y a las técnicas relacionadas. La carga de trabajo y el nivel de exigencia en Pediatría eran superiores, en comparación con el resto de secciones; por lo tanto, la norma siempre fue dar lo mejor de sí mismas.

Su visión y entrega la llevaron más allá del salón de Pediatría del Hospital San Juan de Dios. En una oportunidad, el Dr. Rodrigo Loria Cortés le comentó que había sido seleccionada para disfrutar de una beca en la Universidad de Wayne State, en Detroit. “Yo estaba casada y tenía mi primer hijo, entonces le dije al Doctor que debía consultarlo con la familia, ellos me apoyaron y la acepté”, señaló complacida.

“Cuento con la satisfacción de saber que lo que una sembró se multiplicó, no sólo en Enfermería sino entre los demás compañeros”

En este centro formativo se especializó en Administración de Servicios de Enfermería y Enfermería Pediátrica, con el fin de regresar a Costa Rica como Subdirectora de un nuevo hospital que se construía en las cercanías del asilo para enfermos mentales.

Así comenzó su historia en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Impulsada por unas enormes ganas de trabajar, enfocó sus metas de excelencia y desarrollo en el recién inaugurado proyecto.

Durante la etapa preparatoria, los ingenieros le consultaban a Norma sobre la distribución del espacio y la colocación de cunas, camas y mesas; entre otros aspectos relevantes. Todo el conocimiento que traía del exterior debía quedar plasmado allí. Por este motivo, desarrolló un plan organizativo adaptado a las necesidades costarricenses junto a quien fue su tutora, Florita Arce. El período de planificación abarcó, aproximadamente, dos años.

En su departamento, doña Norma colaboró en la administración de todos los servicios de enfermería, enseñanza de aspectos técnicos y supervisión de los quehaceres. Ella fue respetada, apreciada e, incluso, temida; aún hoy muchos la recuerdan con cariño, luego de diecinueve años de haberse retirado.

“Yo exigía manejar los medicamentos con extremo cuidado y suministrarlos a los niños a su tiempo. Siempre intentamos dar la mejor atención”, aseveró. Una de sus labores más distinguidas fue

Desde sus inicios como enfermera pediátrica, Norma Wright Rose trabajó bajo un modelo vanguardista y moderno en cuanto a técnicas de atención a pacientes

la transmisión de conocimientos a las enfermeras supervisoras y ellas, a su vez, a sus subalternas. Para lograrlo, debía estar al tanto sobre las técnicas de enfermería más novedosas y, de esa manera, ser capaz de supervisar que todo se hiciera en regla.

Los rumores entre las enfermeras y auxiliares que entraban nuevas al Departamento sugerían que allí se trabajaba hasta veinticuatro horas sin descanso. Pero la realidad era otra, el sistema de trabajo se basaba en metas claras y bien definidas para que las labores se realizaran de manera fluida a pesar de su alto nivel de dificultad.

Este fue, quizá, uno de los mayores retos, ya que derivaba en escasez de personal. En vista de ello, el Departamento de Enfermería luchó por obtener parte importante del presupuesto con el fin de becar y preparar nuevas profesionales.

“Fue una etapa de mi vida que disfruté muchísimo; si volviera a nacer, haría lo mismo”

La oportunidad de recibir mejor formación académica motivó a las colaboradoras a dar lo mejor de sí mismas y entender el porqué de las exigencias de las superiores. “Me he topado a compañeras de trabajo y subalternas que dicen que hasta años después se dieron cuenta de qué era lo que nosotras queríamos”, manifestó doña Norma.

Las vicisitudes de su trabajo en cuanto a organización de personal y

cumplimiento de todas las tareas se acrecentó cuando tuvieron que coordinar con el cuerpo médico. En algunas ocasiones, los doctores tenían ciertas exigencias imposibles de cumplir por parte de Enfermería.

“Aunque ya no estoy ahí, siento que les dejé un pedacito mío. Robé a mi familia muchísimas horas para el Hospital, ellos son una familia paralela”

“Yo me peleaba todos los días con el Dr. Ortiz, él era muy mandón pero yo lo era más... imagínese usted, una sala de operaciones lindísima y tuve que decirle que no podíamos abrirla en la fecha que ellos pensaban porque no contábamos con el personal, no había gente. Después me llegó a entender y nos hicimos grandes amigos”, narró esta enfermera.

Actualmente, conserva gratos recuerdos de todos sus compañeros de trabajo, quienes siempre fueron un grupo muy unido. Doña Norma asegura que sigue la trayectoria del Hospital a través de los medios de comunicación y se siente identificada de manera muy positiva cuando se entera de avances recientes en la medicina pediátrica de esta institución.

Fotografías: Carlos Villalobos



Doña Norma y su labor social actual

Segura de que la edad no es impedimento para realizar obras benéficas y dueña de un espíritu jovial, Norma Wright Rose ha laborado muchos años en actividades que favorecen a grupos en riesgo social.

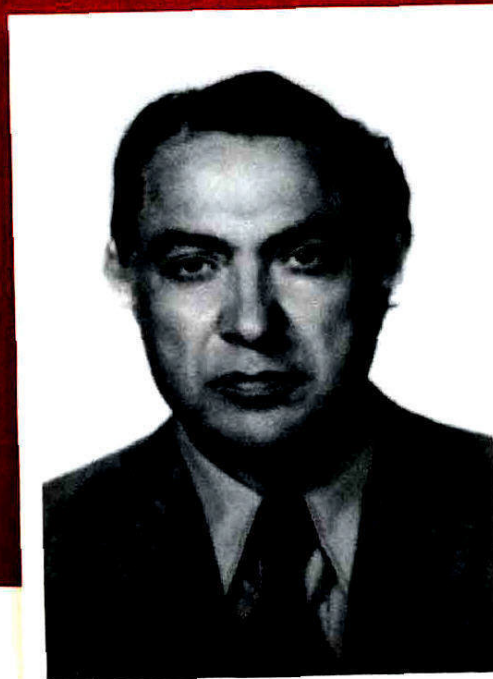
Junto a su esposo Raymond Scott, participa como líder comunal en la Municipalidad de su cantón. Además, es miembro del Club de

Leones y preside la Asociación de Desarrollo Laboral Femenino Integral (ASODELFI), en donde trabaja conjuntamente con otras instituciones de ayuda a mujeres. Asimismo, colabora en el área administrativa de su iglesia. Es madre de cuatro hijos varones y abuela de dos nietos. Actualmente tiene 77 años de edad.

Fuente: Entrevista personal

Óscar Fernando Tristán Castro

Médico, político, educador y artista de corazón



Con seguridad puede afirmarse que existe más de un corazón costarricense agradecido por la labor del Dr. Óscar Tristán Castro en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Su iniciativa, inteligencia y constancia marcaron la pauta en el área de cirugía cardiovascular en los albores de la década de los cincuenta.

La historia de este galeno recobró vida mediante los relatos de su hija mayor Cecilia Tristán Trelles y de su alumno y colega el Dr. Abdón Castro, quienes nos compartieron muchísimos detalles e interesantes anécdotas acerca de este distinguido profesional.

Cuando se inauguró el Hospital Nacional de Niños, el Dr. Carlos Sáenz le pidió a don Óscar hacerse cargo de la consulta de Cardiología para convertirse así en el primer cardiólogo de dicho centro médico y dar origen a este Servicio, tal y como lo conocemos hoy.

El Dr. Tristán Castro se encargó, entre otras funciones, de realizar los cateterismos (introducción de una sonda por la pierna para llegar al corazón por medio de una vena o arteria, con el fin de medir presiones y gases en la sangre); un procedimiento que actualmente se realiza de forma rápida y mecánica pero que, en

aquel entonces, tomaba un día completo para diagnosticar a un solo niño.

Óscar Tristán inició sus estudios de Medicina en Santiago de Chile pero, por razones de salud, los finalizó en la Universidad de Tulane, Luisiana. En 1954 obtuvo un postgrado en Cardiología en la Escuela de Medicina de Harvard, Boston. Además, hizo un año de rotación en el Charity Hospital de Luisiana y seis meses más en la Sección de Tórax (tuberculosis) de ese mismo hospital.

A su regreso al país, se desempeñó como médico durante seis años en el Sanatorio Carlos Durán, a cargo de las secciones de Cardiología y Niños. Uno de sus mayores amores fue el Hospital Nacional para Tuberculosis (hoy Raúl Blanco Cervantes), donde entregó muchos años de su trayectoria profesional para el Servicio de Función Cardiopulmonar, principalmente.

“El Dr. Tristán contaba que la época de la epidemia de tuberculosis fue muy triste porque no existían medicamentos para frenarla y las operaciones deformaban muchísimo al paciente”, resaltó el Dr. Abdón Castro, Jefe del Departamento de Medicina del Hospital, durante una conversación sobre su mentor y colega.

Este prestigioso galeno escribió diversos artículos y estudios de casos para

publicaciones como el Acta Médica Costarricense del Colegio de Médicos y Cirujanos y la Revista Médica del Hospital Nacional de Niños. Junto a sus colegas Carlos Arrea y Roberto Galva realizó el análisis denominado “Complicaciones pleuro pulmonares de origen especialmente estafilocócico”, el cual presentaron en París en el año 1971.

“Con él aprendí mucho sobre la especialidad de Cardiología. Era una persona muy especial en todos los aspectos de su vida, era un gran conocedor de la medicina de la época”, destacó el Dr. Castro.

Don Oscar se caracterizó por ser un hombre elegante y de buena apariencia; pero también inteligente, brillante y asiduo lector. Él fue el primer médico en hacer ecocardiografía o ultrasonido del corazón en nuestro país. Se capacitó en esta especialidad en New Orleans y consiguió una donación para compra de equipos médicos de ecocardiograma por parte del Instituto Nacional de Seguros (INS).

Aunque desde muy joven, Óscar Tristán ya era amante de la literatura, la pintura y el arte en general, durante las dos últimas décadas de su vida se dedicó a escribir cuentos cortos. Su hija Ana Gabriela Tristán Trelles publicó, en el año 2007 y bajo la autoría del Doctor,

La trayectoria y aportes de don Óscar en el área de cirugía cardiovascular y en el arte costarricense son producto de admiración para sus colegas y quienes lo conocieron

el libro "Fruslerías", el cual encierra un compendio de fábulas e historias escritas por don Óscar en dedicatoria a sus nietos.

Cada palabra de este literato nos acerca a un pedacito de su vida, nos dibuja en la mente su forma de sentir y percibir lo que le rodeaba. Es un regalo al lector y constituye un texto repleto de historias breves, entretenidas y amenas.

"Los abuelos tienden a disimular las faltas de los nietos, posiblemente en parte porque saben que estos no solamente les corresponden con generosidad, sino porque antes sus haceres y quehaceres les siguen muy bondadosamente la corriente. Tal vez en el futuro alguno sienta placer al leerlo... Si así fuera, tal cosa sería el mejor complemento a la satisfacción que he sentido al escribirlo", manifestó don Óscar Tristán en la inscripción de *Fruslerías*.

Este multifacético pionero incursionó también en el ámbito político. Fue Ministro de Salud durante la Administración Orlich, en los años 1964, 1965 y parte del 1966. "Por encima de trincheras de pequeños y grandes intereses profesionales y de grupos, se avocó a mejorar la organización del Ministerio y a hacer más eficiente el funcionamiento de las instituciones que debían velar por la salud, así como a lograr una adecuada distribución de los recursos económicos", señaló Cecilia Tristán en su discurso durante un homenaje a exministros en el Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica.

Don Óscar trabajó por muchos años en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Al pensionarse, siguió

ejerciendo en el Hospital Raúl Blanco Cervantes (al cual nunca dejó de llamar "hospital antituberculoso"). Fue un cardiólogo estricto, disciplinado y exigente, algunos le consideraban "una enciclopedia andante" por su nivel académico.

Además de ser médico, político y escritor, don Óscar se desempeñó como profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Costa Rica. Asimismo, fue expositor de arte, caricaturista y pianista. Fue admirado, también, por su gran biblioteca y su colección arqueológica de piezas indígenas en jade y piedra.

Su salud era muy frágil. A los 40 años de edad sufrió un infarto que le quebrantó físicamente y le obligó a cuidar aún más este aspecto. El Doctor se pensionó a los 65 años y se avocó más intensamente a escribir, pintar, pescar y componer música,

entre otras actividades de su agrado. Él falleció en enero de 2004, a la edad de 85, como víctima de otro ataque cardíaco.

Agradecimiento especial:
Cecilia Tristán Trelles, hija de este pionero y ex funcionaria del Hospital Nacional de Niños.
Dr. Abdón Castro, Jefe del Departamento de Medicina del Hospital Nacional de Niños.

Fotografías: aportadas por Cecilia Tristán



Trayectoria y aportes

El legado del Dr. Óscar Tristán Castro ha sido foco de admiración en diversas instituciones del país. Su hija Cecilia Tristán Trelles le representa en cada homenaje que le han hecho para contar un poco de la sobresaliente trayectoria de este médico.

El Dr. Tristán formó una familia con la estadounidense Pura Trelles y tuvieron cinco hijos, quince nietos y doce bisnietos.

Sus padres fueron reconocidos educadores de la primera mitad del siglo pasado. Él nació en San José en setiembre de 1918 y murió en enero de 2004.

Brindó múltiples aportes en varias instituciones médicas costarricenses, siendo el Hospital Nacional de Niños y el Hospital Nacional para Tuberculosis los dos centros de salud en donde se desempeñó por más tiempo.

Fuente: Entrevista a Cecilia Tristán y Abdón Castro

Roberto Ortiz Brenes

Padre de la cirugía cardiovascular infantil



Roberto Ortiz Brenes está ligado al Hospital Nacional de Niños desde que esta institución fue concebida en la década de los años cincuenta. Gracias a su rigurosidad, entrega, honestidad y altruismo este pionero se convirtió en uno de los mejores cirujanos pediátricos del país y en el ángel protector de miles de niños.

Don Roberto decidió estudiar Medicina motivado por el ejemplo del Dr. Ricardo Moreno Cañas. Luego de graduarse como médico cirujano de la Universidad Autónoma de México, regresó a Costa Rica en 1949 para incorporarse al equipo del Servicio Barrio Nuevo en el Hospital San Juan de Dios.

El contacto constante con los menores en dicha unidad, que brindaba atención quirúrgica a niños, niñas y mujeres, motivó al Dr. Ortiz a especializarse en cirugía infantil.

Gracias a una beca gestionada por su jefe, el Dr. Jorge Vega, viajó en 1951 al Children's Memorial Hospital de Chicago, Estados Unidos, para entrenarse al lado de uno de los pioneros de la cirugía infantil, el Dr. Willis Potes.

Durante su estancia en Estados Unidos se enteró de la epidemia de poliomielitis que

afectaba al país. Por eso, a su regreso, trabajó arduamente con el Dr. Carlos Sáenz Herrera en la creación de la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños, la cual se encargaría de administrar las donaciones que se recibieran para cubrir necesidades urgentes de compra de equipo o medicamentos específicos. Estos recursos se destinarían a la atención inmediata de pacientes hospitalizados, ya que el presupuesto asignado siempre resultaba insuficiente.

Juntos concibieron una campaña llamada la Marcha del Colón, la cual pretendía que cada costarricense donara —al menos— un colón para la edificación del Hospital Nacional de Niños, así nació la primera fuente de ingresos para la construcción del centro médico, tocando los corazones del pueblo.

“Todo médico deber ser siempre humano, y cuando deja de ser humano, deja de ser médico”

El Dr. Roberto Ortiz es considerado el cerebro financiero del Hospital Nacional de Niños por las estrategias que ideó para recaudar fondos. Bajo su liderazgo, el Comité Central de la Asociación creó la célebre Feria de las Flores.

Como parte de los atractivos de dicha actividad, se instalaban kioscos en el Parque

Morazán para que los representantes de las distintas embajadas vendieran productos típicos y exquisitos que importaban de forma directa desde sus respectivos países. Gracias al compromiso y entrega de la gente la Feria se hizo cada vez más popular y exitosa, al punto de que se convirtió en una de las principales fuentes de ingresos para el Hospital y en un evento muy popular a donde se hacía presente la “crema y nata” de nuestra sociedad.

Otra de sus grandes ocurrencias fue invitar al presidente de los Estados Unidos, John E. Kennedy, para que conociera las instalaciones del centro hospitalario durante su visita a Costa Rica en 1962. Esta iniciativa fructificó en la donación de una elevada suma de dinero y de equipo médico por parte del Gobierno norteamericano.

Desde la inauguración del Hospital en 1964 y hasta su retiro en 1984, don Roberto fue el Jefe del Departamento de Cirugía. Durante estas dos décadas logró conformar y consolidar uno de los mejores equipos de cirujanos infantiles del país.

El galeno era conocido por su rigidez, perfeccionismo y su particular forma de decir las cosas “sin anestesia”. En su oficina tenía un pisapapeles en forma de poliedro cuadrangular que decía en sus caras: Peligro, Jefe explotando, Sonriase,

El Dr. Ortiz fue el primer cirujano infantil en Costa Rica, uno de los fundadores del Hospital Nacional de Niños y principal motor en la creación del Parque de Diversiones

Jefe contento; Silencio, Jefe pensando y No siempre el Jefe tiene la razón, pero siempre es el Jefe.

Gioconda Delcore, secretaria de Roberto Ortiz durante diez años, recuerda que el grupo de médicos era extraordinario. “La primera vez que el Dr. Ortiz y su equipo hicieron una cirugía extracorpórea (a corazón abierto) nos unimos mucho. Para nosotros fue un gran acontecimiento, todo mundo rezaba, desde el mensajero hasta los guardas, todo mundo. Fue algo trascendental para todos los que teníamos que ver algo con el Hospital”, destacó.

Desde su estadía en Chicago, el Dr. Ortiz tuvo la idea de implementar en Costa Rica un Laboratorio Experimental que permitiera perfeccionar las técnicas quirúrgicas en perros antes de realizarlas en los niños. Después de superar muchos obstáculos, logró materializar su sueño.

El proyecto no era bien visto por algunas personas debido a que se utilizaban animales, pero el galeno justificaba la importancia de la práctica para lograr operaciones exitosas. En una ocasión aseguró que “si un niño recién nacido pudiera hablar cuando va a ser sometido a una intervención quirúrgica grave, le diría al cirujano: «opereme bien y déjeme bonito, pues espero vivir setenta años»”.

“Vivir siendo útil a la Patria, a la familia y a la sociedad es cumplir con Dios”

Los padres y las madres de los pequeños pacientes siempre agradecieron el amor y entrega que este médico ofrecía a los niños. Por eso, no era de extrañar que a muchos recién nacidos los bautizaran con el nombre Roberto, en honor al Dr. Ortiz. Una vez cuando llegó a la Clínica Bíblica, lo saludó un muchacho llamado Ornes. Él les contó a sus compañeros de trabajo: “¿Saben por qué me llamo Ornes? Porque

este doctor me salvó la vida cuando nací y, entonces, a mi padre se le ocurrió bautizarme Ornes, que son las dos primeras letras de Ortiz y las tres últimas de Brenes”.

En su afán por evitar sucesos lamentables, se unió al grupo que ideó e impulsó la creación de un lugar donde los infantes pudieran jugar sin peligros latentes. Así nació el proyecto del Parque de Diversiones, sitio que lleva su nombre.

Con la instauración de este centro de atracciones se cumplieron dos importantes propósitos de la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños: generar sana diversión para la niñez y la juventud y garantizar otra entrada de dinero para el Hospital, el cual era celosamente administrado por este grupo. Así, a finales de la década de los años setenta se comenzó a dar vida a dicha iniciativa.

«El niño sano ayuda al niño enfermo» es la premisa que ha impulsado todos estos años al Parque de Diversiones

Al hablar de este sitio recreativo, el Dr. Roberto Ortiz decía: “El Parque de Diversiones fue uno de los proyectos que más satisfacción me ha dado, después de la



creación de nuestro Hospital. A la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños le tomó varios años planificarlo y analizar su rentabilidad. Además, tuvimos que luchar porque no fue fácil elegir los terrenos, el financiamiento para adquirirlos y, posteriormente, equipar el complejo”.

Aunque el 4 de setiembre de 2008 Roberto Ortiz Brenes dejó este mundo, su huella perdurará a través del tiempo en cada sonrisa de los niños, jóvenes y adultos que visitan ese recinto de entretenimiento.

Agradecimiento especial:

Gioconda Delcore, secretaria del Dr. Roberto Ortiz Brenes en el Hospital Nacional de Niños.

Norma Quirós de Mantilla, ex Jefa del Departamento de Proveeduría del Hospital Nacional de Niños.

Memorias del Hospital Nacional de Niños “Dr. Carlos Sáenz Herrera”.

Fotografías: Carlos Villalobos

Trayectoria profesional

Durante más de 30 años de carrera profesional, las manos de Roberto Ortiz efectuaron treinta mil cirugías, de las cuales dos mil fueron a pacientes con problemas cardíacos.

La ejemplar trayectoria del Dr. Ortiz le mereció gran cantidad de reconocimientos tales como los títulos de miembro honorario de la Cirugía Pediátrica en Colombia,

Perú, Argentina, Francia, San Salvador, Guatemala, España, Inglaterra, Japón y Estados Unidos.

Asimismo, preocupado por el incremento de los accidentes de tránsito, don Roberto se dio a la tarea de crear el Consejo de Seguridad Vial y la Ciudad Vial en el Parque Metropolitano La Sabana. Fue director de esta entidad de 1978 a 1987.

Fuente: Recopilación bibliográfica

Rodrigo Loria Cortés

Formador de formadores, líder de líderes



Ministro de Salud, médico, docente, músico, pescador, escritor... un ser humano de muchas facetas; todas ellas brillantes. Así fue el Dr. Rodrigo Loria Cortés, primer Jefe del Departamento de Medicina en el Hospital Nacional de Niños y uno de los hombres de confianza del Dr. Carlos Sáenz Herrera.

El Dr. Loria estudió la carrera de Medicina en México. Posteriormente se trasladó a Francia para especializarse en Pediatría. A su regreso, laboró en la sección de Recién Nacidos del Hospital San Juan de Dios, sitio en donde forjó una gran amistad con el Dr. Sáenz Herrera, quien posteriormente lo eligió para establecer —junto a otros profesionales— un centro médico infantil, único en su género en nuestro país.

Don Rodrigo fue Ministro de Salud durante la administración del presidente José Figueres Ferrer, cuando aún no cumplía los 30 años de edad. Esta característica lo convirtió en el Ministro más joven y en blanco fácil de los medios de comunicación; no obstante, su excelente labor desde dicho puesto le hizo merecedor del respeto y admiración de muchísimas personas en el ámbito nacional. En el Ministerio, sus

principales aportes se relacionaron con la vacunación y la mejora de la calidad de las aguas.

Se caracterizó por ser un hombre muy bien documentado, quien nunca hacía referencia a temas que no conociera. Fue docente pero también muy buen estudiante, excelente lector y gran orador.

En el Hospital Nacional de Niños fue pionero de las reuniones, congresos, organización de semanas pediátricas y formación de residentes, entre muchas otras actividades.

Sus compañeros de carrera le llamaban “el Coronel”, por ser una persona diligente y con gran don de liderazgo. “No era autocrático sino que daba alternativas para exponer las ideas y era respetuoso de las opiniones de los demás, siempre y cuando lo que uno planteaba tuviera bases. Rodrigo Loria era un ser humano muy especial”, detalla el Dr. Carlos Arrea Baixench, al conversar sobre las vivencias con su colega Loria Cortés.

El Dr. Loria fue formador de grandes médicos como Rodrigo Núñez Blanco, casi todos los galenos del Hospital estaban bajo su supervisión y tutela. “A pesar de ser el Jefe de todos los Servicios de Medicina, nunca escuché

un regaño grosero de parte de él para nadie, lo hacía sin altanería. Era estricto pero decía las cosas con mucho tacto”, explicó Ana Lillian Soto, secretaria de este pionero desde la inauguración del Hospital hasta el día de su muerte.

Cuando finalizó la construcción del Hospital Nacional de Niños, don Rodrigo asumió la tarea de trasladar a los pequeños internados en el Hospital San Juan de Dios hasta el nuevo centro de salud. Él organizó todos los servicios de Medicina antes de la inauguración y fue quien administró y vigilo su correcto funcionamiento durante las dos primeras décadas. Nunca aceptó la Dirección General del Hospital cuando el Dr. Carlos Sáenz se retiró, ya que dicha responsabilidad le limitaría para ejercer su carrera.

Como Director del Departamento de Medicina, Rodrigo Loria instauró el sistema de pasar visita en todos los Servicios. En estas rondas revisaba los expedientes de cada niño internado, con el fin de verificar que tuvieran los datos completos (peso, talla, presión arterial y otros). “Yo iba a hacer la ronda con él para, luego, enviar una carta a los médicos en donde se les indicaba el número de expediente y los datos que faltaban... así se corrigió este aspecto”, puntualizó doña Ana Lillian.

Desde la concepción del Hospital de Niños, el traslado y organización de los pequeños internados y, posteriormente, el cuidado de su salud fueron tareas realizadas con excelencia por el Dr. Loría en este centro médico

Su rol avizor colaboró en gran medida a que los expedientes de los pacientes estuvieran siempre actualizados y con la información correcta y precisa. Gracias a la constancia del Dr. Loría, tanto el cuerpo médico, como enfermeras y auxiliares del área de Medicina siguieron estas normas.

Don Rodrigo era muy puntual y siempre se mantenía bien presentado; su vestimenta diaria era el saco y la corbata, o bien, una gabacha limpia para estar dentro del Hospital. Cuidaba estrictamente de su salud y de los alimentos que consumía. Fue un hombre ordenado, elegante y de figura esbelta.

El Dr. Loría era un gran amante de la pesca. Tenía una lancha y, junto a su amigo y colega Mario Saborío Ruiz, se iba casi todos los fines de semana para Puntarenas. "Ahí nos veíamos muy a menudo; inclusive, a veces salía a pescar con ellos", rememoró el Dr. Arrea.

Este pionero fue autor de una gran cantidad de publicaciones académicas, destacando a nivel nacional e internacional por sus estudios en pacientes portadores de osteopetrosis. Cuando fungió en el Hospital San Juan de Dios, sus principales aportes literarios se relacionaron con el tema de niños recién nacidos.

En los años posteriores, muchos de estos conocimientos se pusieron en práctica y se diseminaron a través de su labor como Director de la Cátedra de Pediatría en el Hospital Nacional de Niños. Además de fungir como docente, organizó la

nómina de profesores pagados por la Universidad de Costa Rica y lideró el proceso de creación y consolidación de los diferentes programas.

"Rodrigo Loría, Édgar Cordero y yo fuimos, por varios años, el jurado calificador para examinar a los estudiantes de Medicina. Era un jurado a quien muchos le tenían horror y lo más simpático es que nunca preguntamos nada complicado, solamente los aspectos que se veían todos los días en la práctica... la mayor parte de los muchachos salía bien en el examen", ilustró el Dr. Carlos Arrea.

Don Rodrigo se enfermó de un problema estomacal y falleció siendo funcionario del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera, a finales de la década de los ochenta.

La Dra. Yadira Estrada asumió dichas funciones al momento de su partida.

Agradecimiento especial:
Dr. Carlos Arrea Baixench, ex Jefe de Departamento de Cirugía del Hospital Nacional de Niños.
Ana Lillian Soto, Secretaria del Dr. Rodrigo Loría Cortés desde la apertura del Hospital.

Fotografías: Carlos Villalobos



Trayectoria y aportes de este pionero

El Dr. Rodrigo Loría Cortés estudió Medicina en México y cursó la especialidad de Pediatría en Francia. Laboró para el Hospital San Juan de Dios, el Ministerio de Salud y el Hospital Nacional de Niños, entre otras instancias.

Durante los primeros años de funcionamiento del Hospital, acostumbraba reunirse con un grupo de sus amigos y colegas

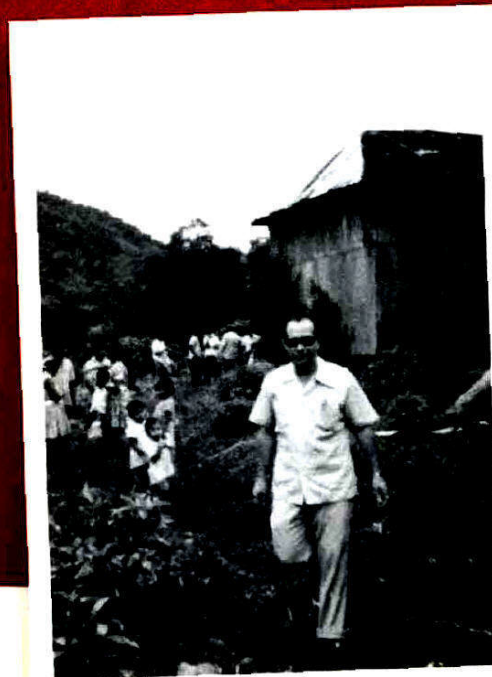
cercanos del Hospital para conversar sobre temas diversos como la crianza de los hijos, la música, la pesca y la salud infantil.

Se distinguió por ser un hombre muy inteligente, buen investigador y un jefe comprensivo. Él fue padre de tres hijos, dos varones y una mujer. Falleció cuando tenía unos 50 años de edad y decidió que nadie lo viera durante la última etapa de su vida.

Fuente: Entrevista a Carlos Arrea y Ana Lillian Soto

Rodrigo Núñez Blanco

“La vocación no es pretender ser un médico más, sino un médico excelente”



Sin lugar a duda, el Dr. Rodrigo Núñez Blanco deja una huella profunda de nostalgia en esta memoria sobre pioneros del Hospital Nacional de Niños.

No obstante, dicho sentir se compensa con una enorme satisfacción por saber que, tan sólo un día antes de su fallecimiento, el Dr. Núñez compartió con regocijo en su casa de habitación y por espacio de tres horas, sus mejores experiencias profesionales. Acompañados de un buen café y unas empanadas de chiverre, muy populares en la víspera de Semana Santa, don Rodrigo relató su trayectoria como médico pediatra, educador e investigador.

Fiel a los hechos, así se mostró este destacado profesional, quien pacientemente leyó documentos y artículos de revistas guardados con recelo por varios años en sus archivos. Según él, la antigüedad de los escritos sorprendía a muchos cuando los mostraba en alguna conferencia o evento médico.

Su muerte, en definitiva, resultó un acontecimiento inesperado a juzgar por su buen aspecto de salud y por el vigor con que celebró la entrevista. En aquella acogedora tarde, se dedicó a recapitular, por etapas, la historia del Hospital que se convirtió en su hogar.

El tono apasionado de su voz se incrementó al recordar la amistad que lo unía con el Dr. Rodrigo Loria Cortés. En un momento, los ojos se le humedecieron... “Conoci muy bien al Dr. Loria, nos hicimos grandes amigos aunque era mi jefe. Él decía que yo llenaba todo, que yo hacía todo y lo hacía muy bien”, recordó satisfecho.

“Mi trabajo médico y académico se cumplió a satisfacción de colegas y discípulos... respeté y fui respetado”

Y es que desde muy joven, el Dr. Núñez se destacó por su entrega como profesional y por altos valores en el ejercicio de su labor. Esto le valió que lo nombraran residente tan sólo ocho meses después de haber iniciado como interino, mientras que el período usual para obtener esta distinción es de dos años.

Poco a poco, don Rodrigo demostró todo el potencial que vieron sus jefes en él cuando joven. Dedicó parte importante de sus años profesionales a investigar, junto con el Dr. Francisco Mirambell Solís, una extraña y mortífera enfermedad surgida a finales de la década de los sesenta.

El diagnóstico y tipificación de la Enterocolitis Aguda Necrótica, se consolidó como uno de sus mayores objetivos personales. Por varios años,

esta pesquisa lo convirtió en un incansable buscador de la verdad.

Las investigaciones concluyeron que un tratamiento médico-quirúrgico agresivo era la mejor opción para evitar la muerte del niño, posteriormente lo denominaron “Expectativa Armada”; es decir, tener el bisturí en mano, realizar un diagnóstico precoz, dar seguimiento estricto e intervenir quirúrgicamente de ser necesario.

Para su sorpresa, algunos meses después de publicar los resultados en la Revista Médica del Hospital, recibió una invitación para ser panelista del XV Congreso Internacional de Pediatría en Nueva Delhi, India, en 1977. En aquella oportunidad, disertó sobre este padecimiento junto al famoso cirujano estadounidense Frank G. De Luca.

“No me dedicaba a masticar chicle sino que me iba a la biblioteca del Hospital y leía muchísimo. Esto me sirvió para recibir la invitación al Congreso”

Toda su carrera profesional se vio marcada por un fuerte sentido humanitario y se distinguió, tanto entre sus alumnos como entre sus compañeros, por ser un defensor y fiel creyente de la necesidad de aplicar

Una trayectoria cargada de valores éticos y morales llevó al Dr. Núñez a destacarse en la esfera nacional e internacional como un pilar de la investigación en salud infantil

valores como el esfuerzo, la dedicación y la excelencia en el ejercicio médico.

Un ejemplo de esta entrega fue su participación diaria, a las siete de la mañana, en las sesiones de análisis de casos clínicos. En ellas, se tomaba el expediente médico de algún niño fallecido, se examinaban las posibles causas y se proponían mejores opciones terapéuticas para salvar la vida de pacientes en condiciones y circunstancias similares.

“La aplicación irrestricta de la vocación, ética y devoción, junto con una educación médica continua, lograrán mantener inmaculado por siempre nuestro ejercicio profesional”

Desde los viajes a Talamanca para atender problemas de salud básicos de la población hasta la visita de Su Santidad Juan Pablo II, el Dr. Núñez acumuló hermosos recuerdos de su paso por este centro médico.

“Mi señora me advirtió no olvidar contarle a usted que el Papa llegó cuando yo estaba en el Hospital. Es que él no visitó ningún hospital, sólo el de Niños y yo pude entrar al auditorio a escuchar su discurso”.

Por todo ello, la jubilación le resultó difícil. Sin embargo, el percibir que algunos de sus estudiantes no tomaban con seriedad y compromiso la profesión de médico le impulsó para decidirse. “Aquella fue una época complicada,

de huelgas y paros, a inicios de los ochenta... yo ya había trabajado mucho”, explicó.

Sus últimos años los dedicó a compartir con la familia y a conocer Costa Rica y el mundo, al lado de su esposa. Pero su admiración y cariño por el Hospital se mantuvieron, después de más de veinte años de pensionado.

“Mi paso por este centro médico fue altamente gratificante. Mis jefes trazaron con inteligencia caminos que condujeron este Hospital hacia la excelencia, tanto medica como académica, hacia el cumplimiento de deberes y derechos por igual y hacia una camaradería decente y respetuosa”, finalizó Núñez.

Fotografías: aportadas por Rodrigo Núñez



Trayectoria destacada

El Dr. Rodrigo Núñez Blanco realizó estudios de Medicina en la Universidad Nacional de Bogotá, Colombia, en 1955. A su regreso al país, trabajó en el Hospital Nacional de Niños motivado por su amigo, el Dr. Lorfa Cortés.

Apreció al Hospital como a su propia casa, aunque su jornada de trabajo era sólo de medio tiempo. El 1º de setiembre de 1987 decidió retirarse, de manera simultánea,

del Hospital y de la Universidad de Costa Rica, donde fue nombrado Catedrático por su trabajo como educador.

Murió el 13 de marzo de 2008 (tan sólo un día después de ser entrevistado para esta memoria), próximo a cumplir sus 83 años. Vivió en matrimonio por 48 años con la señora Zaida Mora Salazar. Los frutos de esa unión fueron cuatro hijos, nueve nietos y un bisnieto.

Fuente: Entrevista personal

Rodrigo Sauma Barquero

Un bastión de las finanzas



Rodrigo Sauma Barquero evoca al Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera con el mismo sentimiento con que se recuerda a un amigo entrañable, a un hijo que ya es todo un hombre o a alguien que dejó una honda huella en el corazón.

Este egresado en Ciencias Económicas de la Universidad de Costa Rica llegó al Hospital Nacional de Niños en noviembre del año 1963. Antes de ingresar tuvo la oportunidad de trabajar como subproveedor del Instituto Costarricense de Electricidad, donde adquirió conocimientos sobre los procedimientos de la administración pública.

Su lazo con el Hospital comenzó a hilarse cuando se publicó en el periódico La Nación un anuncio de empleo para el puesto de gerente financiero con conocimientos en sistemas de compras y licitaciones. Sin mucho dudarle, don Rodrigo aplicó al cargo.

En enero de 1964, y con 22 años de edad, asumió sus funciones con gran entusiasmo para afrontar el reto que representaba participar en el surgimiento de una empresa.

Este pionero recuerda con claridad la difícil tarea que correspondió a sus

primeros compañeros para recolectar el dinero necesario con el que arrancarían dicho proyecto. Desde mediados de la década de los años cincuenta se iniciaron las gestiones ante los ciudadanos, la empresa privada y la cooperación internacional para obtener los fondos que permitieran construir un hospital especializado en atención infantil. "El Dr. Ortiz Brenes llamaba a sus amigos para pedirles donaciones, a cambio les decía que le ponía el nombre de su papá al pabellón", rememoró don Rodrigo.

Asimismo, se implementó una campaña llamada "La Marcha del Colón". Como dato curioso de esta monumental actividad de la época, que pretendía que todos los costarricenses donaran al menos un colón para la edificación del añorado Hospital de Niños, se colocó un termómetro en una de las palmeras del Hospital Psiquiátrico (ubicada en la actual calle 20) que indicaba simbólicamente el avance del proceso de recaudación.

"Los amigos que hice en el Hospital Nacional de Niños, aún hoy los conservo"

Mientras se terminaba la cimentación y equipamiento del Hospital, don Rodrigo trabajaba en su primer gran reto: conformar el Departamento Financiero. Debía partir desde cero para crear las áreas de

contabilidad, tesorería y compras; así como diseñar sus procedimientos, formularios y todo lo requerido para poner en marcha el centro médico.

Al principio, la Junta de Protección Social de San José compartía con el Hospital de Niños varios servicios como la contabilidad y las cajas. Pero era necesario independizarse de esa institución porque su sistema administrativo era muy diferente a la realidad del Hospital; en términos generales, era preciso algo más sencillo.

Poco a poco se fue articulando el Departamento Financiero. Para dirigir el Área de Contabilidad, don Rodrigo eligió a Rafael Valdelomar y a Eduardo Soto, sus compañeros de la universidad, como encargados de desarrollar el nuevo sistema contable. También, estaba en el proyecto Miguel Castro, quien sería el responsable de Proveeduría.

En aquel entonces, el país se regía por las reglas de la Integración Centroamericana. Dicho sistema establecía elevados impuestos a los artículos importados desde Estados Unidos, lo cual hacía casi imposible comprar mobiliario en ese país, ya que el precio final excedía el presupuesto. No obstante, gracias al apoyo del Gobierno estadounidense, se lograron acuerdos de cooperación que

Recolectar el dinero suficiente para construir una obra de la magnitud del Hospital Nacional de Niños en la década de los años cincuenta parecía tarea de titanes. Mantener ese capital en un estado saludable resultó aún más complejo

disminuyeron los costos para adquirir los mejores equipos disponibles en dicha nación norteamericana.

“Mi interés era brindar la mejor atención a los niños costarricenses, por eso, frenaba la apertura del Hospital hasta que estuviera totalmente equipado. Todavía faltaban 250 de las 600 camas y sólo teníamos 12 incubadoras”, detalló.

Pero la visión del Dr. Carlos Sáenz Herrera era distinta. Una mañana, el galeno le dijo una frase a don Rodrigo que jamás olvidará: “yo quiero probarle a usted que lo perfecto es enemigo de lo bueno”. Entonces, el Dr. Sáenz lo llevó a caminar por los salones de niños del Hospital San Juan de Dios para mostrarle cómo debían alojar a tres, cuatro y hasta cinco niños en una sola cama, por lo que las enfermedades se propagaban con facilidad y quienes estaban por curarse empeoraban su situación.

“Las bases que se sentaron hace 45 años no las ha cambiado ni siquiera el sistema”

“Le dije: «Doctor, déme tiempo para el día de mañana y le presento un plan para abrir el hospital en cuatro semanas». Y así fue, el 24 de mayo de 1964 se inauguró oficialmente el Hospital Nacional de Niños”, rememoró don Rodrigo.

El nuevo centro médico abrió de forma exitosa pero los desafíos apenas alloraban. “Una tarde de viernes me llamó el contador de la Junta de Protección Social y me dijo que teníamos que ver cómo nos acomodábamos porque el 15 de ese mes, día de pago, ya no nos harían más la planilla (eran más de 450 empleados en ese momento y faltaban sólo cinco días para pagar los salarios). Su intención era que nos independizáramos completamente”, comentó.

Ese mismo día, este pionero llamó a Iris Milano y Rafael Valdelomar para informarles que el Hospital se encargaría de la planilla del jueves siguiente. Con humor, hoy recuerda que la primera idea fue el suicidio colectivo.

La Junta de Protección Social utilizaba el sistema contable “National” de tarjetón impreso, la información había que prepararla para ser “levantada” en tarjetas perforadas que manejara el computador IBM 1401 de la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS). “Empezamos a trabajar desde ese viernes y no volví a mi casa hasta el jueves siguiente, no dormíamos. Ni Iris, ni Rafael ni yo dormimos por la tensión. Me bañaba en el Hospital y mi familia me llevaba ropa limpia. El pago se realizó sin ningún problema el día jueves de la semana siguiente”.

Luego de esta hazaña, don Rodrigo se acostó a dormir el jueves y no se despertó sino hasta el siguiente lunes, “nunca he vivido nada parecido”, afirmó con orgullo.

Al año y medio de abrir sus puertas, el Hospital Nacional de Niños ya tenía ensamblado todo el sistema del Departamento de Finanzas y había alcanzado las metas propuestas. Luego de 45 años, estas bases permanecen firmes.

Rodrigo Sauma se desempeñó, también, en otros cargos. Él fue Presidente y Vicepresidente de la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños; asimismo, fungió como Secretario, Vicepresidente y Presidente de la Junta Directiva. Todo este trabajo fue realizado ad honorem, es decir, sin ninguna remuneración económica.

“No sólo repetiría mi historia sino que me habría quedado un poco más de tiempo como funcionario del Hospital”

En la década de los ochenta se desligó totalmente de esta institución médica, pero sin olvidar cada momento vivido. “Los amigos que hice en el Hospital Nacional de Niños, aún hoy los conservo y los veo y los quiero. No hay una sola de las personas del Hospital de quien yo tenga un mal recuerdo, ni una”, concluyó don Rodrigo.

Fotografías: Carlos Villalobos



Sus grandes amores

Para Rodrigo Sauma Barquero, la familia es el componente más importante en su vida. Su esposa Lucía Uribe, sus tres hijas, su hijo y, ahora, sus nietos representan grandes amores y una razón por la cual vivir y ser mejor persona.

Este empresario de 66 años es

fiel amante de los deportes, ostenta con orgullo el título de pentacampeón nacional de motos de agua y Tesorero de la Asociación de Deportes Náuticos. Aún sigue comprometido con las labores de bien social, lo cual se refleja en su trabajo como Tesorero del Club Rotario de Rohrmoser.

Fuente: Entrevista personal

Teresa Quirós Conejo

“La entrega al prójimo no es voluntaria, es una responsabilidad”



La historia de los primeros años del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Saenz Herrera se caracterizó por el ejercicio de valores como la mística y la entrega, pero también por grandes carencias presupuestarias y de personal.

A pesar de este apremiante contexto, la institución cumplió siempre con muy diversas labores, tanto aquellas relacionadas con el cuidado de niños internados, como con el desarrollo de actividades para el equipamiento del Hospital y la realización de eventos especiales.

Muchos se preguntan: ¿cómo lo lograron en un marco tan limitado? Quizá, la respuesta puede resumirse en un hecho virtuoso: apoyo incondicional del voluntariado.

Las Damas Gris (hoy Damas Voluntarias) fueron la primera agrupación instituida bajo esta filosofía de asistencia a enfermos, sin recibir retribuciones económicas a cambio. Teresa Quirós de Fallas es una de las pioneras del grupo, el cual propició la creación de muchos otros similares en Costa Rica.

Durante una placentera conversación llena de risas y anécdotas en su residencia, esta destacada colaboradora

narró los detalles principales sobre la Asociación de Damas Voluntarias del Hospital Nacional de Niños.

Ellas coordinan diversos programas de voluntariado como, por ejemplo, el trabajo comunal que realizan algunos estudiantes de secundaria en distintos servicios de este centro médico. Asimismo, organizan actividades especiales, recaudan dinero para la institución, acompañan a los pacientes en sus momentos de soledad y dolor, consuelan a los padres de familia y se mantienen dispuestas a ayudar en cualquier tarea.

La historia de las Damas Gris nace en el corazón de un grupo de esposas de médicos, encabezado por Clotilde de Cordero Carvajal y la trabajadora social Argentina Luna. En 1960, estas señoras vieron la urgencia de servir a niños enfermos y apoyar al cuerpo médico en sus labores.

El nombre de Damas Gris les vino por el color del uniforme. En una oportunidad, el Dr. Ortiz Brenes las instó a quitarse el gris y cambiar su vestimenta por un color más alegre que llamara la atención a los niños; él propuso el rojo intenso... “Los chiquitos se identifican enormemente con el uniforme de la Dama Voluntaria, la ven y alzan los bracitos”, detalló sonriente esta pionera.

En aquella época solo se les permitía a los papás estar con los pequeños internados durante la hora de visita. Una vez, Doña Clotilde vio que se necesitaba a alguien que los entretuviera luego de que se marchaban los familiares; por ello, empezó a reclutar personas voluntarias entre sus amigas y conocidas.

“Éramos un grupo que no salía en los periódicos, sino que trabajábamos muchísimo en donde nos necesitaran”

“En una ocasión, conversando con mi tía monja me preguntó qué hacía yo por la comunidad, sentí tremenda vergüenza y me propuse colaborar. Entonces, llamé a una amiga para que me trajera los papeles de inscripción en las Damas Voluntarias”, relató doña Teresa.

Posteriormente, la construcción del nuevo hospital motivó a muchas personas a afiliarse. El día de apertura, las Damas cumplieron un papel crucial para el desarrollo adecuado de las actividades, sirviendo como guías de los grupos visitantes.

Este patrón de soporte se repitió en la posteridad. El cuerpo médico les solicitaba ayuda para diversos menesteres dentro del Hospital. Para cumplir con estas peticiones, las voluntarias se las ingenieron

Esta dama voluntaria se afianzó como un gran apoyo para todos los servicios del Hospital, con la mirada puesta en el bienestar de los niños enfermos

participando con un quiosco en las Ferias de las Flores o recogiendo entre ellas una cuota mensual de dinero. Luego obtuvieron autorización para hacer algunas rifas e instalar un bazar en su oficina.

“Me llena de satisfacción recordar la rectitud con que trabajamos, como si fuéramos asalariadas... cumplíamos un horario y portábamos con orgullo el uniforme”

La carencia de personal auxiliar motivó a las jefaturas del Hospital de Niños a capacitar a las Damas Voluntarias en labores de pesaje, medición y toma de temperatura a los pequeños. En este proceso, las enfermeras se encargaron de brindarles muchos cursos formativos.

El primer lunes de junio es la fecha elegida para ensalzar el trabajo de este grupo; sin embargo, su trascendental labor es digna de admiración durante todos los días del año. Entre sus múltiples aportes al Hospital de Niños pueden mencionarse la organización de la fiesta de Navidad y del Día del Niño, así como la celebración de los cumpleaños de los pequeños internados.

“Del Hospital salí con grandes conocimientos y con el respeto de los demás gracias a nuestra labor”

Como hecho de gran relevancia, doña Teresa Quirós destacó el planeamiento y desarrollo del I Congreso Nacional de Asociaciones de Hospitales, al que asistieron damas voluntarias de todo el país. Además, ella aún recuerda con gran nostalgia la primera donación que hizo este grupo al Hospital de Niños: cincuenta sillas para la sala de espera de las madres.

Toda su labor no hubiera sido posible sin el apoyo y coordinación de Iris Milano, Subadministradora del Hospital, quien además fue una mujer muy unida al Voluntariado y sirvió de bastión fuerte en cada tarea.

Teresa Quirós de Fallas donó treinta y cuatro años de su vida como Dama Voluntaria, de los cuales dedicó seis a la Presidencia de este distinguido grupo. En junio de 1964, el Dr. Sáenz le entregó una insignia de reconocimiento por mil horas de labores... ese sería sólo el inicio de una larga trayectoria.

“Fui muy estricta porque quería sacarle provecho al Voluntariado. Les pedía que trajeran el cabello recogido y el uniforme limpio. Siempre creí que si uno va a hacer un trabajo, debe hacerlo bien”, puntualizó doña Teresa.

Aún hoy, entrega su talento y trabajo a los demás. Ella da clases de bordado a un grupo pequeño de adultas mayores, quienes brindan contribuciones voluntarias para colaborar en obras sociales como Cedec Don Bosco, Hospital Raúl Blanco Cervantes o emergencias causadas por desastres naturales. “La recompensa trasciende lo material”, finalizó.

Fotografías: aportadas por Teresa Quirós



Trayectoria destacada

La dama voluntaria Teresa Quirós de Fallas cumplió un papel sumamente relevante para el Hospital Nacional de Niños, tanto así que algunos consideran ese tiempo como la “época de oro” del Voluntariado.

Ella se casó a los 34 años de edad y concibió una hija. Al contraer matrimonio se retiró del grupo de Damas Voluntarias por espacio de dos años, ya que se marchó a Bélgica mientras su esposo disfrutaba de una beca en

ese país. A su regreso, volvió a las filas del Voluntariado.

Cuando quedó embarazada, el Dr. Sáenz Herrera le envió una preciosa carta, según ella misma relató. Cuando la pequeña ingresó a primer grado de la escuela, doña Teresa regresó a las labores en su amado Hospital.

Además de ser Dama Voluntaria, colaboró en el Departamento de Relaciones Públicas y la Asociación de Niños Diabéticos de este centro médico.

Fuente: Entrevista personal

Virginia Solórzano Saborío

Jefa, madre, formadora y amiga



El legado de la enfermera Virginia Solórzano Saborío en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera, sobrepasa el ámbito profesional y toca las vidas de muchas personas que compartieron años de trabajo con ella en el Servicio Central de esta institución.

La niña Virginia, como le llamaban por cariño sus discípulas y algunos compañeros, se convirtió en jefa, formadora, consejera, amiga y hasta en una segunda madre para quienes la conocieron. Y, aunque el tiempo ha borrado de su memoria muchos momentos vividos desde la Jefatura, ella no ocultó la inmensa satisfacción al recordar su querido hospital.

Nos ofreció una amena tertulia en su casa de habitación, donde acudieron familiares y una de sus discípulas más cercanas.

Durante la cita, el grupo departió sobre la trayectoria de esta experimentada enfermera y sus principales aportes al centro médico infantil. La conversación estuvo plagada de anécdotas que mostraron el carácter fuerte de nuestra pionera entrevistada, pero también un enorme humanismo de doña Virginia para con sus allegados.

“Ella empezó a trabajar en el Hospital desde el primer clavo que colocaron”, comentó su hermana Doris Solórzano quien fungió también como enfermera en el Ministerio de Salud.

En un hospital signado por el respeto, la limpieza y la rectitud, Virginia Solórzano se desempeñó como Jefa del Servicio Central (también llamado Centro de Equipos). Desde este puesto, formó a un grupo de trece jóvenes mujeres para esterilizar todos los aparatos y dispositivos utilizados en el Hospital.

“El Hospital era como una iglesia, ahí no se gritaba, no se corría, todo se hacía con respeto y en silencio”

“Resultó muy agradable trabajar ahí, éramos muy unidas y respetuosas”, afirmó Margarita Rubí, una de sus pupilas participantes en la reunión. Según Rubí, la niña Virginia siempre fue muy recta como jefa y les enseñó disciplina en una labor fuerte, cargada de responsabilidad.

Por ejemplo, el Servicio Central preparaba las torundas (paquetes de diez bolas de gasa utilizadas para absorber la sangre en una cirugía), lo cual implicaba que cualquier error en el empaque se traduciría en un riesgo en la vida del paciente. “Cuando hacen los

paquetes de las torundas tienen que ser muy responsables, el médico cuenta la cantidad que extrae del paciente y si falta alguna debe escharbar, si sobra queda dentro del cuerpo”, recordó Margarita Rubí, citando a la niña Virginia cuando les instruía.

Su forma de enseñar se basaba en la precisión, cada detalle era relevante. No se permitía incurrir en errores, ya que representaban un riesgo para el bienestar de los niños. “En aquella época se afilaban las agujas para reutilizarlas, la niña Virginia revisaba una por una para asegurar la fineza de la punta, si quedaba mal podría lastimar a los pequeños al sacar sangre”, destacó Rubí.

Doña Virginia conocía con exactitud la dinámica del lugar de trabajo. Según sus colaboradoras, con sólo una mirada valoraba toda la sala en donde se encontraban desempeñando funciones.

“Le cogí un amor a mi trabajo, pero no de alcahuetería, sino de responsabilidad”

Aquellas fueron épocas en donde todo se realizaba de forma manual; por lo tanto, el tiempo y dedicación se redoblaban en comparación con la actualidad ya que, en su mayoría, los equipos y utensilios son descartables y automáticos.

Esta dedicada enfermera fue un pilar desde su Jefatura en el Servicio Central, tanto en su fase de inicio como en el desarrollo y especialización de dicha área

Por estas razones, la labor de selección de personal de la niña Virginia resultó concienzuda e intensa. Ella se encargó de distribuir, según sus habilidades, a las trece colaboradoras. En ciertos momentos, el trabajo exigía fuerza física; en otros, atención a los detalles y agilidad.

Desde el Centro de Equipos se desarrolló un amplio proceso de investigación para el uso de nuevo instrumental. La enfermera Solórzano cumplió un rol esencial dentro de esta fase capacitando a las jóvenes en cuanto a nuevas técnicas y procedimientos. Uno de los aportes más importantes de doña Virginia fue la puesta en marcha del autoclave (máquina en donde se esterilizan todos los equipos).

Ciertamente, su papel de formadora trascendió el quehacer profesional. Ella ingresó al Hospital Nacional de Niños a los 44 años de edad, mientras que sus discípulas eran muchachas entre los 18 y 25 años. Esta característica provocó que la vieran como una segunda madre a quien pedir consejo en circunstancias difíciles o de incertidumbre.

“¡Mis chiquitas!”, exclamó —con acento nostálgico— doña Virginia al mirar una fotografía de la época que retrata parte del grupo de asistentes del Servicio. Ese cariño resultó ser un sentimiento mutuo por parte de muchas personas del Hospital, entre ellos el Dr. Roberto Ortiz quien la llamaba abuela. “Él redactó bellas palabras para despedir a la niña Virginia en su último día de trabajo como funcionaria de la institución”, destacó Margarita.

“Nos decía «bueno muchachas, este mes viene un aumento de salario, procuren hacer un ahorro y no gastar toda la plata». Estos consejos nunca los tomamos a mal, nos llenamos de todas esas cosas buenas que nos enseñaba”, aseguró su fiel seguidora.

“Me nacía trabajar y querer a todas mis niñas del Servicio Central”

Cuando el Hospital pasó a formar parte de la Caja Costarricense de Seguro Social, las colaboradoras del Centro de Equipos se resistieron al cambio. En aquella ocasión participaron durante un día de la huelga, pero la niña Virginia las convenció de la necesidad de continuar sus funciones, siempre anteponiendo el bienestar

de los niños y niñas con problemas de salud.

Agradecimiento especial a: Margarita Rubi Jiménez (compañera de labores en el Hospital).

Humberto León (colaborador del Hospital).

Doris Solórzano Saborio (hermana).

Janeth Ross Solórzano (hija).

Fotografía página izquierda: Archivo del Hospital
Fotografía página derecha: aportadas por Margarita Rubi



Más detalles sobre la niña Virginia

Virginia Solórzano Saborio estudió en la Escuela de Enfermería en Costa Rica. Cuando ingresó al Hospital Nacional de Niños, disfrutó de una beca para especializarse en el manejo de equipos hospitalarios en Puerto Rico y Miami, a pesar de ser madre de tres pequeños.

Se pensionó a finales de la década de los setenta. Durante sus años como funcionaria del Hospital, vivió cerca del Zoológico Simón Bolívar;

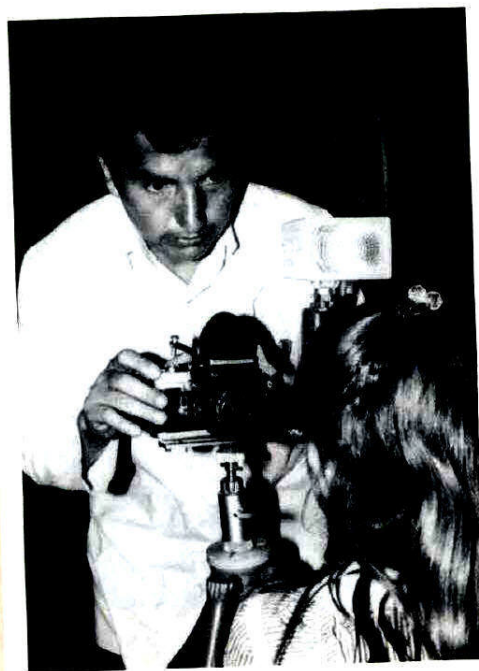
cercanía que ella aprovechó para realizar una caminata diaria hasta su trabajo.

La niña Virginia influenció de manera positiva a sus personas más allegadas, hecho que marcó su paso por esta institución. Entre sus mejores recuerdos destaca la visita del Papa Juan Pablo II al Hospital y, por consiguiente la gratificante e inolvidable oportunidad de poder estar cerca del Pontífice.

Fuente: Entrevista personal

Carlos Villalobos Gómez

Un lente testigo de cuatro décadas de historia



Locuaz, sonriente, de apariencia fresca y dueño de una memoria admirable; esa es la grata impresión que nos dejó Carlos Villalobos Gómez al conversar sobre los 42 años de labor en el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera como Jefe del Servicio de Fotografía Clínica.

Una pequeña parte del fruto de su trabajo ilustra esta Memoria de conmemoración del 45 Aniversario del centro médico, en la cual se presentan retratos que don Carlos tomó a algunos de los pioneros incluidos. Sin embargo, su función primera era realizar fotografías clínicas, con el objetivo de graficar las cirugías, o bien, colaborar con el hallazgo de pistas para nuevos diagnósticos y tratamientos.

Apasionado por la fotografía y enamorado de su querido pueblo Tres Ríos, este colaborador ilustró algunos de los eventos médicos y sociales más importantes del Hospital de Niños

Carlos Villalobos estudió arte publicitario en la Universidad de Costa Rica, pero su carrera no inició precisamente allí. Él se formó dentro del mismo Hospital, cuando el Dr. Roberto Ortiz Brenes le propuso convertirse en fotógrafo clínico y le brindó la posibilidad de capacitarse por un año, dos horas diarias, junto al fotógrafo del Hospital San Juan de Dios.

El Dr. Ortiz y Carlos Villalobos se convirtieron en grandes amigos durante todos los años que laboraron en el centro hospitalario. “Entre nosotros nació un cariño muy especial, me trató bien, me dio consejos de superación y me facilitó los medios para lograrlo. Admiro profundamente toda su obra y su afán por cuidar los recursos del Hospital”, destacó don Carlos.

Su primer puesto dentro de la institución fue como encargado del Laboratorio Experimental, él siempre agradeció a María de los Ángeles Porras su voto de confianza al haberlo tomado en cuenta para dicha función y, por ello, trató de corresponderle con excelencia.

El recinto experimental contaba con dos áreas: una para los perros del Programa de Desarrollo de la Cirugía y otra para animales de laboratorio como cüilos, conejos, ratones y cabras que se usaban en diagnóstico e investigación en el Laboratorio Clínico.

Don Carlos ingresó al Hospital a los 19 años de edad y contrajo matrimonio a los 23; actualmente tiene tres hijos y siete nietos. Se retiró de sus funciones hace tres años pero, si se requiere, aún extiende su colaboración al sitio que considera un valioso legado de Dios para los niños costarricenses y centroamericanos: el Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Marta Montis de Martínez

Promotora de una hermosa tradición



Exquisita dama quien perteneció al cuerpo diplomático como Agregada Cultural de la Embajada de Honduras y, como tal, se suma al grupo de hombres y mujeres de las diferentes delegaciones diplomáticas de Costa Rica que colaboraron dentro del proyecto Hospital Nacional de Niños desde sus inicios.

La labor de Marta Montis de Martínez fue especialmente destacada al recordar la Feria de las Flores, misma que se organizó cada año para aportar dinero al nuevo centro médico. Esta asidua colaboradora se identificó tan profundamente con el Hospital que siguió ayudando hasta el final de su vida en diversas actividades tales como la iluminación del árbol de Navidad y la adquisición de ropa, juguetes y golosinas para los niños enfermos.

El árbol navideño merece un destaque especial. Desde 1964 y hasta la fecha de su muerte, Marta Montis trabajó incansablemente para lucir este enorme detalle en los jardines del Hospital Nacional de Niños, con el objetivo primero de alegrar a los pequeños enfermos y también a los sanos, quienes llegaban de todas partes a disfrutarlo.

Los inmensos arbustos de los primeros años se traían desde las cumbres frías de Fraijanes y Coronado, entre otros sitios. Pero, para evitar cortarlos y acarrearlos de lejos, se plantaron árboles de ciprés en el jardín del Hospital, los cuales embellecen todo el año el patio delantero. Actualmente, se les presta atención particular para que no causen un accidente por la caída de sus grandes ramas o durante la iluminación de las miles de bombillas de colores que los adornan.

Esta se ha convertido en una de las tradiciones más arraigadas del Hospital Nacional de Niños pero también en una de las más esperadas, a nivel nacional, para celebrar la época navideña. Actualmente, la coordinación de dicha actividad está a cargo de la oficina de Relaciones Públicas del centro pediátrico.

Doña Marta extendió su colaboración y apoyo incondicionales al Parque de Diversiones, siendo miembro activo de la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños. Allí trabajó muchos años de cerca con Otto Holst, Rodolfo Mora y Cecilia Lizano, entre otros. Ella siempre veló celosamente por el manejo de los fondos, con el fin de que fueran destinados en su totalidad a inversiones austeras en el mismo Parque y a cubrir necesidades importantes en la atención del niño enfermo.

Estuvo ahí presente con su ayuda hasta dos días antes de su fallecimiento, el cual ocurrió en setiembre de 1994, a sus 90 años de edad.

Esta diplomática de la Embajada de Honduras fue actriz principal en la iluminación del árbol navideño y gran colaboradora en el Parque de Diversiones

Fotografía: Carlos Villalobos

Miguel Blanco Quirós

Defensor de la salud infantil



Un hombre sumamente preparado, con capacidad extraordinaria en su campo profesional y dueño de una ética que se manifestaba en todas sus acciones; así describen las personas que vivieron la etapa de creación del Hospital Nacional de Niños a Miguel Blanco Quirós.

Abogado modelo, bondadoso y con fino sentido del humor, el Lic. Blanco acompañó a los pioneros de este centro médico, brindándoles no solamente su apoyo e instrucción profesional, sino también una profunda amistad.

Don Miguel se graduó de la Universidad de Costa Rica, institución en donde también ofreció sus servicios como profesor

de la Escuela de Derecho. Posteriormente, fue declarado profesor emérito de dicho centro académico.

El reconocido litigante mantuvo una relación de colaboración con el Hospital por muchos años, debido quizás al gran afecto que lo unía al Dr. Carlos Sáenz Herrera, su íntimo amigo. Siempre se caracterizó por ser un hombre hábil de palabra, así como claro y sencillo al expresar sus ideas.

Fungió como Jefe del Departamento Legal de la Junta de Protección Social de San José en los años donde se concebía la idea de fundar un hospital para atención de menores. A pesar de que nunca trabajó dentro de dicho recinto de salud, brindó asesoría legal ad honorem a todas

las jefaturas, inclusive los años siguientes de su inauguración.

Por ejemplo, trabajó de cerca con Iris Milano Zúñiga, subadministradora del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera. Él le brindó asesoría muy intensa durante los primeros años en cuanto a la gestión del recurso humano y otros eventos legales relacionados con el trabajo.

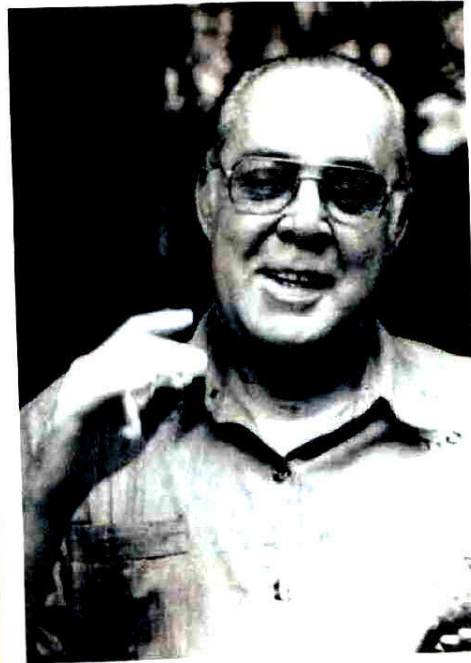
No obstante, don Miguel tuvo que cesar este asesoramiento porque en 1979 fue nombrado Magistrado por la Asamblea Legislativa y, posteriormente, en 1983 designado Presidente de la Corte Suprema de Justicia, sitio en donde desplegó una destacada y renombrada carrera profesional.

Su asesoría legal para el Hospital Nacional de Niños resultó un elemento de gran apoyo en los primeros años

Fotografía: aportada por la Presidencia de la Corte Suprema de Justicia

Orlando Fernández Rothe

Un aplauso al talento, la pasión y la entrega



En una época donde la mortalidad infantil alcanzaba índices que ahora resultan impensables, el joven médico Orlando Fernández Rothe desarrolló una labor pionera para reducir dicho factor mediante la investigación profunda de enfermedades poco conocidas pero altamente mortíferas.

Se destacó por ser un estudiante muy esforzado, brillante e innovador dentro de su campo profesional. Realizó estudios de Medicina en Salamanca, España; posteriormente se trasladó al Children's Hospital de Washington, Estados Unidos, donde obtuvo la especialidad en Pediatría.

Su regreso a Costa Rica estuvo cargado de un enorme furor por poner en práctica todo lo aprendido. Por ello, trabajó ad honorem durante los primeros meses en el Área de Pediatría del Hospital San Juan de Dios. Allí conoció el proyecto que concebía

el Dr. Carlos Sáenz Herrera para fundar un centro médico de atención infantil.

Tras ser invitado a participar, se vinculó con la obra de manera intensa cuando rondaba los 30 años de edad. Fungió como Jefe de Servicio en el Hospital Nacional de Niños. Su fuerte vocación médica lo llevó a luchar por sacar adelante dicho centro hospitalario como un asunto personal, con una convicción y una mística muy particulares.

Don Orlando ejercía la medicina siempre que le fuera posible, de manera generosa y desprendida. Por ejemplo, si venía de un paseo por una ruta cercana al Hospital, pasaba a ver a sus pacientes, aunque se tratara de sus días libres y a altas horas de la noche; asimismo, daba seguimiento telefónico constante. Pese a esta pasión, no apoyó a ninguno de sus siete hijos para que estudiara esta carrera porque, según él, implicaba enormes sacrificios.

El Dr. Fernández también fue pionero en el tratamiento de niños quemados y laboró como profesor de la Cátedra de Pediatría. Otro de sus aportes consistió en la organización de las sesiones anatomoclínicas del Hospital para propiciar debates y análisis profundos de los procedimientos.

Su cónyuge Maris Estela Brenes fue un gran apoyo para don Orlando. Ella participó activamente en la Asociación de Esposas de Médicos y, como Presidenta de este grupo, organizó cursos en donde se cobraba una matrícula para entregar los fondos recaudados al Hospital; esto resultó una técnica muy novedosa para la época.

Destacado como un hombre polifacético, Orlando Fernández Rothe también fue aficionado a la ganadería, la agricultura, la cacería, la arqueología y los bienes raíces. Su recuerdo quedó inmortalizado en el jardín principal del Hospital Nacional de Niños, ya que él obsequió los enormes robles sabana que hoy florecen en este sitio.

Agradecimiento especial a:
Maris Estela Brenes

Fotografía: aportada por Maris Estela Brenes

El Dr. Fernández se caracterizó, no sólo por su marcada vocación como médico, sino también por ser un insistente defensor de la vida humana, la naturaleza y los animales

Otto Holst Van Patten

Modelo de disciplina, seriedad y altruismo



No es de extrañar que el nombre del asiduo colaborador Otto Holst Van Patten saliera a relucir en muchas de las entrevistas efectuadas a los pioneros de esta Memoria. Él está ligado al Hospital Nacional de Niños desde la década de los años cincuenta, gracias a su vínculo marital con una sobrina del ilustre Carlos Sáenz Herrera, principal fundador de dicho centro médico.

Pero su relación con el proyecto iba más allá que este nexo familiar. Don Otto se consagró como un enamorado de la obra, a la cual brindó todo su apoyo y colaboración al lado de su esposa Marta Quirós Sáenz.

Empresario exitoso, dueño de una disciplina férrea en cada trabajo que emprendía, contribuyó con desinterés y desprendimiento en la creación del Hospital Nacional de Niños. Esta entrega fue producto de la admiración y cariño que sentían, tanto él como su esposa, por el Dr. Sáenz Herrera.

Don Otto, como lo llamaron sus colaboradores y sus amigos, se dedicó sin límites de tiempo y de esfuerzo a garantizar el éxito de la Feria de las Flores cuando dicha actividad representaba la mayor fuente de ingresos para el centro médico que apenas se concebía.

Años después, el señor Holst brindó su talento dentro de la Junta Administrativa

del Parque de Diversiones, todo en aras de darle la ayuda necesaria al Hospital y obtener suficientes recursos para su adecuado funcionamiento. Él imprimió un sello de rectitud y respeto en todo lo relacionado con el Hospital Nacional de Niños, ya que se caracterizó por ser un hombre sumamente minucioso y exigente en la rendición de cuentas.

En todos esos proyectos, la dedicación de Otto Holst Van Patten constituyó una garantía de seriedad, de honestidad y de transparencia. Cada una de sus cualidades excepcionales son imborrables en el recuerdo de quienes trabajaron con él y apreciaron su caballerosidad, su bondad y su don de gentes. Este colaborador falleció el 20 de noviembre de 2006.

Más allá de intereses particulares este pionero se entregó, con afán y empeño, para sacar adelante el proyecto del nuevo hospital infantil

Fotografía: Carlos Villalobos

Rodolfo Mora Chaves

Pionero de las sonrisas



Uno de los más comprometidos pioneros en la concepción y fundación del Parque de Diversiones y quien tomó el proyecto como suyo —varios años antes de inaugurarlo— fue el reconocido economista y amigo del Hospital Nacional de Niños Rodolfo Mora Chaves.

El Lic. Mora se vinculó con este centro médico infantil por medio de su suegro Álvaro Esquivel, quien fungió como Tesorero de la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños, durante sus primeros años. Dicha labor fue asumida tiempo después por don Rodolfo quien mostró una destacada capacidad, especialmente en la organización de la Feria de las Flores.

El Lic. Mora se destacó por sus desinteresados y continuos aportes en las actividades de recaudación de fondos para el Hospital Nacional de Niños

Información suministrada por la familia Mora Esquivel, conocidos y amigos del Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera.

Cuando se suspendió este evento de recaudación de fondos, el entusiasta colaborador se involucró de lleno con el Parque de Diversiones. Su apoyo fue crucial, tanto así que a don Rodolfo se le ha considerado como uno de los principales pioneros quienes hicieron posible lo que parecía tan solo un sueño: contar con un sitio de atracciones grande, seguro, variado y lleno de diversión, el cual generara ingresos adicionales al Hospital.

Para contribuir en la edificación de dicho Parque se alió a los expertos norteamericanos Ken y Eleonora Davis, a quienes invitó y alojó en su casa, estableciendo un vínculo de apoyo, de asesoramiento y de guía para diseñar los planos y comprar juegos mecánicos en Estados Unidos. Esto lo obligó a

viajar varias veces a la nación del Norte, generalmente con sus propios medios. Dicha alianza constituyó el empuje principal durante la etapa de concepción del centro de entretenimiento infantil.

Este pionero defendió y transmitió a sus compañeros la idea de que el Parque no se vería nunca como un negocio sino como un generador de dinero, exclusivamente para fortalecer el equipamiento y mejorar cada vez más la calidad de los servicios del Hospital. Vale destacar que, durante todo este proceso, la Asociación Pro Hospital Nacional de Niños contó también con los valiosos aportes de la señora Sandra Esquivel, esposa del Lic. Mora.

Don Rodolfo falleció recientemente, el 6 de enero de 2009. Su gran esfuerzo para la creación del Hospital Nacional de Niños y del Parque de Diversiones es una loable muestra de altruismo, entrega, apoyo profesional y económico, todo ello siempre será recordado con gratitud por quienes conocieron acerca de su generosidad.

Fotografía: Carlos Villalobos

Lista de primeros colaboradores

Hospital Nacional de Niños Dr. Carlos Sáenz Herrera (1964)

Administración

Milano Zúñiga Iris
 Porras Zúñiga María de los Ángeles
 Valverde Barrenechea Hilda

Anestesia

Bonilla Serrano Melitina
 Garro Bogantes Lucila
 Masís Sánchez Rosario
 Mata Calderón Myriam

Aseo

Actuña Castro Mercedes
 Aguilar Solís Flora
 Alcázar Alvarado Ana I.
 Alfaro Agüero Carmelina
 Álvarez Vargas Víctor Manuel
 Araya Chaves Isabel
 Araya Díaz Carlos Luis
 Arias Hidalgo María Teresa
 Arronis Cervantes Rafael
 Barrantes Chinchilla María M.
 Calderón Salazar Rafael Ángel
 Calvo Granados Rodrigo
 Cambronero Fallas Aurora
 Cambronero Q. Carlos
 Campos Quirós Teresa
 Carmona Estrada Sofía
 Cespedes Murillo Jorge
 Chacón Chaves Isabel
 Cordero Alfaro Gilbert
 Corrales B. Elizabeth Lucía
 Delgado Fallas Ana Francisca
 Delgado Madrigal Francisca
 Durán Durán Corona Daisy
 Esquivel Fonseca Josefa
 Fallas Mora María Ilse
 Fallas Retana Viela C.
 Fernández R. Aracelly
 Flores Monge Julia
 Gómez Chinchilla María Lourdes
 Gómez Quesada Tranquilina
 González Navarro Virginia
 González Ramírez Olga
 Granados Rojas Gelin

Guillén Vargas Raúl B.
 Herrera García Bernardita
 Humé Argüello Amalia
 Jiménez Mena Rodolfo
 Jiménez Soto Lidiette
 Leandro Jimenez María Luisa
 López López Cecilia
 Marín Solís Dora
 Martínez Rivera Marta L.
 Mendieta Chacón Alba
 Mendoza Mendoza Natividad
 Mendoza Vargas Hilda
 Monge Alpizar Alba
 Monge Jiménez Isabel
 Mora Bustamante María Magdalena
 Mora Peraza María Cecilia
 Morales Mora Zelmira
 Morera González Alicia
 Navarro Núñez Marco A.
 Obregón Solís María de los A.
 Ortiz Martín Ángela Flora
 Oviedo Espinoza María P.
 Peralta Montes Victoria
 Picado Alfaro Estrella
 Quesada Montoya Rafael Ángel
 Quirós Santamaría Rosa
 Rodríguez Nuñez Franklin
 Rojas Cárdenas María Rosa
 Rojas Hernández Rafaela
 Rojas Miranda Hilda
 Rojas Vargas Elvira
 Saborio Alfaro William
 Sánchez Guzmán Raimunda
 Segura Díaz Juan de Dios
 Serrano Serrano Elizabeth
 Solano Bonilla Victoria
 Solano Soto Soledad
 Solís Alpizar Eugenia
 Soto Alfaro Isabel
 Umaña Fernández Efraim
 Umaña Montero Antonio
 Valverde Jiménez María
 Vargas Vargas Carlos E.
 Venegas T. Carmen Adilia
 Villalobos Castro Miryam R.
 Villalobos P. Guadalupe

Zúñiga Calvo José Francisco
 Zúñiga Guerrero Juan B.
 Zúñiga Hernández Miguel A.
 Zúñiga Rodríguez Elizabeth
 Zúñiga Rodríguez Manuel E.

Biblioteca

Bermúdez Terruzzi Xenia

Cardiología

Brenes Cordero Haydee

Cirugía

Delcore Alvarado Gioconda

Contabilidad

Bulgarelli Rojas Carlos
 Muñoz Miranda Eladio
 Sauma Barquero Rodrigo
 Soto Leitón Eduardo
 Steele Ambusley Joel
 Tosso Zumbado Manuel de Jesús
 Valdelomar Baltodano Rafael

Dietética

Araya Chacón Isidora
 Carvajal Brizuela Zeneida
 Córdoba Garita Marta
 Coto Gómez María Leticia
 Fallas Calderón Bertalia
 Jiménez Madrigal Pacífica
 León Alvarado María Cristina
 Montero Gálvez María C.
 Moya Troyo Isabel María
 Ocampo Barrantes María Libia
 Ortega Quirós Irma
 Pothof Doppen Herminia
 Rodríguez Cordero Bernarda
 Vega Solano Yolanda

Dirección General

Gutiérrez M. María del Rosario
 Lizano Rodríguez Olga E.
 Murillo Gairaud María Eugenia
 Sáenz Herrera Carlos

Documentos Médicos

Castro Jiménez Luis Alberto
Castro Muñoz Grace
Fonseca Rojas Iriabel

Electroencefalografía

Campos Valverde Elizabeth

Enfermería

Aguero Morales Albertina
Aguero Torres Clara
Aguilar López Carmen
Alan Navarrete Nydia
Alfaro Alfaro Idalie
Alfaro Rojas Xinia
Alvarado Perera Haydee
Alvarado Vargas María I.
Álvarez Madrigal Sabina
Álvarez Rojas Claudia
Anderson Smith Myrtle
Angulo Méndez Berta
Araya Jiménez Vera Lucía
Arce Arce Flora
Arce Solano Gladys
Arguedas Madrigal Rosalia
Arguedas Rojas Iris
Arias Solis Marta
Arley Durán Juana
Arrieta E. María Luisa
Azofeifa Chacón Agueda J.
Azofeifa Chacón María Celina
Ballesteros Z. María del Carmen
Barbarena L. Jeannette
Belmonte V. Julieta
Bermúdez Rivera María Teresa
Berriek Tocher Ida
Blanco Chávez Odilie
Bolaños Mora María Eugenia
Bonilla Duarte María Julia
Brenes Arce Betty
Briceno Muñoz Rita
Cabrera Carmona Rosa I.
Calderón Campos María
Calderón Gamboa Elsa
Calvo R. Nery Elizabeth
Calvo Sánchez Lucía
Campos Marín Tania María
Cascante R. Mery Flora
Castillo Chavarria Nydia A.
Castillo Ramírez Jeannette
Castro C. Alba María del C.
Castro Frutos Ana María

Castro Castro Blanca
Castro Ramírez Flor de María
Cerdas Calvo Elsa
Cerdas Fallas Alicia
Chacón Chacón Azucena
Chambers Watson Shirley
Chaves Jiménez Julia L.
Chaves Solis Marta
Chinchilla Muñoz Claudia
Clark Holman Gloria
Copeland Langlin Federica
Cordero Cordero Lidiete
Cordero Trigueros Melitina
Corrales López Iris M.
Corrales Matamoros Zeneida
Corrales Morales Carmen
Corrales Ramirez Luz
Coto Alvarado Carmen
Coto Guadamuz Ilse
Del Papa Rodríguez María
Delgado A. María de los Á.
Delgado Castro María Cecilia
Delgado Pineda Jeanette
Denneson D. María Luisa
Duarte Rodríguez Celly
Elizondo Solano Virginia
Escobar Villegas Olivia
Espinoza Pérez Graciela
Esquivel Otárola María J.
Esquivel Solis Carmen
Fallas Castro Rosa Iris
Fallas Chinchilla Hilda M.
Fallas Gamboa Carmelina
Fallas Gamboa Zelmira
Fernández Lamas Margarita
Fernández Quesada Luz
Flores García María Cristina
Fonseca Calvo Carmen
Francis S. Millicent V.
Fray Umaña Carmen
Gallegos Torres Mercedes
Gamboa Largaespada María
Gamboa Zeledón Argentina
García Retana María Adita
Garita Rojas Rosa María
Gayle Gayle Silvia
Godínez Zúñiga Ana Rosa
Gómez Ávalos Elizabeth
González Brenes Marta E.
González Cortés Emilia María
González Quirós Josefina E.
González Siles Fulvia
Goñi Sánchez Ofelia

Granados Rodríguez Ana I.
Gutiérrez Rojas María Emelida
Guzmán Rodríguez María Isabel
Guzmán Rojas Jorge
Hernández Hernández María Elena
Hernández Hidalgo María M.
Hernández Jiménez María Elena
Hernández Montero Bernarda
Hernández Viales María B.
Houdelath A. Ana Isabel
Humphries Humphries Herma
Jackson Forrest Joyce
James Mitchell Mariger
Jiménez Jiménez Gladys
Jiménez Murillo María Isabel
Johnson Ward Muine M.
Lambert Lambert Daisy
Ledezma Valverde Rita
Leiva Barquero Olga
Leon Vargas Gladys Dora
Lizano Soto Ángela
Madrigal Fonseca Nelly
Madrigal Vindas Gaudilia
Martínez Cruz Diamantina
McGregor McGregor Marie M.
Meléndez Picado Eugenia
Mena Amador Ana Cecilia
Méndez Soto Rafaela
Mendoza A. María de los Á.
Meneses Vindas Hilda
Molina Alvarado Luz María
Molina Chacón María Cecilia
Molina Molina Juana
Mora A. María del Rosario
Mora Castro María
Mora Jiménez Alba
Mora Mora Lucila
Mora Umaña Listeth
Morales Montero Mérida
Morales Montero Zelmira
Morales Ureña Elvia
Morán Martínez Sonia
Muñoz Quirós Leonor
Muñoz Rivas Gloria
Nájar Fernández Elieth
Navarro Cordero Elibeth
Otero Portuguese Hilda
Paniagua B. Elizabeth
Peña Chinchilla Teresa
Pizarro Mora María Isabel
Quesada Pérez Flor de María
Quesada Pérez Teodora
Quintero Alvarado Ángela

Quintero M. Noris del C.
 Quirós Santamaría Cyra
 Ramírez Cortés María
 Ramírez Duarte Ana Isabel
 Ramírez Quirós Noemy
 Rivera Jarquin Consuelo
 Rodríguez Sánchez Olivia
 Rojas Abarca Noemy
 Rojas Araya Marta
 Rojas Gómez Marta
 Rojas Rojas Mercedes
 Rojas Vargas Flora
 Román Vega Ramona
 Romanini Montero Jeanette
 Romero Bermúdez Juana María
 Saalfeld Viererbe Jay Von
 Saborio Zúñiga Carmen
 Sáenz Vindas Daisy
 Salazar Acuña Emily
 Salazar Alfaro Teresa
 Salazar Arias Georgina
 Salazar Salazar Margarita
 Salazar Umaña Luz Marina
 Sanabria Poveda Juana Francisca
 Sancho Soto Gloria Elena
 Sawyres Johah Marva
 Segura Cortés María de los A.
 Sequeira Gamboa Ana C.
 Serrano Vargas María Luisa
 Sibaja Solano María Cristina
 Slater Lowe Verónica
 Sojo Artavia Emilia
 Solano Cascante Socorro
 Solano Hidalgo Luzmilda O
 Solano Mora Isabel
 Solera Campos Julieta
 Solís Fonseca Libia
 Sotela Aguirre Luisa María
 Soto Camacho María Cecilia
 Ugalde Zúñiga María Cecilia
 Ulloa Collado Elena
 Ureña Mora María Eugenia
 Ureña Ureña María Cristina
 Valverde B. Luz Marina
 Valverde E. Flor de María
 Valverde F. María Gaudelia
 Valverde Quirós Vilma T.
 Varela Quirós Berta
 Vargas Espinoza María S.
 Vargas Ulate Lilian E.
 Vargas Vargas María Teresa
 Vargas Villalobos Ángela
 Villalta Hernández Luz

Wanchope Kelly Alice Z.
 Watson Watson Daisy
 Williams Hall Florence
 Wright Rose Norma
 Wright Wright Peggie
 Zamora Arce María Cristina
 Zamora Argüello Rosa F.
 Zeledón González Nidia M.
 Zúñiga Salas Nora
 Zúñiga Salas Norma
 Zúñiga Sánchez Idalie
 Zúñiga Sánchez María F.
 Zúñiga Ureña Elsa
 Zúñiga Zúñiga Ana Cecilia

Farmacia

Castillo Mora Margarita
 Cubero Rivera Flor de María
 Gómez Viquez Rosalba
 Méndez Villanea Arabela
 Vargas Bonilla Aurea

Laboratorio Clínico

Ayales Alvarado Yamileth
 Brilla Salazar Eduardo
 Castillo Centeno María I.
 Lizano Madrigal Cecilia
 Loria Chaverri Alba Rosa
 Mora Fonseca Luis Rodrigo
 Noguera Rivas Jorge
 Villavicencio Piedra Nora
 Yock Apuy Juana

Mantenimiento

Fatjo Granados Francisco
 Palma Zúñiga Omar
 Porras Blanco Manuel
 Rivera Acuña José A.
 Rodríguez Calvo Álvaro A.
 Rodríguez Machado Davis
 Vargas Arias Rodrigo

Médicos Especialistas

Arguedas Soto Jorge
 Arias Villalobos Honorio
 Arrea Baixench Carlos
 Brenes Sáenz Alberto
 Calvo Badía Manuel Enrique
 Cordero Carvajal Édgar
 Fernández Rothe Orlando
 Fernández Ulloa Manuel
 Gómez De la Peza Elodia
 Guevara Fallas Sergio

Guillén Solano Guillermo
 Henchoz Leandro David
 Lizano Vargas Édgar
 Loria Cortés Rodrigo
 Monge Fallas Jorge
 Mora Bustamante Carlos
 Moya Solano María del Carmen
 Nuñez Blanco Rodrigo
 Ortiz Brenes Roberto
 Piedra Chinchilla Walter
 Prada Torres Julio
 Rimola D'Biasso Marieta
 Robles Arias Guillermo
 Rodríguez Acuña Ali
 Rodríguez Esquivel Alfonso
 Saborio Ruiz Mario
 Simón Aued Jorge
 Soto Gutiérrez José
 Tristán Castro Oscar

Médicos Residentes

Acevedo Sobrado Joaquín
 Araya Rojas José Rafael
 Ary Riskes Arón
 Cordero Arias Jorge
 Fernández Sancho José J.
 Fernández Zeledón Rodolfo
 García Hernández Jorge
 González Cubero Omar
 Guerrero León Jorge
 Gutiérrez Gurdian Jorge
 Jiménez Antillón Carlos F.
 Miranbell Solís Francisco
 Mohs Villalta Édgar
 Posada Sandoval Gloria M.
 Robles Arias Joaquín
 Salas Murillo Alexis
 Sobrado París Federico

Personal

Abrams Agustín
 Azoifeifa González Juhany
 Chaves Chaves Hilda
 Diers Heitman Ida Patricia
 Gomez Rios María Isabel
 Guzman Herrera María del Socorro
 Segura Castro Maritza C.

Proveeduría

Blanco Coto Miguel A.
 Castro Harrigan Miguel A.
 Chamorro Cruz Gustavo A.
 Cubillo Aguilar Gonzalo

Durán Araya Ramón
Gutiérrez Rosales Mario A.
Quirós Solís Norma

Rayos X

Castillo S. María de los Ángeles
Cordero Chaverri Carlos
Cordero Godínez María A.
León Porras Olga Marta
Pilts Schnetter Carín

Servicio Central

Calvo Morales Gloria
Hidalgo G. María del Carmen
Mayorga Brenes Marta Eugenia
Ortega Fallas Beatriz
Retana Gómez Rafaela
Romero R. María de los Á.

Sánchez Castro María Leyla
Solórzano Saborio Virginia
Vásquez Chávez Estrella

Telefonista

Chaves Zúñiga Gladys

Trabajo Social

Jiménez Corrales Luz María
Ramírez Lizano Flor I.
Saborio Hernández Flor M.
Vargas Bolaños Ana Isabel

Transportes

Hernández Céspedes Rosa María

Vigilancia

Alvarado O. María de los Ángeles

Araya Rivera Alba
Arce Miranda Eduardo
Brenes Jiménez Álvaro E.
Brenes Róger Gilberth
Brenes Rojas Rodolfo
Chinchilla Rojas Luis R.
Gómez Martínez Donato
Granados Giralt Marta Eugenia
Méndez Mora Juan
Rojas Brenes Rodolfo
Serrano Rodríguez Rafael
Solano Alvarado Jorge
Soto Zúñiga Carlos Enrique
Hernández J. María de los Á.
Hernández Vindas Teresa
Pérez Robles Virginia
Piedra Barboza José M.
Soto Guevara Marlene